

Objetivo: Lo que quiero ofrecerles en estos días no son únicamente charlas o comentarios sobre el padrenuestro; lo que quiero es orar el padrenuestro con ustedes en este pequeño oasis de soledad que aún nos queda en la ciudad.

1. Orar como Jesús y con Jesús

La mejor síntesis de lo que significa ser cristiano nos la da Jesús mismo con sólo dos palabras dirigidas a un Pedro que andaba distraído en pesquisas acerca del futuro del Discípulo Amado, Jesús llama su atención y le dice: “*Tú sígueme*” (Jn 21, 22) El ideal del cristiano tiene que ser: seguir a Jesús, llegar a ser y actuar como Él. También en esta dimensión de su personalidad, en la oración o diálogo de amistad filial con Dios Padre, Jesús nos dice: “*tú sígueme*”. Lo que pretendemos hacer en estos días es seguir a Jesús como persona orante.

1. 1. Jesús es el modelo de persona orante

Es seguro que Jesús, como todo buen judío, oraba tres veces al día: por la mañana, a la hora de nona (las tres de la tarde) y al anochecer. Con estas oraciones los israelitas querían cumplir el mandamiento del Deuteronomio: “*¡Escucha, Israel! (“schemá, Israel”), el Señor nuestro Dios es el único Señor. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser, con toda tu fuerza. Que estas palabras que hoy te dicto queden grabadas en tu corazón. Se las repetirás a tus hijos; se las dirás sentado en casa y marchando por el camino, tanto acostado como en pie*” (Dt 6, 4-7) (es decir, al levantarte y al acostarte). Indudablemente los padres de Jesús le enseñaron a rezar la Schemá y la rezaba con ellos.

Pero Jesús no se contentaba con las oraciones oficiales hechas a las horas prescritas. En los evangelios abundan los testimonios de que Jesús era una persona de intensa y constante oración.

Lucas es el evangelista que presenta con más frecuencia a Jesús orando. Ya a los 12 años, cuando “se pierde en el templo”, dice a sus padres: “¿No sabían que tenía que ocuparme de las cosas de mi Padre?”. (Lc 2,49) “Ocuparse de las cosas del Padre”, eso es orar. De ellas nos ocupamos hoy nosotros al orar el padrenuestro porque las cosas del Padre son, ante todo, como dijo Jesús en la primera parte del padrenuestro el que su nombre sea santificado y honrado, reconociéndolo como Padre querido, el que se vaya extendiendo su reinado y el que se haga su voluntad. Y también la segunda parte del padrenuestro, porque nuestras cosas (el pan, el perdón y la tentación) son cosas del Padre, que a Él le preocupan y Él nos da.

Jesús ora en los momentos más significativos de su vida. Vamos a recordar ahora doce ellos, pero no sólo leyéndolos, sino pasándolos por el corazón. Dado que en latín la palabra “cor” significa corazón, por eso re-cor-dar es evocar con el corazón, no sólo con la mente. Vamos ir contemplando con cariño y admiración a Jesús en cada una de las escenas que vamos a recordar.

- 1) Antes de ser bautizado por Juan Bautista en el Jordán: *“Todo el pueblo se bautizaba y también Jesús se bautizó; y mientras oraba, se abrió el cielo, bajó sobre él el Espíritu Santo en forma de paloma y se oyó una voz del cielo: Tú eres mi hijo querido, mi predilecto”* (Lc 3,21)
- 2) Al inicio de su misión, durante los cuarenta días que estuvo en el desierto: *“Jesús, lleno de Espíritu Santo, se alejó del Jordán y se dejó llevar por el Espíritu al desierto, donde permaneció cuarenta días, siendo tentado por el Diablo* (Lc 4,1)
- 3) Con ocasión de la elección de los doce Apóstoles :*“Por aquel tiempo subió a una montaña a orar y se pasó la noche orando a Dios.6,13: Cuando se hizo de día, llamó a los discípulos, eligió entre ellos a doce y los llamó apóstoles”* (Lc 6,12-13)
- 4) En la multiplicación de los panes: *“Entonces tomó los cinco panes y los dos pescados, alzó la vista al cielo, dio gracias, los bendijo, los partió y se los fue dando a los discípulos para que se los sirvieran a la gente”* (Lc 9,16), Mt 14, 20; 15, 36. Mc 6,41; 8,6. Jn 6,11)
- 5) Antes de la confesión de fe de Pedro y del anuncio de la Pasión: *“Estando él una vez orando a solas, se le acercaron los discípulos y él los interrogó:¿Quién dice la multitud que soy yo?”* (Lc 9,18)
- 6) En la transfiguración sobre el monte Tabor: *“Ocho días después de estos discursos, tomó a Pedro, Juan y Santiago y subió a una montaña a orar. Mientras oraba, su rostro cambió de aspecto y su ropa resplandecía de blancura”* (Lc 9,28).
- 7) Cuando los 72 regresan de la misión a la que los envió Jesús, Lucas presenta a Jesús orando lleno de emoción y ternura: *“En aquella*

ocasión, con el júbilo del Espíritu Santo, dijo: ¡Te alabo, Padre, Señor de cielo y tierra, porque, ocultando estas cosas a los sabios y entendidos, se las diste a conocer a la gente sencilla! Sí, Padre, ésa ha sido tu elección. Todo me lo ha encomendado mi Padre: nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre, y quién es el Padre, sino el Hijo y aquél a quien el Hijo decida revelárselo. (Lc 10,21-22; Mt 11.25)

- 8) Cuando sus discípulos le piden que les enseñe a orar. *“Una vez estaba en un lugar orando. Cuando terminó, uno de los discípulos le pidió: Señor, enséñanos a orar como Juan enseñó a sus discípulos. Jesús les contestó: Cuando oren, digan: Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino; el pan nuestro de cada día danos hoy; perdona nuestros pecados como también nosotros perdonamos a todos los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación” (Lc 11,1)*
- 9) En la institución de la Eucaristía ora dando gracias a Dios. *“Y tomando la copa, dio gracias y dijo: Tomen y compártanla entre ustedes. Les digo que en adelante no beberé del fruto de la vid hasta que no llegue el reino de Dios. Tomando pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: Esto es mi cuerpo, que se entrega por ustedes. Hagan esto en memoria mía. Igualmente tomó la copa después de cenar y dijo: Ésta es la copa de la nueva alianza, sellada con mi sangre, que se derrama por ustedes” (Lc 22,27; Mt 26,27; Mc 14, 23)*
- 10) Ora por los discípulos para que superen la tentación: *“Simón, Simón, mira que Satanás ha pedido permiso para sacudirlos como se hace con el trigo. Pero yo he rezado por ti para que no falle tu fe. Y tú, una vez convertido, fortalece a tus hermanos” (Lc 22,32)*
- 11) En Getsemaní, para aceptar la voluntad del Padre: *“Salió y se dirigió según costumbre al monte de los Olivos y le siguieron los discípulos. Al llegar al lugar, les dijo: Oren para no caer en la tentación. Se apartó de ellos como a la distancia de un tiro de piedra, se arrodilló y oraba: Padre, si quieres, aparta de mí esta copa. Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”. (Lc 22,40; Mt 26, 36-40; Mc 14, 32-39)*
- 12) Sobre la cruz, pidiendo perdón para los que le crucificaron y entregando su espíritu a Dios. *“Jesús dijo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Después se repartieron su ropa sorteándola entre ellos. El pueblo estaba mirando y los jefes se burlaban de él diciendo: ha salvado a otros, que se salve a sí mismo, si es el Mesías, el predilecto de Dios. Era mediodía; se ocultó el sol y todo el territorio quedó en tinieblas hasta media tarde. El velo del santuario se rasgó por el medio. Jesús gritó con voz fuerte: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Dicho esto, expiró” (Lc 23,43-46; Mt 27, 46; Mc 15, 34)*

Lucas (18,1s) parece sugerir que Jesús, fiel a lo que enseñaba, vivía en estado permanente de oración. Precisamente los discípulos le piden que les enseñe a orar porque lo ven orar con mucha frecuencia. Lucas presenta la búsqueda de

la soledad como una costumbre de Jesús, no como un hecho aislado, pues, hablando en general, dice: "se retiraba a los lugares desiertos y oraba" (Lc 5,16). Por lo que Lucas dice, da la impresión de que Jesús oraba especialmente a la mañana y a la noche, poniendo así un marco de oración a la jornada entera, como hacían los judíos. En el capítulo primero del evangelio de Marcos en el que describe la jornada tipo de Jesús, es decir, lo que solía hacer cada día, dice: "Muy de madrugada se levantó, salió y se dirigió a un lugar despoblado, donde estuvo orando"(Mc 1, 35)

Todo el capítulo 17 de Jn es un largo y emocionado diálogo de Jesús al Padre durante la última cena. A este diálogo se le da el nombre de "oración sacerdotal". A través de todas estas referencias Jesús aparece como una persona que oraba constantemente. Todo lo hacía en diálogo filial con el Padre. En definitiva, ese diálogo es la oración.

Un significado muy especial tiene su oración en el huerto de Getsemaní. La describen los tres evangelios sinópticos. Es un diálogo con el Padre a la vez confiado y estremecedor. Él le ayuda a superar la tentación de apartarse de un camino que, por su lógica interna, le había llevado al conflicto y a la cruz. La oración le ayuda a superar la "última tentación", que se le plantea en estos términos: si quieres evitar la muerte en la cruz, has de reconciliarte con los explotadores del pueblo, tienes que dejar de defender a los pobres y de anunciarles la Buena Nueva y no debes seguir denunciando a quienes los empobrecen. Esa era la tentación, pero Jesús no dialoga con la tentación, sino con el Padre diciéndole quizás "no me dejes caer en la tentación".

También los tres sinópticos coinciden en que Jesús oró en la Cruz continuando en condiciones cada vez más trágicas ese diálogo con el Padre, que inició Getsemaní entre sudores de sangre.

En cambio, los evangelistas nunca dicen que Jesús orara en el templo o en las sinagogas. Frecuentaba esos lugares, pero no para orar, sino para predicar. Quizás con ello los evangelios quieren decirnos que Jesús inauguró un culto nuevo, el que se menciona en Jn 4,23: los verdaderos adoradores adorarán al Padre no en Jerusalén o en el monte Garizim, sino en espíritu y en verdad, en la verdad de un diálogo impregnado de amistad filial con Dios como Padre, para el que es más propicio el silencio y la soledad que el barullo del templo.

Su oración era muy diferente de la que practicaban los grandes rezadores de Israel, los fariseos. El criticó las prácticas de oración de este grupo, por varios motivos: porque convirtieron su oración en un modo de ostentación y vanidad, pues oraban en público para ser vistos (Mt 6,5), porque utilizaban la oración para encubrir la injusticia, el robo y la codicia: "con el pretexto de largas oraciones devoran los bienes de las viudas"(Mc 12,40; Lc 20,47) y porque se presentaban ante Dios como los únicos justos. Con una parábola, Jesús puso en ridículo la oración orgullosa del fariseo frente a la oración humilde del publicano (Lc 18,10s).

¿Y por qué tenía que rezar Jesús, siendo Hijo de Dios? ¿No lo podía él todo? - El no rezó a pesar de ser Hijo de Dios, sino precisamente porque era Hijo de

Dios. Su oración expresaba su amor filial al Padre; era el signo de la comunión con Él y la búsqueda de una comunión en plenitud. En la oración expresaba el deseo de estar junto a Él, de serle enteramente fiel a Él y a su proyecto, el Reino, sin abandonarlo ni de corazón ni de pensamiento. Orando, compartía su voluntad; siendo pobre, buscaba apoyo tan sólo en él por medio de la oración; en la oración se preocupaba también por sus hermanos. Y le hablaba de ellos al Padre.

1.2. En la oración de Jesús está el origen del padrenuestro

El padrenuestro recoge perfectamente el modo que tenía Jesús de orar. Cuando los discípulos le pidieron que les enseñara a orar, no les dio una lección teórica sobre la oración. Les mostró cómo oraba Él y qué le decía a Dios. Lo que despertó en los discípulos el deseo de aprender a orar fue el ver cómo oraba Él en solitario “y cuando regresaba, luminoso, radiante, renovado, los apóstoles se preguntaban: “¿De donde viene? ¿Qué le ha pasado? ¿Cómo habrá conseguido esa serenidad?”. Alguno contestaría: “Ha estado rezando”. Y entonces se decían.”¡Ah si nosotros supiéramos orar como él!” Por fin, un día se atrevieron a pedirle: “Señor, enséñanos a orar”¹.

En efecto, el testimonio de oración que Jesús da a sus discípulos está en el origen de la oración del Padrenuestro. Lucas lo dice expresamente: “Una vez estaba en un lugar orando. Cuando terminó, uno de los discípulos le pidió: Señor, enséñanos a orar” (Lc 11,1). Los discípulos quieren seguir también en esto los pasos del Maestro. La oración no sólo nos sostiene en el camino del seguimiento de Jesús, sino que forma parte esencial del seguimiento mismo. No es posible declararse discípulo de Jesús sin orar como él oraba. Lo repito, la oración es un elemento, una dimensión fundamental del seguimiento de Jesús.

No debemos ser “rezadores” de oraciones, como los fariseos, sin poner en ellas el alma y el corazón, sino orantes que expresan libremente y con gran afecto la amistad filial con Dios Padre. Incluso el padrenuestro se puede rezar rutinariamente en lugar de orarlo, sin sentir lo que sentía Jesús al orar así a Dios Padre.

Ejercicio: *Concentración. Contemplar a Jesús orando el padrenuestro, imaginar qué sentiría al decir cada palabra. Y, después de contemplarlo un rato, orar el padrenuestro con Él, lentamente, palabra por palabra, cargadas de sentimiento.*

2. Carácter trinitario de la oración

2.1. El Padre es el origen y el término de nuestra oración

La oración cristiana tiene siempre un marcado carácter trinitario porque oramos al Padre en Cristo e impulsados por su Espíritu.

¹ L. González Carvajal, *El padrenuestro explicado con sencillez*, 21

La oración es un diálogo de amistad entre Dios y nosotros. Es Él quien comienza el diálogo, como ocurrió con su Hijo. Jesús ora llamando a Dios "Abbá" o Padre querido porque antes Dios se ha dirigido a Él diciéndole: "Tú eres mi hijo muy querido". Dios Padre está en el origen de la oración de Jesús y también de la nuestra porque como dice Jn, "Él nos amó primero" (1 Jn 4, 19) y, de ese modo, inició ese dialogo de amistad que es la oración. Él está en el origen de la oración porque nos ha hecho hijos en el Hijo diciéndonos a cada uno : "tú eres mi hijo querido" y con ello nos da el derecho a poder decir: "Abbá, Padre" (Rm 8,15). No sólo el origen, también el término o destino de la oración cristiana es el Padre. Jesús fue muy claro diciendo a sus discípulos: "ustedes oren así: "Padre nuestro". La oración es, ante todo, la conciencia gozosa de sentir a Dios como Padre querido y el hablarle como buenos hijos.

2.2. Orar en nombre de Jesús

Los discípulos de Jesús oraban lo mismo que todos los judíos. Pero no sabían orar ni como lo hacía Jesús ni unidos a Él. Por eso les dice: "Hasta ahora no han pedido nada en mi nombre, pidan y recibirán para que su alegría sea completa" (Jn 16,24)

Orar hoy en nombre de Jesús, una vez resucitado, no consiste en dirigirse a Dios diciéndole que venimos de parte de su Hijo a decirle algo o a pedirle algo, pensando que a nosotros nos lo puede negar, pero a Él no. En la Biblia el nombre es la persona misma designada con ese nombre, en este caso es la persona de Jesús. El cristiano ora en comunión con Cristo: "Si permanecen en mí pedirán lo que quieran y lo tendrán" (Jn 15,7). Orar en nombre de Jesús significa unirse a su persona, insertar el pequeño caudal de nuestro amor en su inmenso amor al Padre y en su diálogo filial con Él. Se comprende entonces la lógica de la palabra: "Todo lo que pidan al Padre en mi nombre, se lo dará" (Jn15, 16) El Padre se opondría a sí mismo si rechazase la oración que le llega dentro del mismo diálogo de amistad filial del Hijo con el Padre; se opondría a sí mismo porque como dijo Jesús, "el Padre y yo somos uno"(Jn 10,30). El unirse a Jesucristo y a su amor para orar juntamente con Él al Padre, ha de ser la norma de toda oración. Y lo es, por supuesto, del Padrenuestro, que es la oración de Jesús.

Oramos en Cristo y en su misma oración. Él nunca nos dijo que le rezáramos a Él, pero sí nos dijo reiteradas veces (Jn 14, 13; 15, 16; 16, 23) que pidiéramos en su nombre, es decir en comunión profunda con su persona. Oramos con él, en su misma oración. Nuestra oración es un diálogo de amistad con el Dios de Jesús, con el Dios Abbá, Padre y Madre entrañable en cuyo regazo estamos permanentemente juntamente con el Hijo. El lugar principal de nuestro encuentro y nuestro diálogo con el Padre es la persona de Cristo, el Señor resucitado. En Cristo reside en plenitud la presencia y la gloria de Dios. Por eso Él es nuestro templo y su persona es el lugar de nuestro encuentro y nuestra oración o diálogo con el Padre.

El templo que Jesús promete reconstruir en tres días, si sus enemigos lo derriban (Jn 2,19) no es una casa de oración, sino una casa orante, una

persona que ama y ora. En cada una de sus oraciones los cristianos penetran en ese templo que es Cristo y a una con él expresan su amor al Padre.

Nos gusta más orar a Cristo que orar en Cristo. Y debería ser al revés. La realidad de la que brota nuestra oración es la unión con Cristo en quien somos hijos del Padre. En virtud de esta unión, podemos decir con un solo corazón y a una sola voz con el Hijo: “Abbá”, Padre. Colocamos en sus manos nuestra vida, nuestros deseos y esperanzas, sabiendo que “todo lo que pidan al Padre en mi nombre, se lo concederá” (Jn 14,14), porque es Él mismo quien lo pide.

Oramos en Cristo porque el Padre nos ha hecho hijos suyos en su Hijo Jesucristo, de modo que formamos un solo cuerpo, un solo corazón y una sola voz con Cristo. Cuando queremos orar no basta que le digamos a Jesús: “enséñanos a orar”; le podemos decir: queremos orar contigo y dentro de tu oración al Padre. De ese modo, nunca le pediremos a Dios nada que no sea conforme a su voluntad, que es la voluntad que el Hijo siempre hace, porque, como dice en el evangelio de Juan: “yo hago siempre lo que le agrada” (Jn 8, 29)

Lo diré con palabras de Benedicto XVI: “Resulta significativo que Lucas ponga el padrenuestro en relación con la oración personal de Jesús mismo. Él nos hace partícipes de su propia oración, nos introduce en el diálogo interior del Amor trinitario, eleva, por así decirlo, nuestras necesidades humanas hasta el corazón de Dios. Pero esto significa también que las palabras del padrenuestro indican la vía hacia la oración interior, son orientaciones fundamentales para nuestra existencia, pretenden conformarnos a imagen del Hijo. El significado del padrenuestro va más allá de la comunicación de palabras para rezar. Quiere formar nuestro ser, quiere ejercitarnos en los mismos sentimientos de Jesús”².

Lo repito, De este modo oramos, no sólo en Cristo, sino también en su misma oración, haciendo nuestros sus sentimientos de Hijo y su fidelidad inquebrantable al Padre. Nosotros estamos habitados por el Señor resucitado y nuestra oración está también habitada por la oración del Resucitado, que “no cesa de orar por nosotros ante el Padre”. Él mismo ora en nosotros y expresa, a través de nosotros y de nuestros sentimientos, sus sentimientos de filiación y de fidelidad al Padre. Desde esta perspectiva podemos comprender que “orar en nombre de Jesús (Jn 15,16;16, 23) no es pedir algo al Padre de parte de Jesús utilizándolo como “enchufe” o “muñeca”, sino orar en la persona de Jesús, en su misma voz, insertos en su amor al Padre y en su oración.

Igualmente, cuando oramos en comunidad, oramos en Cristo, porque “si en la tierra dos de ustedes unen sus voces para pedir cualquier cosa, estén seguros de que mi Padre Celestial se la dará... pues ahí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18, 19-20)

² Benedicto XVI. *Jesús de Nazaret*, 166

2.3. Orar en comunión con el Espíritu Santo

Al orar en Cristo, oramos también en comunión con el Espíritu Santo y a una sola voz con él, que habita en nosotros y desde nuestros corazones expresa lo que es Él por esencia: Amor al Padre. Desde nuestro interior el Espíritu se dirige al Padre y le dice: “Abbá”. San Pablo escribió a los gálatas: “Y como son hijos, Dios ha infundido en sus corazones el Espíritu de su Hijo, que clama a Dios llamándolo “Abbá”, es decir, Padre”. (Gál 4,6) Se lo dice también a los cristianos de Roma (Rom 8,15)

Por dos veces dice San Pablo que la invocación “¡Abbá!” sube de su corazón con la fuerza irresistible de un grito. El Espíritu es el impulso todopoderoso que conduce al Hijo hacia el Padre y convierte al Hijo en eterna oración, en reciprocidad de amor y diálogo permanente con el Padre. Ese mismo Espíritu actúa en el fiel cristiano y es un movimiento irresistible de amorosa confianza en Dios.

El Espíritu Santo de la eterna comunión trinitaria se ha convertido en nuestro propio Espíritu porque habita en nosotros y de ese modo, empezamos a vivir ya en la tierra la felicidad eterna. Por eso el padrenuestro es una oración escatológica porque anticipa lo que seremos al final: puro diálogo de amor con Dios como Abbá o Padre entrañable.

Oramos en el Espíritu y animados por su fuerza. El catecismo de la Iglesia dice que “la oración cristiana brota del Espíritu Santo y de nosotros, dirigida por completo al Padre, en unión con la voluntad humana del Hijo de Dios hecho hombre” (n. 2564). Sin la ayuda y la acción del Espíritu Santo en nosotros no podemos decir “Señor Jesús” (1 Cor 12, 3) ni tampoco llamar a Dios “Padre”. “La prueba de que somos hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abbá!, Padre”. (Gal 4,6 cf. Rm 8,15). Oramos en la oración misma del Espíritu y animados por él. Como dice un gran teólogo de nuestro tiempo, Yves Congar, el Espíritu habita en nosotros, y la oración que él suscita en nosotros es simultáneamente suya y nuestra. Ambos somos inseparablemente sujeto activo de la oración.

Amamos a Dios no solo con nuestra pequeña capacidad de amar, sino con el mismo Amor con que Jesús lo ama, Amor que llamamos Espíritu Santo, que, por donación generosa del Padre y del Hijo habita en nuestros corazones y desde nuestro corazón le expresa incesantemente al Padre su ser amor con la misma palabra que usaba Jesús: “Abbá” (Rm 8,15; Gal 4,6)

Esto significa que nuestra oración, nuestro dialogo de amistad con Dios Padre tiene que realizarse siempre y conscientemente unidos al Espíritu Santo e impulsados por su amor y en comunión con Cristo y dentro de su permanente diálogo filial con el Padre.

Nos reunimos aquí en estos días para orar el padrenuestro y lo vamos a hacer unidos a Jesucristo y movidos por el fuego del Espíritu santo.

Ejercicio: Dice Lucas que el Espíritu Santo condujo a Jesús al desierto, lugar de oración. Vamos a imaginar a Jesús orando en la soledad del desierto movido por el Espíritu Santo. Nos sentimos también nosotros movidos por el Espíritu y con un solo corazón y a una sola voz con Cristo y con el Espíritu decimos ¡“Abbá”, Padre! Escuchemos como esa invocación resuena en el silencio del desierto.

2. Los dos versiones del Padre nuestro

Sólo en los evangelios de Mt y Lc figura el padrenuestro. Hay diferencias entre ellos en cuanto al enfoque, las peticiones y el contexto en que Jesús enseña el padrenuestro a sus discípulos.

2.1. En cuanto al contexto

Lucas y Mateo sitúan en un contexto diferente el momento en que Jesús enseña a sus discípulos el Padrenuestro.

- a) *El contexto de Lucas.* Ya nos hemos referido a él. La introducción al padrenuestro que pone Lucas nos proporciona el marco adecuado para la enseñanza de Jesús. Este marco es doble: por una parte presenta a Jesús en oración y, por otra, los discípulos, admirados, le piden que les enseñe a orar, a comunicarse con Dios, como Él lo hacía. Los discípulos, impresionados por el ejemplo de Jesús, desean imitar al Maestro en su comunicación con Dios. La función de este encuadramiento narrativo consiste en dar todo su relieve a la ocasión concreta en la que Jesús enseña a sus seguidores uno de los comportamientos esenciales del discípulo: el cultivo de su relación con Dios”. Por eso Lucas dice que apenas terminó de orar Jesús, los discípulos le hacen una petición: “enseñanos a orar”. Jesús pasa del diálogo con el Padre al diálogo con sus discípulos para enseñarles cómo han de hablar con Dios. Siempre la admiración y la contemplación de Jesús llevan a seguirle y hacer lo que Él hace. También en el caso de la oración.
- b) *El contexto de Mateo.* Mt, en cambio, encuadra el Padrenuestro en el sermón de la montaña para contraponer al modo de orar hipócrita y exhibicionista de los escribas y fariseos, la oración de los cristianos, caracterizada por la confianza en Dios, la intimidad y familiaridad con él, la humildad y la sobriedad de las palabras.

En resumen, el contexto y el punto de referencia de la enseñanza de Jesús sobre la oración es en Lucas es la oración de Jesús para hacer lo mismo que Él hace y el de Mateo es la oración de los escribas y fariseos para no hacer lo que ellos hacen. En definitiva y aunque por distinto camino ambos evangelios llegan al mismo punto: el seguidor de Jesús tiene que orar como su Maestro.

2.2. El enfoque

Tanto Mateo como Lucas nos ofrecen aquí una catequesis sobre la oración cristiana, pero, como es natural, cada uno la adapta a su propia comunidad para la que escribe su evangelio:

- *Lucas* escribe para una comunidad que necesita aprender a orar porque sus miembros provienen mayoritariamente del paganismo. Por eso presenta a Jesús orando y a los discípulos pidiéndole: “Señor, enséñanos a orar”. Y como le enseña con su ejemplo, los cristianos deben orar como oraba Jesús. El estilo de oración de Jesús ha quedado condensado en el Padrenuestro.
- *Mateo* escribe para una comunidad cuyos miembros provienen del judaísmo y, por lo mismo, saben orar, incluso en los primeros tiempos del cristianismo seguían haciendo fielmente las oraciones judías a las horas prescritas, especialmente la “Schemá”. Ellos sabían orar pero necesitaban aprender a orar de otra manera, no como lo hacían los escribas y los fariseos o los paganos:

- a) Según Mateo, los paganos usaban muchas palabras cuando oraban, creyendo que la oración es algo puramente externo y sólo a base de insistencia podían conseguir los favores de unos dioses que no se interesaban por los seres humanos. Jesús aconseja a los suyos no usar muchas palabras y orar en un clima de confianza. Les dice: “Al orar, no multipliquen las palabras, como hacen los paganos que piensan que por mucho hablar serán atendidos” (Mt. 6, 7). “Ustedes, en cambio piensen que su Padre sabe lo que necesitan” (Lc 12 30) Él no necesita que le demos información sobre nuestras situaciones y sobre nuestras necesidades ni las de los otros, sólo necesita que pongamos en Él confianza plena.

¿No caeremos también a veces algunos cristianos en ese defecto o mejor exceso, de la palabrería al hablar con Dios que Jesús denunció en la oración de los paganos? Efectivamente, algunos al orar hablan y hablan sin cesar y llaman la atención a un dios, supuestamente distraído repitiendo detrás de cada frase y a veces de cada palabra: “¡Señor, Señor!

¡Qué bella es la oración del silencio, la oración del que se queda lleno de asombro y sin palabras ante Dios Padre o Jesucristo sintiéndose querido y poniendo en ellos toda su confianza, sin decir ni palabra porque a Dios le sobran las palabras.

- b) Los fariseos oraban con ostentación y, de ese modo, más que la alabanza de Dios, buscaban su propia alabanza y exaltación. Ellos se dirigían a Dios con expresiones que denotaban lejanía. Frente a esa actitud, Jesús dice a sus seguidores que la oración ha de ser una relación íntima con el Padre a puerta cerrada, es decir, sin pregonarlo, sin exhibirse como orantes. Naturalmente,

aquí cabe hacer la misma pregunta que hicimos a propósito de la oración de los paganos. ¿No caeremos a veces los cristianos en una práctica farisaica de la oración?

2.3. Coincidencias y diferencias literarias entre la versión de Lucas y la de Mateo

	El padrenuestro según Mateo	El padrenuestro según Lucas
Invocación	“Padre nuestro que estás en los cielos”	“Padre”
1ª petición	Santificado sea tu nombre	Santificado sea tu nombre
2ª petición	Venga tu Reino	Venga tu Reino
3ª petición	Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo	-
4ª petición	Danos hoy nuestro pan de cada día	Danos cada día nuestro pan cotidiano
5ª petición	Perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a los que nos deben	Perdónanos nuestras ofensas porque también nosotros perdonamos a todo el que nos ofende
6ª petición	No nos dejes caer en la tentación	Y no nos dejes caer en la tentación
7ª petición	Y líbranos del mal	

Los exegetas o especialistas en la interpretación de la Biblia afirman que el padrenuestro de Lucas está más cerca que el de Mt de las palabras pronunciadas por Jesús. La base de esta afirmación es la conocida tendencia de Mt a añadir explicaciones a las palabras de Jesús

Mateo hace las siguientes ampliaciones para su comunidad, compuesta, como ya dije, por cristianos provenientes del judaísmo.

- En primer lugar, en la invocación inicial, no dice simplemente ¡“Padre”! como Lucas, sino “Padre nuestro”. Con ello acentúa el carácter comunitario o eclesial que debe tener la oración. Aunque Lucas omite el “nuestro”, se sobreentiende porque la plegaria entera está en plural y porque los discípulos de Jesús han de orar a Dios en comunidad, como hermanos. Por tanto, la sola invocación “¡Padre!” incluye el “nuestro”.
- Mateo añade también: “que estás en los cielos”, frase típicamente judía, para resaltar la santidad o la trascendencia de Dios. Los judíos ubicaban a Dios en lo alto de los cielos. A veces para evitar decir el nombre propio de Dios en vano, decían los Cielos como sinónimo de Dios, por ejemplo, mientras Lucas dice Reino de Dios Mateo dice Reino de los Cielos para designar la misma realidad.
- La petición: “Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”, que no

- figura en Lc, no añade nada nuevo; está contenida en “venga tu Reino”, porque el Reino es la voluntad de Dios, el plan de Dios.
- d) La petición “líbranos del mal” que añade Mt tampoco dice nada nuevo ya que es una explicitación del “no nos dejes caer en la tentación”.
 - e) El cambio el que diga nuestras “deudas” en lugar de “ofensas” como dice Lucas, tampoco afecta al contenido porque los judíos veían los pecados como deudas que contraían con Dios y tenían que saldarlas.

3. La entrega del padrenuestro en los primeros siglos

Tanto en la versión de Mateo como en la de Lucas, el padrenuestro es como el carnet de identidad de los cristianos. En los primeros siglos el padrenuestro era algo así como un sacramento cuya recepción exigía una larga preparación de los candidatos, formaba parte de la iniciación a la vida cristiana junto con los sacramentos del bautismo la confirmación y la Eucaristía. Se rezaba por vez primera después de recibir el bautismo.

En efecto, en los primeros siglos “el miércoles de la cuarta semana de cuaresma, cuando estaban terminándose ya las catequesis de preparación para recibir el bautismo, los catequistas entregaban a los catecúmenos el padrenuestro. Según Tertuliano, éstos guardaban como un tesoro la oración que les acababan de enseñar, esperando impacientes el momento en que, al salir del agua del bautismo, en presencia de los hermanos y de la Madre (la Iglesia), elevando los brazos al cielo, pudieran exclamar por vez primera: “¡Padre!”, haciéndose así reconocer por todos como nuevos hijos de Dios”³.

El cristiano rezaba por primera vez el padrenuestro junto con la comunidad sólo cuando ya era plenamente hijo de Dios por la recepción del bautismo. Este hecho resalta la importancia que se daba a esta oración; importancia que hoy ha perdido.

Nosotros lo aprendimos de memoria ya en la infancia y lo rezábamos sin entender ni palabra, a veces la madre o la abuela nos lo hacían rezar delante de los adultos para que vieran lo que sabíamos. Lo hemos rezado infinidad de veces para todos los usos, incluso como penitencia de la confesión. Yo no entiendo cómo el padrenuestro, que es una gozada, puede ser una penitencia o un castigo. Y no falta quien dice: “Récele tres padre nuestros a san José” o San Roque. A veces yo también digo después la confesión que recen un padre nuestro, pero no como penitencia, sino para darle gracias al Padre que perdona sin límites. Hemos rezado miles de padrenuestros a toda prisa, sin hacer vida propia ninguna de sus frases. Estamos ante una oración que no debe rezarse con ligereza. Lutero dijo que el padrenuestro es el mayor de los mártires porque lo maltratamos de mil modos. Puede ser que hasta ahora no hayamos rezado con suficiente seriedad un solo Padrenuestro.

Escribiendo a un alejado de la fe y de la Iglesia, J. A. Pagola dice: “El padrenuestro es la oración más importante para los cristianos. Una oración que la enseñó el mismo Jesús. Para decir verdad, nunca la has entendido muy

³ L. González-Carvajal, oc 20

bien. La has repetido una y otra vez sin saber lo que decías. ¿Podrás ahora “aprender” a rezar el padrenuestro? ¿Podrás pronunciar esas palabras desde dentro, sintiendo algo de lo que pudo sentir Jesús? ¿Podrás, por fin, descubrir su contenido?”⁴.

4. El Padre nuestro modelo de oración

4.1. Por sus características

Toda oración cristiana ha de tener las características esenciales del padrenuestro. Los discípulos no pidieron a Jesús que les enseñara una oración, sino que les enseñara a orar. Y Jesús lo hizo así, no les enseñó sólo una oración, sino el modelo de toda oración; un modelo que era muy diferente de la oración que ellos practicaban como buenos judíos. La Didajé, un libro de finales del siglo I o principios del II, muy cercano en el tiempo los últimos libros del Nuevo Testamento, habla de que los cristianos rezaban tres veces al día la oración del Padrenuestro igual que los judíos rezaban la Shemá. Es una clara alusión a que el padrenuestro iba sustituyendo a la Schemá.

La primera característica del padrenuestro y de la oración cristiana que contrasta con la oración judía es la familiaridad y confianza con que se dirige a Dios. La oración brota de nuestra condición de hijos muy queridos de Dios, por eso la dirigimos siempre al Padre y con la misma confianza con que Jesús se dirigía a Él. La invocación inicial, ¡Padre!, sitúa toda la oración en un clima de profunda confianza; confianza que envuelve y satura todas las demás peticiones del padrenuestro.

Otra característica del padrenuestro es la sobriedad y la concentración en lo esencial. Es una invocación directa, que carece de las introducciones, rodeos y preámbulos de las oraciones judías. Es sorprendente que esta oración, pronunciada por los primeros cristianos durante cuarenta o cincuenta años antes de ser fijada por escrito en los evangelios, haya podido guardar una sobriedad tan opuesta a las largas y sobrecargadas oraciones de los judíos, recordando que Jesús les había dicho: Ustedes cuando oren no usen muchas palabras, digan: “¡Padre!” y basta.

El Papa Benedicto XVI resalta esa concentración en lo esencial diciendo: “Debemos tener presente que el padrenuestro procede de la oración personal, del diálogo del Hijo con el Padre. Eso quiere decir que tiene una profundidad que va mucho más allá de las palabras”⁵. Eso significa que todas nuestras oraciones deben tener esa profundidad, que se logra más con el silencio que con la abundancia de palabras. Bastan pocas palabras, lo importante es que broten del encuentro con Dios en el silencio.

4.2. Por su estructura

⁴ J. A. Pagola, *¿Para qué creer?*, 94

⁵ J. Ratzinger, *Jesús de Nazaret*, 166

Para que una oración sea cristiana debe tener una estructura similar a la del Padrenuestro. “La estructura del padrenuestro responde a la exhortación de Jesús: “Busquen primero el Reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas se les darán por añadidura” (Mt 6, 33). ¡Antes que nada el Reino de Dios; luego lo demás! Esa ordenación es justamente la que aparece en la estructura del padrenuestro”⁶, que tiene dos planos o dos pisos: primero Dios y “las cosas” de Dios y después nuestras cosas, que también son tuyas y le preocupan más que a nosotros. El viejo catecismo de Astete y Ripalda, en vigor durante varios siglos, decía que “orar es elevar el corazón a Dios y pedirle mercedes”. Con todo el respeto que nos merece el citado catecismo, esa no deja de ser una mala definición de la oración cristiana porque olvidando “las cosas de Dios”, va derecha a conseguir sus “mercedes” o favores.

Lo repito, el padrenuestro tiene claramente dos partes o dos tiempos, primero pedimos para Dios y después para nosotros. Las peticiones de la primera parte están centradas en Dios; y en ellas se pide que Él manifieste su santidad y se haga realidad su proyecto o voluntad, su Reino. La segunda parte está centrada en la comunidad que pide que el reinado de Dios se haga visible en el pan compartido (Por eso lo llamamos “nuestro”) en el perdón y la victoria sobre la tentación.

Como dice Benedicto XVI, “Para que el hombre pueda presentar sus peticiones adecuadamente tiene que estar en la verdad. Y la verdad es: “Primero Dios, el Reino de Dios”. Antes de nada hemos de salir de nosotros mismos y abrirnos a Dios. Nada puede llegar a ser correcto si no estamos en el recto orden con Dios. Por eso, el padrenuestro comienza con Dios y, a partir de Él, nos lleva por los caminos de los hombres”⁷.

Ambas partes de la estructura del padrenuestro están inseparablemente unidas y hasta fundidas, porque los intereses de Dios, lo que Él desea es siempre lo mejor para nosotros. Pedimos que venga su Reino, pero su Reino es un regalo para nosotros, el regalo que él nos hace de ser hijos y hermanos. La causa de Dios, lo que Él quiere, el Reino, el vivir como hijos y como hermanos, es también nuestra causa y, viceversa, nuestra causa, lo que debemos querer ante todo, es la causa de Dios, su reinado. Todas las peticiones se condensan en el “venga tu Reino”

5. El padrenuestro como regla de vida

En tiempos de Jesús los maestros tenían la costumbre de enseñar a sus discípulos a orar y la oración que les enseñaban contenía un resumen de sus enseñanzas. También Jesús lo hizo así. Como ya indiqué, Tertuliano en el siglo II dijo que el padrenuestro es “el compendio de todo el Evangelio”. Y el evangelio es la regla de vida del seguidor de Jesús. En efecto, el padrenuestro es un programa de vida y los elementos fundamentales de ese programa son: una vida centrada en Dios, en cumplir su voluntad, en abrir caminos a su reinado y en vivir todos como hijos de Dios y como hermanos entre nosotros,

⁶ L. González-Carvajal, oc 26

⁷ Ib. 169

compartiendo el pan y el perdón y sin ceder a las seducciones del mal o del maligno, que destruyen a la persona y a la comunidad. Por eso, el padrenuestro no es sólo una oración para rezar, sino un programa de vida para realizar.

El Padrenuestro es escuela de oración porque resume la gran lección que nos dejó Jesús como persona orante. Pero esta escuela de oración es, al mismo tiempo, una escuela de vida, porque nadie puede orar así, si su vida no es un reflejo del deseo que expresa en su oración: no se puede desear sinceramente la llegada del reino, y, al mismo tiempo, vivir al margen de él, ajenos a la vivencia de sus valores fundamentales y a sus exigencias, como son la fraternidad, la solidaridad, la justicia y la paz. No se puede pedir el perdón sin comprometerse a perdonar.

El Padrenuestro es la oración de la familia de Dios. En ella los hijos de Dios nos comprometemos a cooperar en la actividad del Padre en el mundo para extender su Reino. Orar el padrenuestro nos compromete a luchar para transformar este mundo de reino de Satanás en Reino de Dios.

Como dice el Catecismo de la Iglesia, el “orar a nuestro Padre debe desarrollar en nosotros dos disposiciones fundamentales que marcan nuestro modo de vida y nuestra conducta:

a) *El deseo y la voluntad de asemejarnos a Dios.* Creados a su imagen, la semejanza se nos ha dado por gracia y tenemos que responder a ella. Es necesario acordarnos, cuando llamemos a Dios 'Padre nuestro', de que debemos comportarnos como hijos de Dios (San Cipriano). No podéis llamar Padre vuestro al Dios de toda bondad si mantenéis un corazón cruel e inhumano; porque en este caso ya no tenéis en vosotros la señal de la bondad del Padre celestial (San Juan Crisóstomo) (nº 2784).

b) *Un corazón humilde y confiado* que nos hace volver a ser como niños (cf Mt 18, 3); porque es a "los pequeños" a los que el Padre se revela (cf Mt 11, 25) Padre nuestro: este nombre suscita en nosotros todo a la vez, el amor, el gusto en la oración, ... y también la esperanza de obtener lo que vamos a pedir ...¿Qué puede El, en efecto, negar a la oración de sus hijos, cuando ya previamente les ha permitido ser hijos" (S. Agustín) (Catecismo nº 2785). Orar al Padre debe hacer crecer en nosotros la voluntad de asemejarnos a él, así como debe fortalecer un corazón humilde y confiado (2800)

Lo expresó muy bien san Antonio María Claret cuando, al experimentar que Dios es un Padre entrañable, se propuso como regla de vida la siguiente: “Tendré para con Dios un corazón de hijo y para con los demás un corazón de madre”.

6. Dificultades para rezar el padrenuestro

Hay personas a las que les puede resultar difícil dirigirse a Dios como un Padre querido, sobre todo por estas dos razones: por la mala experiencia del comportamiento con ellas que ha tenido el propio padre de sangre y porque

hay situaciones en las que no ven que Dios se porte como un padre que nos quiere.

a) La mal experiencia de la relación con propio padre

Algunos no se han sentido queridos por el propio padre porque los abandonó o los maltrató. En ese caso, como dice el Catecismo de la Iglesia: “A quienes nunca han experimentado en su familia el cariño paterno, iqué difícil debe resultarles llama a Dios “Padre”, una palabra con tan malos recuerdos para ellos. Como dice el catecismo de la Iglesia, para rezar el Padrenuestro es necesario purificar el corazón de “imágenes paternas o maternas, correspondientes a nuestra historia personal y cultural, y que impregnan nuestra relación con Dios. Dios nuestro Padre trasciende las categorías del mundo creado. Transferir a él, o contra él, nuestras ideas en este campo sería fabricar ídolos para adorar o demoler. Orar al Padre es entrar en su misterio, tal como El es, y tal como el Hijo nos lo ha revelado (nº.2779)

“Quizás un niño que en su casa sufra malos tratos al oír decir que Dios es Padre pensará: estamos apañados. ¡Como si no tuviéramos bastante con uno! Kafka escribió a su padre: “Querido padre, una vez me preguntaste por qué te tenía tanto miedo y, como de costumbre, no supe contestarte, precisamente por el miedo que me infundes. Cuando era pequeño me aterraba oírte decir: “Voy a aplastarte como si fueras un pez”, porque te creía capaz de hacerlo. Yo conservaba la vida por tu clemencia. Piensen por un momento qué resonancias suscitaría en Kafka oír decir que Dios es Padre”⁸

b) Hay personas a las que les cuesta mucho llamarle a Dios “Padre”, porque, a su modo de entender, no se preocupa por la situación de sus hijos

Quizás sea fácil rezar el padrenuestro con los ojos cerrados o mirando sólo al cielo, pero no lo es mirando a la tierra, a la cruel realidad que nos envuelve, y frente a la cual Dios parece estar ausente o indiferente.

Se necesita mucha fe para creer que Dios es Padre a pesar de que, en términos humanos y nuestro juicio, no lo demuestra, ya que parece impasible ante los estragos que hace el mal en sus hijos, incluso en sus preferidos, los pequeños y los pobres. Resultan iluminadores estos dos párrafos de la encíclica “Deus Caritas est” de Benedicto XVI.

“Es cierto que Job puede quejarse ante Dios por el sufrimiento incomprensible y aparentemente injustificable que hay en el mundo. Por eso estoy, ante él, horrorizado, y cuanto más lo pienso, más me espanta. Dios me ha enervado el corazón, el Omnipotente me ha aterrorizado» (23, 3.5-6.15-16). A menudo no se nos da a conocer el motivo por el que Dios frena su brazo en vez de intervenir. Es cierto, más bien, que incluso nuestro grito es, como en la boca de Jesús en la cruz, el modo extremo y más profundo de afirmar nuestra fe en su poder soberano. En efecto, los cristianos siguen creyendo, a pesar de

⁸ L. González Carvajal oc 30

todas las incomprendiones y confusiones del mundo que les rodea, en la «bondad de Dios y su amor al hombre» (Tt 3, 4). Aunque estén inmersos como los demás hombres en las dramáticas y complejas vicisitudes de la historia, permanecen firmes en la certeza de que Dios es Padre y nos ama, aunque su silencio siga siendo incomprensible para nosotros (nº 38).

La fe nos muestra a Dios que nos ha dado a su Hijo y así suscita en nosotros la firme certeza de que realmente es verdad que Dios es amor. De este modo transforma nuestra impaciencia y nuestras dudas en la esperanza segura de que el mundo está en manos de Dios y que, no obstante las oscuridades, al final vencerá Él, como luminosamente muestra el Apocalipsis mediante sus imágenes sobrecogedoras. La fe, que hace tomar conciencia del amor de Dios revelado en el corazón traspasado de Jesús en la cruz, suscita a su vez el amor. El amor es una luz —en el fondo la única— que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar (nº 39)

El acceso a Dios Padre no es fácil, como podría parecer a primera vista, sino difícil, arduo, y que requiere audacia, porque, como ya dijimos, exige fe, esperanza y amor, capacidad de soportar las contradicciones de este mundo, sin que ello obste para exclamar Abbá, Padre. La fe nos hace acoger la bondad de Dios juntamente con la maldad del mundo. Dios sigue siendo Padre nuestro a pesar de la aflicción. Esta fe nos exige el padrenuestro, la fe que vivió Jesús, quien confió en Dios hasta la máxima desesperanza de la cruz y se mantuvo fiel a pesar de la contradicción, la persecución y la condena⁹, sin que Dios interviniera.

Lo que nos permite llamar a Dios “Padre” aún en medio de la desgracia y de la desolación, es el ejemplo de Jesús que colgado en la cruz y sintiéndose abandono por Dios, a la vez que le decía: “Dios mío ¿por qué me has abandonado?” era capaz de seguir llamándolo Abbá”, Padre querido. La prueba de que no estaba en un error es que Dios realmente se comportó como Padre resucitándolo de entre los muertos.

En definitiva, creemos que Dios es Padre bueno porque Jesús nos lo ha dicho y su palabra ha quedado confirmada por el hecho de que Dios lo resucitó de entre los muertos.

Una vez más queda claro que en la fe cristiana todo nos lo jugamos a una sola carta: creer o no en la resurrección de Jesús. A partir de ella podemos aceptar aún las cosas que son un misterio incomprensible para nosotros.

EL PADRENUESTRO DE CADA DÍA

Tenemos tantas cosas que hacer y tantas personas con las que hablar que, día tras día, nos quedamos sin tiempo para hablar con Dios, para orar. A Jesús no le ocurría lo mismo. Nos dicen los evangelios que tenía siempre a

⁹ L. BOFF, *El Padrenuestro*, 47-48

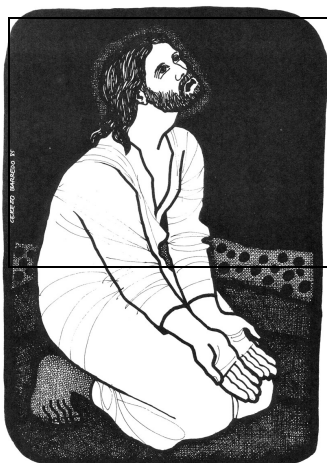
la gente tan encima, que no le quedaba tiempo ni para comer, pero sí sacaba tiempo para pasar largos ratos en soledad, orando, dialogando con el Padre. Jesús comenzaba su oración siempre con el mismo saludo a Dios: "Abbá" "Padre". Hagamos lo que él nos dijo: "ustedes cuando oren digan: "Padre nuestro..." recemos al menos esta oración. No requiere mucho tiempo, pero sí mucha concentración, para que sea realmente oración y no un simple recitado de palabras sabidas de memoria y vacías de afecto. Que esta oración alimente nuestro espíritu al menos tres veces al día, como alimentaba el espíritu de los judíos la oración de la shemá rezada tres veces en cada jornada.

Hoy día, la shemá de muchos cristianos podría formularse así: Nada más despertarte prenderás la radio o la TV y por la noche las tendrás puestas hasta que el sueño te venza. ¡Ah! Y no te olvides de dedicar algunas horas al internet.

Yo me daría por satisfecho si después de este retiro sobre el padrenuestro, todos nos comprometiéramos a orarlo siquiera al iniciar el día y al terminarlo. Pero digo orarlo, no simplemente rezarlo de manera rutinaria y como un deber, como diciendo, ya le recé un padrenuestro a Dios, ya he cumplido con Él, y a otra cosa. No, no es eso. No se trata de cumplimientos ni de trueques comerciales: ya le di para que Él me dé.

Se trata de hablar con Él al comienzo de la jornada, saludarlo con el cariño de un buen hijo, desearle a él lo mejor para el día y sentir que él nos ama y también nos desea lo mejor. De esa oración, que requiere un profundo recogimiento para dar peso y emoción a cada palabra, uno no sale diciendo: ya cumplí con Dios, sino ya hablamos como amigos, como Padre e Hijo. Y al final de la jornada volveremos hablarnos para contarnos cómo nos ha ido.

Fíjense: dos padrenuestrros bien orados oxigenarían nuestra fe y nuestra vida cada día. En el recuadro anterior se dice gráficamente que solemos hacer en lugar de orar el padrenuestro.



LA INVOCACIÓN “¡PADRE NUESTRO!”

***“Padre nuestro que estás en los cielos” (Mt 6,9)
“¡Padre!” (Lc 11,2)***

1. “¡Padre!”

1.1. Resonancias que tuvo para Jesús la invocación “Abbá”

Él lo hacía, pero fue sorprendentemente original en su modo de orar. Toda la originalidad de la oración de Jesús está contenida en esta invocación: “¡Padre!” que figura sólo al principio de la oración, pero, en una recitación meditativa del padrenuestro, se entiende que hay que repetirla al comienzo de cada una de las 7 peticiones del mismo, porque las siete se desarrollan en el ámbito de un diálogo filial con el Padre: Padre, que venga tu Reino, Padre, que se haga tu voluntad, Padre, danos hoy nuestro pan, Padre perdona nuestras ofensas¹⁰.

Es cierto que también algunas oraciones judías llamaba a Dios “Padre”. Pero hay que tener en cuenta dos cosas: a) que jamás nadie se atrevió a llamarlo “Abbá” (Papá) y b) que, aunque lo llamaran “Padre”, la palabra tenía un significado para los judíos bastante distinto del que tenía para Jesús y tiene hoy para nosotros.

En el AT se considera a Dios Padre del pueblo escogido en su conjunto, pero no de cada persona en particular, excepto del rey. A veces se le llama Padre por su condición de creador, por ser el origen de todas las cosas, el que las genera. Pero no se le llama Padre por su cercanía amorosa, que es como lo sentía Jesús.

En todo caso, como acabo de indicar, aunque a Dios se le llamaba algunas veces “Padre”, nunca se le llamaba “Abbá”, “Papito”, como lo hizo Jesús y enseñó a hacerlo a sus discípulos. Ese modo de dirigirse a Dios era para los judíos una falta intolerable de respeto. En este contexto hay que considerar el uso de la palabra “Abbá” al menos como sorprendente e inusitado, por no decir absolutamente fuera de lo común en la religión judía.

El hecho de que Jesús comenzara a llamar a Dios “Abbá” obedece a la nueva imagen o idea que él tenía de Dios. “La imagen que Jesús tenía de Dios no era la de un Ser supremo y lejano, sino la de una persona cercana. Para Él, Dios era una persona infinitamente amorosa e íntima”¹¹. La palabra “abbá” que significa papá en la lengua materna de Jesús, el arameo, era la palabra

¹⁰ L. BOFF, *El Padrenuestro*, 43

¹¹ A. NOLAN *Jesús hoy*, p.191

que utilizaban los niños para dirigirse a su padre. El hecho de que Jesús la utilice para dirigirse a Dios significa que él se siente como un niño en brazos de un Dios que era para él Padre-Madre.

Jesús vio reflejada en los niños, y más aún en los bebés, la confianza total e incondicional que él tenía en Dios, en su Abbá. Él se sentía como un niño en brazos de su madre. En este sentido, la actitud de Jesús era extraordinariamente parecida a la de los niños. Como dice J. Jeremías, Jesús se dirigía a él como una criaturita a su padre, con la misma sencillez íntima, con el mismo abandono confiado.

Para Jesús, Dios es alguien en quien siempre se puede confiar y descansar. Dios no aterra por su majestad apabullante, sino que impresiona y asombra por su generosidad inesperada. Porque, como dirá después san Pablo, en Dios existimos, nos movemos y actuamos, bien podemos concluir que la existencia humana está envuelta en la incomprensible, cálida e incondicional bondad de Dios¹². Así lo sintió Jesús. Esa fue la experiencia que marcó su modo de ser, su modo de orar y su modo de actuar en la vida.

Sin duda, el invocar a Dios como Abbá (padre querido) se debe al Jesús histórico, porque es absolutamente contracorriente y el hacerlo desacreditaba a Jesús ante los judíos por ser irreverente con Dios. A ningún judío piadoso se le podía ocurrir semejante falta de respeto usando con Dios esta expresión tan familiar, cuando ellos hasta evitaban usar el nombre de Dios. Y, sin embargo, Jesús en todas sus oraciones llegadas hasta nosotros, se dirige a Dios con esta expresión: Abbá. Nada menos que 170 veces ponen los evangelios esta expresión en labios de Jesús: 4 Mc, 15Lc, 42Mt, 109 Jn. "Abbá" (Mt 11,25;Mc 14, 36; Lc 23, 34.46; Jn 11, 41;12, 27s; 17,1).

Y no sólo para los contemporáneos de Jesús era insólito e inadmisibles llamar a Dios "Papá", lo es todavía para nosotros. Nos da vergüenza porque nos parece pueril decirle a Dios Papá o Papito. Nadie se atreve a invocarlo así en una oración comunitaria de personas serias. Si alguno se atreve, lo miramos con tal extrañeza que lo hacemos sentirse una persona anormal e inmadura, en lugar de tomarlo como un gesto de confianza. Digamos simplemente "Padre" pero con la confianza de un niño.

Cuando Jesús llama a Dios Abbá nos revela algo muy profundo de su persona, su intimidad con Dios, sus anhelos más íntimos. Esta invocación expresa lo más rico, el núcleo más íntimo de la relación de Jesús con Dios. El uso de esta palabra es la mejor prueba de la total familiaridad de Jesús con Dios. La invocación "Abbá" tiene, pues, un valor primordial, que ilumina toda la vida de Jesús. Todo en él es consecuencia de esta experiencia de Dios como Padre entrañable. Le hizo a Él también entrañable.

¹² ESPEJA, *Jesucristo, la invención del diálogo*, 189

El hecho de sentir a Dios como "Abbá" le lleva a vivir en permanente diálogo de amistad filial con Él. Jesús siente en su vida la presencia amorosa de Dios y la expresa llamándole "Padre". Siente que a "su" Padre Dios le debe afecto y obediencia e imitación.

1.2. Dios es Padre también para los seguidores de Jesús

Jesús enseña e invita a sus discípulos a dirigirse a Dios en los mismos términos que él lo hacía, llamándolo "Abbá", "Papá" o "Papito". La raíz de la que brota la oración de los seguidores de Jesús, como la de su Maestro, está en el hecho de que Dios en su Hijo nos ha hecho también a nosotros hijos suyos muy queridos, ya que con Él formamos un solo cuerpo. Dios nos introduce en la relación que reina entre él y el Hijo, hasta tal punto que también los discípulos podemos exclamar, no sólo como Jesús, sino con Jesús: ¡Abbá!"¹³. Jesús, en efecto, enseñándonos e invitándonos a orar como oraba él, quiere hacernos gozosamente conscientes de nuestra nueva situación de hijos de Dios. Por eso podemos decir "Abbá". La oración es, ante todo, un diálogo de amistad filial con Dios, es la expresión de nuestra condición de hijos y no de mendigos, como es la oración de la mayor parte de la gente, que sólo tiene de bueno lo que tenga de confianza en Dios, aunque sea bajo la actitud de mendigos, que piden y piden.

El Nuevo Testamento, que refleja las vivencias de las primeras comunidades cristianas, para hablar de Dios y a Dios, conserva la palabra original aramea Abbá (Rm 8,15; Gál 4,6-7). La familiaridad de Jesús con su Padre quedó tan grabada en el corazón de los discípulos, que la invocación "Abbá" también a ellos se les hizo familiar. No cabe duda de que el modo de orar de Jesús al Padre como Abbá prendió rápidamente en las primeras comunidades cristianas como aparece en algunas cartas de Pablo. Gál 4,6 y Rom 8,15 que constituyen un testimonio de que la primitiva comunidad cristiana mantenía vivo el recuerdo del modo tan característico con el que Jesús se dirigía a Dios.

Nuestra oración ya no se dirige al Dios Altísimo y lejano, sino al Dios infinitamente cercano, Padre y amigo, como lo vio y experimentó Jesús. Esa es la experiencia hecha por él y transmitida por los apóstoles de que Dios está ahí como Padre, cuidando de sus hijos, con su corazón sensible a nuestros problemas, con sus ojos clavados en nuestros sufrimientos y con sus oídos atentos a nuestro clamor. Es un Padre amoroso y lleno de compasión. Para Dios, el ser humano no es un número o una molécula perdida en los sobrecogedores espacios siderales, sino una persona cercana, blanco de su amor entrañable, a cuyos cuidados puede confiarse.

En la comunidad cristiana, dirigirse a Dios con la invocación ¡"Padre"! implica una intimidad con Él similar a la que tenía el propio Jesús; Dios no es el ser todopoderoso y lejano, cuyo señorío se eleva sobre los cielos, sino un ser cercano que se preocupa del ser humano y cuida de él, como un padre cuida de su hijo.

¹³ J. ESPEJA, *Jesucristo, la invención del diálogo*, 217

Curiosamente, el hecho de llamar a Dios Padre fue considerado durante mucho tiempo en la celebración de la misa un atrevimiento. La introducción al Padre nuestro que durante muchos siglos se ha dicho en la misa, comenzaba así: “fieles a la recomendación del Señor y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir: “Padre nuestro...” En efecto, si no fuera porque lo había mandado Jesús y, sobre todo, porque en él somos hijos de Dios, sería una auténtica osadía o atrevimiento. Pero después de que Dios nos ha hecho hijos suyos, no es ningún atrevimiento; es nuestra obligación filial, porque le agrada que lo reconozcamos como Padre.

1.3. A Dios también lo podemos invocar como Madre

Dios no es un ser humano, a pesar de ser humanísimo, en el sentido de que todo lo bueno que hay en el ser humano Él lo tiene en grado inconmensurable; Dios no es varón ni mujer, pero para hablar de Él usamos términos humanos, porque no tenemos otros. Estos términos no son definitorios, son comparativos. Cuando decimos que Dios es Padre, queremos decir que es como un padre bueno, pero mucho más y de otro orden que no conocemos y es para nosotros un misterio. Igual que decimos que Dios es como un padre podemos decir que es como una madre. Si en lugar de una mentalidad patriarcal, Israel hubiese tenido una cultura matriarcal, Jesús habría recurrido a la imagen de la madre, en lugar de la del padre, para expresar el amor y la ternura de Dios. La mujer es imagen de Dios como el varón (Gn 1, 27), igual de legítimo es invocar a Dios como Madre que como Padre. Juan Pablo I dijo: “Dios es Padre, más aún, es Madre”¹⁴. El Papa dice “más aún”, quizás porque la madre es hoy día mejor imagen de Dios.

El Papa Benedicto XVI dice que nuestra dependencia de Dios es como la de una criatura en el seno de su madre. Se pregunta el Papa: “¿Es Dios también Madre? Se ha comparado el amor de Dios con el amor de una madre: “Como a un niño a quien su madre consuela, así los consolaré yo” (Is 66,13) El misterio del amor maternal de Dios aparece reflejado de un modo especialmente conmovedor en el término hebreo rahamim, que originalmente significa “entrañas maternas”, pero después se usará para designar el conpadecer de Dios con el hombre, la misericordia de Dios. El seno materno es la expresión más concreta del íntimo entrelazarse de dos existencias (La de la madre y la del hijo) y de las atenciones a la criatura débil y dependiente que, en cuerpo y alma, vive totalmente custodiada en el seno de la madre. El lenguaje figurado del cuerpo nos permite comprender los sentimientos de Dios hacia el hombre de un modo más profundo de lo que permitiría cualquier lenguaje conceptual”¹⁵. Todo lo que pueda sentir una madre por el hijo deseado que lleva en su seno lo siente Dios por cada uno de nosotros y mucho más. Aunque a alguien le parezca irreverente, podemos afirmar que vivimos en el seno maternal del Padre.

¹⁴ L. González-Carvajal, op p. 33, 35

¹⁵ Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, 173-174

Por tanto, es absolutamente legítimo invocar a Dios como Madre, pero nos ocurre como con la invocación “Papá”, que nadie se atreve a hacerlo en una oración comunitaria de personas serias. Una cosa tan seria y tan bien fundamentada, como llamarle “Madre” a Dios, causaría risa. Pero esa risa, da pena.

Ejercicio de oración. *Les invito a sentirse ante Dios Padre-Madre como un bebé en el regazo de su madre que lo mira, lo acaricia y lo besa con infinita ternura. Y así, en el regazo de Dios, dejémonos querer, experimentemos la ternura de Dios; aunque no nos atrevamos a decirle mamá, ni siquiera madre, él nos quiere más que una madre, dejémonos querer. Respondamos a su amor llamándolo con cariño con la palabra que nos salga del corazón, sea Padre o Papá, Madre o Mamá.*

1.4. Cómo tener también nosotros la misma experiencia que tuvo Jesús de Dios como Abbá

Como seguidores de Jesús, necesitamos tener esa misma experiencia que él tuvo de Dios como Abbá. De lo contrario, llamarlo “Abbá” no se correspondería con nuestros sentimientos y sería una palabra vacía. A tener esa experiencia nos pueden ayudar varias cosas.

1.4.1. En primer lugar, eliminar las malas imágenes de Dios que tenemos.

Para llegar a sentir a Dios como Padre entrañable, lo primero que tendremos que hacer es eliminar de nuestro corazón y de nuestra imaginación las malas imágenes de Dios que tengamos porque ellas nos impiden sentirlo realmente como padre. Me refiero, por ejemplo, al Dios castigador; al Dios sádico, que exige sacrificios para aplacarse y perdonar; al Dios que está en los cielos, lejano y externo al mundo; al Dios que ya lo tiene todo decidido, hasta las desgracias y la muerte, y lo que tiene decidido se cumplirá inexorablemente; al Dios legalista, que amarra nuestra libertad con una telaraña de prohibiciones y amenazas.

Necesariamente todas las imágenes de Dios las tenemos que tomar de la vida humana y son comparaciones con frecuencia erradas, pero, aunque estén en buen camino, siempre se quedan infinitamente cortas. La misma palabra “Padre”, como acabo de indicar, hay que tomarla como una comparación. En efecto, cuando llamamos a Dios “Padre” no estamos haciendo una definición de Dios, estamos haciendo una comparación, estamos diciendo que nuestro Dios es como un padre, pero inmediatamente tenemos que añadir una larga lista de adjetivos a sustantivo padre para que sea más expresivo. Decimos, por ejemplo, Padre bueno, amoroso, compasivo, misericordioso, lleno de ternura para con sus hijos, etc.

El crecimiento en la fe nos puede llevar a superar esa imagen, siempre imperfecta, de Padre para quedarnos callados ante él, ante su presencia

silenciosa, sin imaginarlo de ninguna manera, pero sintiendo su cercanía y su amor, que nos envuelve y nos penetra hasta lo más hondo de nuestro ser.

Como ya indiqué el primer día, la mejor palabra acerca de Dios es el silencio denso de amor y de asombro ante el misterio de Dios. Pero, como humanos y materiales, necesitamos expresar nuestros sentimientos con palabras y gestos para reafirmarlos. Una manera de limpiar nuestra conciencia de las malas imágenes que tenemos de Dios es lo que tratamos de hacer en este retiro, sentir a Dios como Padre, llamándolo una y otra vez con cariño "Padre".

Con frecuencia las malas imágenes de Dios las tomamos de la Biblia por leerla pensando todo en ella es palabra de Dios químicamente pura, sin tener en cuenta que ante todo es palabra humana en la que, junto con todas las limitaciones y condicionamientos de lo humano y del desarrollo histórico de la humanidad, encontramos mensajes de Dios. Si el Hijo de Dios, que es la Palabra con mayúscula, se hizo carne, es decir un ser humano con todas las debilidades y limitaciones de los seres humanos, cuánto más la palabra escrita está encarnada y condicionada por la palabra humana y todo lo que la condiciona, como la cultura, los conocimientos e ignorancias de la época, el grado de desarrollo de la fe y de la moral.

Les invito ahora a hacer una especie de ejercicio de purificación de las malas imágenes de Dios, siguiendo, quizás, el mismo itinerario que siguió Jesús de Nazaret en busca del verdadero rostro de Dios, ya que a él también le había ofrecido esas imágenes de Dios que predominaban del Antiguo Testamento.

Seguramente Jesús se sentía incómodo con algunos textos bíblicos del Antiguo Testamento, mientras en otros textos veía reflejada la imagen del Dios que Él iba descubriendo. Voy a leer algunos textos del Antiguo Testamento y uno del Nuevo. A los que nos ofrecen una mala imagen de Dios respondemos: *"Pero tú eres mi Padre"* y a los que nos presentan a Dios como Padre, respondemos lo mismo, pero sin el "pero" adversativo.

- "Con mi enojo los castigaré. Multiplicaré por siete mis escarmientos por sus pecados" (Lv 26, 28) - *Pero tú eres mi Padre*
- "Tú castigas el pecado de los padres en los hijos que les suceden" (Jr 32, 18) - *Pero tú eres mi Padre*
- "La ira del Señor se encendió contra ellos y el Señor se marchó" (Núm 12, 9) - *Pero tú eres mi Padre*
- "¿Puede una madre olvidarse del hijo de sus entrañas? Pero aunque ella se olvide, yo no te olvidaré" (Is 49, 15) - *Tú eres mi Padre*
- "La llevaré al desierto y le hablaré al corazón" (Os 2, 16) - *Tú eres mi Padre*
- "Como un padre siente ternura por sus hijos, así tú sientes ternura por tus fieles" (Sal 105) - *Tú eres mi Padre*
- "Cuando su Padre lo divisó, se enterneció. Corriendo se le echó al cuello y lo besó" (Lc 15, 20) - *Tú eres mi Padre*

1.4.2 Cultivar la amistad filial con Él, especialmente en la oración

Otro modo de desarrollar en nosotros la experiencia de Dios como “Abbá” o “Papá” es cultivar nuestra amistad filial para con él. Santa Teresa de Jesús definió la oración como un “tratar de amistad con Quien sabemos que nos ama”. La oración es siempre un diálogo entre amigos, no un diálogo entre un mendigo y un Señor todopoderoso para con el que hay que utilizar ciertos medios o recursos para conmoverlo.

Hay que anotar que al acercarnos a Dios para hablar con Él, Él ya estaba cerca, pero no habíamos tomado conciencia de ello. Además, como ya dije, es Dios quien se adelanta a abrir el diálogo, porque Él nos amó primero (1Jn 4, 19) La auténtica oración es un camino muy directo para llegar a experimentar a Dios como Padre. Hemos de sentirnos siempre envueltos por Dios Padre y por su amor. Nadie nos puede sacar de la atmósfera de su amor. San Pablo escribió: “Estoy seguro que ni muerte ni vida, ni ángeles ni potestades, ni presente ni futuro, ni poderes ni altura ni hondura, ni criatura alguna nos podrá separar del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro” (Rm 8, 38-39). El amor que Dios nos tiene es absolutamente incondicional y nos va a seguir amando aún en el absurdo de que rechacemos su amor.

Tenemos que reconocer que oramos poco. A veces nos disculpamos diciendo que no tenemos tiempo. Quiero hacer ahora una sugerencia para cristianos con prisas y sin tiempo para que alimenten su vida con la oración del padrenuestro; una sugerencia práctica, no para “rezar” el padrenuestro de memoria y a la carrera, sino para “orar” el padrenuestro. Y la sugerencia es ésta: parar por un momento el reloj de las prisas siquiera una o dos veces al día, utilizar un método sencillo y rápido de relajación y concentración, sea sentados o de pie, liberando de tensiones todo nuestro organismo y cada uno de sus miembros, y orar el padrenuestro poniendo el corazón en cada palabra. De ese modo uno puede decir con calma varias veces “¡Padre!”, sintiéndose envuelto por su amor y por su ternura y puede añadir después “nuestro” y, al eco del nuestro, sentir a los demás como hermanos, incluso a los que nos resulta difícil soportar. Pensando en todos, sintiéndolos a todos presentes, repetimos “Padre nuestro” que nos amas a todos y nos reúnes como a tu familia, que yo tenga para con todos los sentimientos de familia que tú tienes y un trato fraterno también para con el que me cae mal y con el que no puedo soportar.

Ese modo pausado y sentido de orar el padrenuestro siquiera una vez al día, inundará nuestro espíritu de paz, de serenidad, y nos ayudará a sentir permanentemente la cercanía amorosa y envolvente de Dios nuestro Padre. Ese contacto íntimo con Dios nuestro Padre nos ayudará a tener sus mismos sentimientos de amor, ternura, compasión y solidaridad y nos llevará no sólo a pedir, sino a comprometernos en extender su Reino y dar el pan y el perdón a los demás. De ese modo, como ya dije, el padrenuestro, que es el mejor resumen del evangelio, se convertirá en nuestra regla de vida.

Esa manera de oración irá configurando nuestra personalidad, nuestra vida y nuestras acciones, hasta que, a nuestra escala, siempre mínima, podamos

llegar a decir como su Hijo Jesucristo, “yo siempre hago las cosas que veo hacer a mi Padre”.

1.5. Decir “Padre nuestro” nos compromete a vivir como hijos de Dios

Como dice un gran conocedor de la Biblia, Joaquín Jeremías, la palabra “Abbá” concentra y condensa todo el Nuevo Testamento, todo lo que fue y enseñó Jesús. Según el papa Benedicto XVI: “La palabra Padre aplicada a Dios comporta un llamamiento para nosotros: a vivir como hijos e hijas”¹⁶.

“Ya los grandes escritores cristianos de los primeros siglos a quienes llamamos “Santos Padres” distinguían tres estilos de relación con Dios:

- a) Unos se relacionan con Dios como si fueran esclavos suyos, y tratan de complacerle por miedo a ser castigados. Esto es impropio del cristiano. Decía san Pablo: “Miren, no recibieron un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibieron un espíritu de hijos adoptivos que nos permite gritar: ¡Abbá! ¡Padre! (Rm 8, 15)
- b) Otros tienen espíritu de comerciantes; obran bien buscando la recompensa y llevan cuidadosa contabilidad de sus buenas obras. Utilizan la fórmula comercial de trueque: “te doy para que me des”
- c) El único estilo correcto entre los cristianos para relacionarse con Dios es el de hijos que obran bien movidos sólo por el amor y el deseo de complacer a sus padres”¹⁷.

El vivir como hijos implica desarrollar, entre otras, las siguientes actitudes para con Dios:

- 1) Corresponder a su **amor** entrañable de Padre amándole en los mismos términos: entrañablemente y sin más intereses que Él mismo y sus “cosas”.
- 2) Vivir en permanente actitud de **obediencia** tratando de descubrir lo que Dios quiere y espera de nosotros, que siempre es lo mejor para nosotros. El amor al Padre, nos tiene que llevar, como llevó a Jesús a hacer de la voluntad de Dios el alimento cotidiano de nuestra vida (Jn 4,34). Hacer la voluntad de Dios es para nosotros la fuente de nuestra perenne alegría, cumpliendo lo que Pablo decía a los cristianos de Filipos: “Tengan siempre la alegría del Señor; lo repito, estén alegres” (Filp 4, 4)
- 3) Tener una **confianza** absoluta en Dios (Mt 6, 25-34), pero una confianza activa, porque la confianza en Dios ha de coexistir con nuestra entrega al trabajo y al servicio a los demás. El nos puso sobre la tierra para que la trabajáramos (cf Gn 2,5).
- 4) Ser agradecidos. La **gratitud** es una actitud que brota en el corazón de todo hijo “bien nacido”. A Dios se lo debemos todo. Por eso, a la vez que alegres, debemos ser personas agradecidas.

¹⁶ Ib. p 172

¹⁷ L. González-Carvajal, oc 31

- 5) Imitar a Dios. Jesús mismo nos dijo: "Sean perfectos como es perfecto su Padre que está en el Cielo"(Mt 5,48). San Pablo añade a los Efesios: "Sean **imitadores** de Dios como hijos muy queridos" (Ef 5,1). Hemos de imitar a Dios, ante todo, en su amor incluso a los enemigos: "Amen a sus enemigos y recen por sus perseguidores. Así serán hijos de su Padre que está en los cielos"(Mt 5,45) Lo que significa que quien no ama a todos, incluso a los enemigos no es un buen hijo de Dios porque no sigue su ejemplo. Tenemos que imitar a Dios en su compasión, misericordia y capacidad de perdonar siempre. Yo creo que lo más hermoso de la parábola del hijo pródigo y el objetivo que se propuso Jesús al contarla era éste: invitarnos a ser como el Padre, a tener un corazón lleno de comprensión, misericordia y amor incluso a los que nos han hecho las peores jugadas en la vida, como se la hizo el hijo pródigo a su padre. Jesús, que era la imagen perfecta de Dios, dijo: "quien me ve a mí, ve al Padre" (Jn, 14, 9). Tendríamos que parecernos tanto al Padre que de algún modo y en su escala se pudiera decir algo semejante de nosotros.

Ejercicio: *Imagínate en una escena luminosa parecida a la que vivió Jesús en el Tabor cuando Dios dijo: Éste es mi hijo muy querido". Dios te lo dice hoy también a ti. Escucha la voz de Dios resonando en tu interior que te dice: Tú eres mi hijo querido. Descubre qué sentimientos y qué deseos despierta en ti esa experiencia.*

2. "Nuestro"

2.1. Nunca oramos solos

A la invocación "¡Padre!", Mateo añade "nuestro". Como ya indiqué, las palabras o frases que la versión del padre nuestro de Mt añade a la de Lucas no son para decir algo nuevo, sino para explicitar más lo que Lucas dice de manera más concisa. Este es uno de los casos. En la versión de Lucas no se dice "nuestro", pero se sobreentiende porque la oración está en plural. Todo lo que se dice o se pide es pensando en los demás. Aunque uno esté solo cuando se dirige a Dios orando el padrenuestro, dice siempre dice "nuestro" porque ora unido a los hermanos. Cambiar las palabras y decir "Padre mío" atentaría contra el sentido comunitario del padrenuestro.

No puede ser de otro modo, pues quien llama "Padre" a Dios está sintiendo en ese mismo momento que tiene muchos "hermanos" y no los puede olvidar y menos odiar, porque no podrá evitar el interrogatorio de Dios a Caín: "¿Dónde está tu hermano?" (Gn. 4, 9)¹⁸. Cuando nos acercamos a Dios nuestro Padre, en el diálogo de amistad filial con Él, siempre nos pregunta por nuestros hermanos y por nuestra relación con ellos.

La palabra "nuestro" resalta el carácter comunitario del padrenuestro, que adquiere pleno sentido rezándolo en comunidad. En la oración comunitaria es la comunidad la que dice de manera más explícita y a una sola voz: "¡Padre!". La nueva relación de los discípulos con Dios, no es solamente

¹⁸ L. González-Carvajal oc 37

individual, sino comunitaria. Son los hijos todos juntos los que se dirigen al Padre. Él nos quiere familia

2.2. Nos sentimos hermanos y decimos “nuestro”, porque somos hijos del mismo Padre

La conducta del cristiano se puede resumir en dos frases: vivir como hijos con respecto a Dios y vivir como hermanos o en una sola: vivir como Jesús, porque Jesús es el modelo perfecto de Hijo y de Hermano. Viviendo así se hace realidad en nosotros el proyecto de Dios y el sueño de Jesús: el Reino de Dios, que no consiste más que en vivir como hijos y como hermanos, ya en esta vida y después, para siempre y en plenitud, en la otra vida.

Decir a Dios “Padre nuestro” implica decir a los demás “hermanos” y sentirse todos unidos ante Él. Del amor de Dios que nos ha hecho hijos suyos surge una nueva comunidad de hermanos y hermanas congregados en torno al Hermano mayor que es Jesús; todos somos hijos en el Hijo, todos somos muy queridos por Él en su Hijo muy querido y a una sola voz, no sólo con nosotros, sino con el Hijo, decimos: ¡Abbá!, ¡Padre!

Nadie puede acaparar a Dios exclusivamente para si; quien tiene a Dios como Padre, tiene a todos como hermanos. Hay que compartir su paternidad con todos los que están a nuestro lado. Jesús nos enseña que la paternidad de Dios es nuestra riqueza verdadera que nos permite gozar con Dios y entre nosotros la misma ternura que hay entre el Hijo y el Padre (Jn 17,21-23) Por eso son inseparables la filiación y la fraternidad.

La fraternidad es difícil: la humanidad está muy lejos de ese ideal de vivir todos en fraternidad, cada país está muy lejos, cada familia está muy lejos. ¡Cuánto nos falta a todos para avanzar en este camino de la fraternidad universal incluso con los que tenemos más cerca! Todavía no vivimos como hermanos. Sartre decía que “del famoso lema de la Revolución Francesa – libertad, igualdad y fraternidad – la fraternidad ha resultado ser la aspiración más difícil de hacer realidad. No debería extrañarnos, porque la fraternidad es de distinto orden que la libertad y la igualdad. Mientras éstas pueden ser garantizadas por las leyes, la fraternidad es algo mucho más radical y profundo que no podrá asegurar ninguna ley del mundo.

El amor nace, no se impone por ley. Los hermanos no son algo que podamos alcanzar con nuestras propias fuerzas, sino algo que recibimos gratuitamente de nuestros padres. Y, naturalmente, para eso hace falta primero tener padres. El fracaso de la fraternidad se debe principalmente a que no reconocemos tener todos un mismo Padre. En definitiva, la fraternidad brota de sabernos todos hijos del Padre celestial”¹⁹.

Por desgracia la experiencia cotidiana que reina en el mundo no es la que proclama el salmo 133: "qué dulzura, que delicia, convivir los hermanos unidos". La experiencia es otra. Lo que reina es el desconocimiento mutuo, el

¹⁹ L. G. Carvajal, 39-40

desinterés por el otro, la hostilidad, el enfrentamiento, el conflicto, el choque permanente entre las ambiciones e intereses egoístas, tanto en la propia familia, en el trabajo y en la profesión, como en la comunidad, el pueblo, la ciudad, el país, el mundo entero estremecido por la xenofobia, el racismo, el terrorismo, las guerras y masacres. Dios está gritando permanentemente sobre la faz de la tierra: "¿Dónde está tu hermano?" Y nadie lo oye.

El filósofo Fernando Savater escribe fríamente: "Debe ser a causa de mi innato paganismo, pero te confieso que no me hace mucha ilusión que todos los hombres seamos "hermanos"²⁰. Y tiene razón, porque no podemos reconocer a nadie como hermano si no reconocemos que Dios existe y es Padre de todos.

La fraternidad es un sueño condenado al fracaso cuando no tenemos la conciencia de tener un Padre común. El escritor Roger Garaudy, convertido del ateísmo marxista, sostiene que para realizar la fraternidad humana es necesario apoyarse en Dios, Padre de todos.

2.3. En el "nuestro" cabe el mundo entero

Al invocar a Dios como Padre "nuestro" nos comprometemos a romper individualismo personal y también el individualismo de nuestra pequeña comunidad humana o religiosa para estar abiertos al mundo entero.

En el momento en que decimos "Padre nuestro" deben caer las paredes de nuestras capillitas, porque solamente las dimensiones del mundo entero son válidas para decir esas palabras. Hay casi siete mil millones de seres humanos en la tierra. Pero no hay uno solo con el que yo no esté en comunión cuando digo: "Padre nuestro", porque el Padre con el que hablo en el padrenuestro es Padre de todos sin exceptuar a uno solo. Si digo "nuestro", estoy diciendo que Dios es Padre de los niños de Sierra Leona, de los mil millones de chinos y de mi vecino antipático que no me lo puedo quitar de encima"²¹ o de mi familiar con el que no hay manera de hacer las paces y entenderse. También ellos están incluidos en el "nuestro".

Debemos ensanchar el ámbito del "nosotros" hasta alcanzar dimensiones auténticamente planetarias. "No podemos invocar a Dios, Padre de todos, si nos negamos a conducirnos fraternalmente con algunos hombres creados a imagen de Dios" (Juan Pablo II. *Nostra Aetate*, 5)

Pero hay más, como oramos siempre con Cristo y decimos "nuestro" a una sola voz y a un solo corazón con Él. Ahí, en el corazón del Hijo, nos encontramos con todos los seres humanos, porque en su corazón de amor infinito sí que caben todos y no sólo globalmente, sino cada uno como persona, con su nombre y apellido. Cristo es el que nos une a todos entre nosotros y con Dios Padre. El padrenuestro adquiere un sentido nuevo cuando lo decimos unidos al Hijo, porque en el "nuestro" dicho por Él sí que no queda nadie fuera.

²⁰ SAVATER F. *Ética para Amador*, Barcelona 1994, p. 148.

²¹ L. González-Carvajal 38

Dice Benedicto XVI: “Así, la palabra “nuestro” resulta muy exigente: nos exige salir del recinto cerrado de nuestro “yo”. Nos exige entrar en la comunidad de los demás hijos de Dios. Nos exige aceptar al otro, a los otros, abrirles nuestros oídos y nuestro corazón. Con la palabra “nuestro” decimos sí a la Iglesia viva, en la que el Señor quiso reunir a nuestra familia. Así el padrenuestro es una oración muy personal y al mismo tiempo plenamente eclesial. Al rezar el padrenuestro rezamos con todo nuestro corazón, pero a la vez en comunión con toda la familia de Dios, con los vivos y con los difuntos, con personas de toda condición, cultura o raza. El padrenuestro nos convierte en una familia más allá de todo confín”²².

Es importante lo que dice el Papa: oramos el padrenuestro también con nuestros difuntos. Ellos ya están plenamente con Dios. Hemos de unirnos a ellos para decir juntos: “Padre nuestro”. Estamos acostumbrados a orar por los difuntos. Es mucho más coherente con nuestra fe orar con los difuntos.

2.4. Niveles de fraternidad

Lo que voy a decir ahora sobre los distintos niveles de fraternidad no contradice la universalidad del amor fraterno, sino que la concreta de manera realista. Aunque la palabra “hermanos” se refiera a todos, en nuestro caso, al no conocerlos, nuestra relación no puede ser igual con todos. Por ello “podemos decir que vivimos la fraternidad en sucesivos círculos concéntricos. Desde un punto de vista social, deberían estar en primer lugar el círculo familiar, los amigos, los grupos a los que pertenecemos. Desde el punto de vista religioso, la fraternidad se da en primer lugar, con la máxima intensidad, en la pequeña comunidad cristiana a la que pertenecemos, después, con un poco menos de intensidad, en la parroquia, en la iglesia local y en el conjunto de la Iglesia y, por último, desde ambos puntos de vista, social y religioso, en la humanidad entera, que sería el último círculo en la onda de nuestro amor universal.

Hasta por razones psicológicas no debiera extrañarnos que la vivencia de la fraternidad exija distintos niveles de intensidad. Nadie puede amar con amor personal e íntimo a la vez a seis mil quinientos millones de seres humanos. Para que no sea algo etéreo, la fraternidad debe concentrarse en pequeñas comunidades. A medida que el círculo se va haciendo más amplio la vivencia de la fraternidad pierde necesariamente vigor.

El sueño de Jesús era hacer del mundo entero una gran fraternidad. Durante los tres primeros siglos de la era cristiana la palabra “fraternidad” no designaba una virtud, sino un grupo: la pequeña comunidad cristiana. Todavía hoy algunos grupos, por tradición, se llaman fraternidades, pero no siempre reina en ellos la fraternidad. La única manera de ir ensanchando la fraternidad hasta abarcar al mundo entero, es crear pequeñas comunidades de creyentes en las que esta fraternidad se viva intensamente y con apertura a todos.

Pero la pequeña comunidad en la que se vive más intensamente la fraternidad no puede convertirse en un hogar cálido aislado de los demás.

²² Benedicto XVI, Jesús de Nazaret, 175

Nietzsche denunció: “Los lejanos sufren las consecuencias de vuestro amor al prójimo ya que, cuando cinco se aman, un sexto tiene que morir”. Por eso la pequeña comunidad debe estar abierta a círculos más amplios. Ya lo había dicho Jesús: “Si aman a los que los aman, ¿qué recompensa tendrán? ¿No hacen eso mismo los publicanos? (Mt 5, 46)

Con un negrito de África Central a quien no conozco no podré establecer relaciones interpersonales, pero puedo amarle mediante lo que Pío XI llamó “caridad política”. Si yo lucho contra los convenios que oprimen a los países pobres y a favor de un nuevo orden económico internacional estoy manifestando mi amor a millones de personas cuyos nombres ni siquiera conozco ²³.

Como hijos de Dios tenemos que amar a todos los seres humanos. La suerte de ninguno de ellos nos puede ser indiferente. Pero, en la práctica, el amor y la solidaridad fraterna se expresan sobre todo con los más cercanos. Es humanamente imposible tener una relación personal con todos los habitantes de la tierra ni con los 9 millones de nuestro país. Cuando los avatares de la vida nos lleven al encuentro con algunos de ellos o cuando nos enteremos que son víctimas de alguna desgracia o catástrofe, podremos tener algún gesto de solidaridad con los lejanos. Amar a todo el mundo en general, es no amar a nadie. Amar a todos los pobres equivale a no amar a ninguno. El amor universal hay que hacerlo realidad amando a personas concretas, comenzando por las que tenemos más cerca. A veces decimos que amamos a todos, pero no soportamos a los que nos rodean.

Ejercicio de oración:

Vamos a orar el padrenuestro en círculo con las manos unidas, porque no se puede realizar esta oración sin estar unidos.

Siéntete unido por las manos a todos: a los presentes y ausentes, los cercanos y a los lejanos, a los amigos y enemigos y también a tus seres queridos difuntos. Ellos están aquí, mano con mano con nosotros, no para infundirnos miedo, sino para contagiarnos con el gozo que les llena por estar ya con el Señor resucitado.

Un momento de silencio para recordar a personas concretas, ver su rostro y tomar conciencia de con quiénes estás...

Después oraremos juntos el padrenuestro.

3. “Que estás en los cielos”

Como Mateo escribe su evangelio para los cristianos provenientes del judaísmo, a la invocación “Padre nuestro” añade “que estás en los cielos”, expresión que era muy familiar a los judíos. En Israel como en los otros países de la época se creía que la tierra era el corazón del cosmos y su elemento más grande. Los demás, el sol, la luna y las estrellas, que en su opinión eran cuerpos menores que la tierra, los había creado Dios como luminarias al servicio de la tierra. Por encima del techo de la tierra, que llamaban firmamento, estaba el trono de Dios, quien desde allí gobernaba el mundo.

²³ L. González-Carvajal, oc, 41-45

Era una manera, predominantemente de carácter cósmico, de hablar de la trascendencia de Dios con respecto a este mundo en el que Él no está encerrado, sino que lo trasciende, desborda.

En el judaísmo, la expresión “los Cielos” pasó a designar a Dios mismo, como aparece muchas veces en el evangelio de Mateo, por ejemplo, donde los otros evangelios hablan del Reino de Dios, Mateo dice “Reino de los Cielos”. Ahí la palabra Cielos significa Dios.

Evidentemente en esa manera de pensar se acentuaba más la trascendencia de Dios, es decir, su presencia más allá del mundo, que su inmanencia o su estar en el interior de todas las cosas y personas dándoles la existencia y la vida.

Dos cosas podemos subrayar con respecto al significado que tiene la expresión “Reino de los cielos” en el padrenuestro: la trascendencia, como acabo de indicar, y la inmanencia.

- a) Al orar el padrenuestro, cuando decimos “que estás en los cielos”, ya no nos referimos como los judíos al cosmos, no pensamos en el cielo de los astronautas. Lo que quiere expresar la fórmula, igual que para los judíos, es la trascendencia divina. Dios es el misterio inconmensurable que desborda no sólo el cosmos, sino también nuestra inteligencia. Dios es a la vez cercano y trascendente; el que está en los cielos significa que Dios escapa a toda comprensión del hombre, que no lo puede encerrar en el reducidísimo ámbito de su mente. Quizás hoy podríamos traducirla así: “Padre nuestro, que estás envuelto en el misterio”. Pero hay que aclarar que ni el misterio ni la trascendencia significan lejanía de Dios, porque Dios trasciende todas las realidades, no estando fuera de ellas, sino que las sobrepasa sin dejar de estar dentro de ellas. Es un Padre cercano y bondadoso, pero es totalmente OTRO, es decir, infinitamente superior y diferente. El está de nuestra parte, nuestra vida y nuestro dolor no le son indiferentes, pero sigue siendo totalmente Otro, el misterio. Eso queremos decir con la expresión “que estás en los cielos” Como dice el catecismo de la Iglesia Católica, Dios Padre no está "fuera", sino "más allá de todo" lo que acerca de la santidad divina puede el hombre concebir (Catec. De la Iglesia, nº 2794)
- b) La expresión “que estas en los cielos” significa también que Dios no está vinculado a ningún templo ni lugar concreto, sino que está en todas partes, ofreciendo su bondad paternal a todos. El cielo no es un lugar cósmico. El cielo es la comunidad trinitaria, el cielo es Dios mismo, que nos envuelve y penetra a todos con su amor. Si nosotros respondemos a ese amor, estamos también en los cielos o el cielo está en nosotros, Dios habita nosotros como en su templo. Por eso también el que ora desea ver que reside en él Aquél a quien invoca (San Agustín, serm. Dom. 2, 5. 17). (Catecismo de la Iglesia Católica nº 2794). “Los cielos de los que habla Jesús no es un lugar en el cosmos,

es el lugar del amor que doy y el que recibo. El cielo es el lugar interior de nuestro ser donde Él es conocido y reconocido, donde se vive la plenitud de la relación amorosa entre el Padre y sus hijos; un paraíso de transparencia y fraternidad, a la vez, donde se ama sin sombras. Dios es el cielo que vive en nosotros y en toda la creación, en todo el cosmos infinito. Dios lo trasciende todo siendo inmanente a todo y a todos, estando dentro. Y allí donde termina todo, Él también está.

Lo que he dicho, no impide orar a Dios tomando como templo el cosmos infinito del que la tierra ya no es la gran señora, como se creía en tiempos de Jesús sino una motita imperceptible dentro del insignificante sistema solar, ya que el sol no es más que una humilde estrella dentro de los millones de estrellas de la galaxia a la que pertenece, galaxia que a su vez es una más entre los millones de galaxias ya descubiertas. En un puntito de ese mundo inmenso cuyas distancias se miden en miles de millones de años luz, uno puede preguntarse con más razón que el salmista, que sólo conocía la tierra y las luminarias que Dios le puso como adorno y a su servicio para iluminarla de noche y de día: “Señor, dueño nuestro, ¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra! Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado, ¿qué es el ser humano para que te acuerdes de él?” (Sal 8)

Dios llena y sobrepasa los inmensos espacios siderales y todos los astros gigantescos que se mueven en él como ágiles chispas, pero con una masa inmensamente superior a la de la tierra y a la del sol. Alzando la vista a ese cosmos inmenso podemos orar a Dios diciendo con toda el alma “¡Padre!”, y escuchando el eco de nuestra invocación que va resonando hasta los confines del cosmos, si es que los tiene, porque a todos ellos los llena y sostiene Dios. Orar a oscuras en el campo lejos de esa luz inventada por el hombre que le arrebatara las estrellas es una experiencia hermosa. ¡Qué espectáculo la infinidad de estrellas! No queda ni un agujerito en el que no se asome una de ellas llamando la atención con su parpadeo, millones de estrellas, codo con codo, y sin embargo a miles de años luz unas de otras. Decir “¡Padre!, que estás en los cielos” y sentirlo tan inmenso y tan cercano y repetir: ¿qué es el ser humano para que te acuerdes de él y para que lo ames?

Yo tengo experiencia cotidiana de oración hermosa. Madrugo para poder orar con tranquilidad antes de que timbres y teléfonos comiencen su algarabía. De camino a la capilla, me gusta mirar al lucero del alba, es decir, a Venus, que, aún siendo un planeta como la tierra, brilla con luz ajena más que las estrellas. Verlo tan cercano y tan de casa, contemplarlo con admiración y decir “Padre nuestro que estás en los cielos”, una y otra vez, imaginado siempre las inmensas distancias siderales, tan pobladas de estrellas, a las que Dios une, traspasa y mantiene con su presencia, es una hermosa oración. No cabe duda de que la creación es una fuente de oración, de diálogo de amistad con Dios Padre, sobrecogidos de asombro.

También uno puede hablar con Dios lleno de asombro ante la belleza y la precisión infalible de colores de una humilde flor que crece espontáneamente en cualquier lugar, sin que nadie le haya dedicado ni una gota de agua ni una mirada. Es un milagro de precisión y de elegancia. También en ella está Dios

dándole existencia.

Vamos a orar de dos modos esta frase del padrenuestro: desde la transcendencia y desde la inmanencia.

1

Ejercicio de oración. Después de concentrarse profundamente, mirar a los cielos con los ojos de la fantasía abiertos de par en par, contemplando estos espacios infinitos y decir varias veces desde nuestra pequeñez: “¿Qué es el ser humano para que te acuerdes de él?”

2

Ejercicio de oración. Pero Dios no solo llena el cosmos, nos llena también a nosotros, está más dentro de nosotros que nosotros mismos, como decía san Agustín, “es más íntimo a nosotros que nosotros mismos”. Él sostiene desde dentro ese microcosmos que es el ser humano y mantiene funcionando, por ejemplo, las 150 mil conexiones de nuestro pequeño cerebro. Mirar a nuestro interior con los ojos cerrados y sintiéndonos habitados por ese Dios que es misterio y que nos ama como un padre y está haciendo de nosotros un cielo de su presencia; palpar la presencia de Dios decirle en el templo de nosotros mismos: “Padre nuestro que estás en estos cielos”, en esos cielos que eres Tú mismo y en ese cielo que somos nosotros gracias a tu presencia paterna, que nos da permanentemente la existencia.
Contemplándonos por dentro llenos de Dios decir: Tú, Señor, eres mi cielo.

3

LAS PETICIONES DEL PADRENUESTRO

La invocación “Padre nuestro”, nos pone en comunión con Él y nos sentimos envueltos por su amor. En ese contexto de emoción y confianza absoluta, continuamos nuestro diálogo de amistad filial con el Padre en forma de peticiones. Las peticiones son cinco en la versión de Lucas y siete en la de Mateo.

Como ya dijimos en la introducción al padrenuestro, en el diálogo con Dios Padre nos interesamos primero por las cosas de Dios y le preguntamos cómo va su proyecto, cómo se va extendiendo su Reino y le deseamos se cumpla su voluntad; le deseamos éxito en sus cosas, un éxito que sólo el ser humano le puede impedir usando mal la soberana libertad que Dios mismo le ha dado. Después le hablamos de nuestras cosas y le pedimos su ayuda con la condición de que se realicen siempre en el marco de su proyecto o lo que es lo mismo, en conformidad con su voluntad.

El catecismo de la Iglesia Católica dice: “Después de habernos puesto en presencia de Dios nuestro Padre para adorarle, amarle y bendecirle, el espíritu filial hace surgir de nuestros corazones siete peticiones. Las tres primeras, más teologales, nos atraen hacia la Gloria del Padre; las cuatro últimas, como caminos hacia El, presentan nuestra miseria a su Gracia” (nº 2803) Y, no sólo la miseria, sino también nuestras necesidades verdadera y dignamente humanas.

Esta misma idea expresa Benedicto XVI al hablar del padrenuestro en su libro Jesús de Nazaret I cuando dice: “el padrenuestro, tal como nos lo ha

transmitido Mateo, consta de una invocación inicial y siete peticiones. Tres de estas se articulan en torno al "TÚ" de Dios y cuatro en torno al "nosotros". Las tres primeras se refieren a la causa misma de Dios en la tierra; las cuatro siguientes tratan de nuestras esperanzas, necesidades y dificultades"²⁴.

El padrenuestro es fundamentalmente una oración de petición. Y el caso es que hoy día la oración de petición no tiene buena prensa, porque muchas veces es egoísta, piensa más en los propios intereses que en Dios. Pero, aunque pueda ser objeto de sospecha, no es mala. Jesús mismo recurre a ella muchas veces al hablar a su Padre y nos enseñó a nosotros a hacer lo mismo. Jesús sabe muy bien que la oración de petición es buena, ya que es la oración de los hijos que abren el corazón a su Padre y confían en él. De hecho, como ya sabemos, en la oración del padrenuestro nos ha dejado muchas peticiones. Pero no son egoístas, ya que todas están presentadas en plural. Son, ante todo actos de confianza e intercambio de buenos deseos entre Dios y nosotros; son signos de amistad.

Por supuesto que las tres primeras peticiones en su misma formulación están libres de egoísmo porque en ellas no buscamos nuestros intereses, sino que nos preocupamos por los intereses de Dios; pedimos por Él para Él. Hacemos nuestros los intereses del Padre, pedimos que él se dé a conocer como Padre y que se realice su proyecto del Reino.

Las otras cuatro peticiones en las que pedimos para nosotros pueden ser más vulnerables al egoísmo, si es que buscamos nuestros intereses fuera del proyecto y de la voluntad de Dios. Pueden liberarse del virus del egoísmo si las presentamos a Dios como un buen deseo para que, de ese modo, haciendo realidad esas peticiones, se cumpla su voluntad y llegue su Reino en el hecho de que haya pan y perdón para todos, que no caigamos en la tentación de serle infieles y que imponga la soberanía de su amor desterrando del mundo los males que destruyen a sus hijos y los libre de todo mal.

Las tres primeras peticiones, las que se refieren a las cosas de Dios, su Nombre, su Reino y su Voluntad, se incluyen mutuamente unas a otras e incluyen también a las otras cuatro peticiones, las que se refieren a nuestras cosas, como el pan y el perdón. Todas están incluidas en la petición del Reino, es decir, en el deseo de que se realice su Reino.

Hay que caer en la cuenta una vez más que hablar de las cosas de Dios y de nuestras cosas son expresiones no muy apropiadas, porque las cosas de Dios, son nuestras cosas por son el proyecto que él tiene de hacer feliz a la humanidad. Y, por supuesto que también nuestras cosas son cosas de Dios porque forman parte de su proyecto de felicidad para los seres humanos. Además él ha hecho tan suyas nuestras cosas que se preocupa por ellas más que nosotros.

²⁴ Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, 168



PRIMERA PETICIÓN
“Santificado sea tu nombre” (Mt 6,9; Lc 11,2)

1. Sentido de esta petición

Para entender mejor el significado de esta petición hay que tener en cuenta estas tres cosas:

- a) En primer lugar, como ya sabemos, en la Biblia el “nombre” es la persona, no la palabra con la que se designa a una persona. Por tanto el nombre de Dios es Dios mismo. Con esta frase del padrenuestro lo que pedimos es que Dios mismo sea santificado, no sólo la palabra “Dios”.
- b) Hay que entender bien lo que significa aquí la palabra santificar. Nosotros nos santificamos tratando de ser mejores cada día, pero ese no es el caso de Dios porque Él es la Bondad absoluta. En la cultura semita en la que nació el Padrenuestro “santificado sea tu nombre” tiene dos sentidos complementarios según el sujeto que pongamos al verbo santificar. En primer lugar, el sujeto puede ser Dios mismo y cuando decimos que su nombre se santificado por Él, estamos pidiendo que se manifieste como es, en toda su grandeza, todopoderoso en el amor. Si el sujeto de la acción de santificar somos los hijos de Dios, incluyendo a Jesucristo, el Hijo con mayúscula, santificamos el nombre de Dios reconociéndolo y honrándolo como Padre y viviendo como hijos y como hermanos.
En resumen, el nombre de Dios es santificado cuando Él se manifiesta como Padre y nosotros lo reconocemos como tal y vivimos como hijos suyos, es decir, cuando llega su Reino.
- c) Esta petición es un buen deseo que nace de nuestro corazón al constatar que en este mundo Dios Padre no es conocido ni glorificado. Hoy día, una gran cantidad de personas presumen de ser agnósticos, unos pocos se declaran ateos, y otros muchos son indiferentes. Dios es un tema que les tiene sin cuidado. Además, algunos de los que se dicen creyentes deshonran a Dios con su conducta impropia de los hijos de Dios.

A continuación vamos a explicitar un poco más estas ideas. Pero antes quiero decir que esta petición no es simplemente la primera, sino que enmarca y orienta a todas las demás, porque el nombre de Dios es santificado si las demás peticiones del padrenuestro se cumplen, es decir, si llega su Reino, si se cumple su voluntad, si hay pan para todos, si se perdonan las ofensas y se vence la tentación y el mal. Su nombre es santificado, no sólo cuando se reza el padrenuestro, sino cuando se realiza como regla de vida que es.

2. Dios santifica su nombre

Con la petición “santificado sea tu nombre” le pedimos a Dios que manifieste y revele lo que Él es. Jesús mismo le pidió al Padre que santificara su nombre con estas palabras que encontramos en el evangelio de Juan: “Padre, glorifica tu nombre” (Jn 12, 28). Dios santifica su nombre haciendo resplandecer su inmensa y deslumbrante grandeza, su sabiduría, su bondad, su justicia que

salva, su santidad que santifica, su misericordia que perdona, su ternura y su amor entrañable de Padre.

El primer deseo de la comunidad cristiana es que Dios manifieste su santidad y que ésta sea reconocida y alabada por todos. Lo que se pide es que Él dé a conocer que nos ama, que es un Padre entrañable y está permanentemente atento a las necesidades de sus hijos. La petición “Santificado sea tu nombre” es la motivación profunda de la oración: que aparezca con claridad la santidad de Dios, que todos puedan reconocer su gloria. Que todos descubran que es Padre porque la gloria de Dios es el resplandor de su amor sin límites, que se manifieste como lo es: Amor.

Evidentemente, Dios se ha manifestado como el Dios-Amor, sobre todo en la persona misma de su Hijo Jesucristo, que es su retrato viviente, pero a veces no aceptamos la imagen de Dios que nos ofrece Jesucristo y seguimos manteniendo otras imágenes de Dios inapropiadas, que lo deforman.

Sobre este punto Benedicto XVI ha escrito: “Esta súplica de que sea él mismo quien tome en sus manos la santificación de su nombre, de que proteja el maravilloso misterio de ser accesible para nosotros y de que, una y otra vez, aparezca en su verdadera identidad librándose de las deformaciones que le causamos, es una súplica que comporta siempre para nosotros un gran examen de conciencia: ¿cómo trato yo el santo nombre de Dios?”²⁵.

3. Jesucristo santifica el nombre de Dios

En segundo lugar, esta glorificación o santificación del nombre de Dios es obra de su Hijo Jesucristo. Precisamente para esto ha venido al mundo. Todo lo que ha hecho con su palabra y con su vida ha sido glorificar, santificar el nombre del Padre. Lo dice el mismo Jesucristo según el evangelio de Juan: “Yo te he glorificado aquí en el mundo, cumpliendo la obra que me encomendaste” (Jn 17,4) Jesús reconoce y anuncia siempre a Dios como Padre suyo muy querido, incluso en las situaciones más difíciles, como en su oración en Getsemaní o en su agonía en la cruz. Reconocer y amar a Dios como Padre es la mejor manera de santificar el nombre de Dios, y en eso Jesús nos ha dado un gran ejemplo.

Jesús “santifica” el nombre de Dios no sólo con sus palabras, sino y sobre todo, con su vida entregada sin reservas al servicio de los marginados, excluidos y olvidados de la sociedad: los pobres, los enfermos, los disminuidos, los privados de libertad. Esa es la voluntad de Dios para Él, la misión que le ha encomendado. Su entrega a la causa de los últimos de la sociedad, que es la causa del Reino, para integrarlos en la familia humana y en la familia de Dios, es la suprema glorificación y santificación del nombre, de la Persona del Padre.

Lo proclamamos en cada celebración de la Eucaristía en la aclamación con que termina la plegaria eucarística. Teniendo en alto el pan y el cáliz en los

²⁵ Benedicto XVI oc 180

que está presente la persona de Jesús entregada por los demás hasta dar la vida por ellos decimos: “Por Cristo, con Él y en Él a ti Dios Padre omnipotente toda gloria y todo honor por los siglos de los siglos”. Con ello decimos que lo que más honra y glorifica a Dios es la persona misma de Jesús fiel hasta la muerte al Padre y a aquellos que le Padre le encomendó.

4. También nosotros hemos de santificar el nombre de Dios

De varias maneras podemos santificar el nombre de Dios. Voy a indicar tres de ellas.

a) Santificamos el nombre del Señor con nuestro reconocimiento y alabanza

Por parte nuestra, santificar el nombre de Dios significa reconocer, respetar, honrar, alabar, bendecir y glorificar a Dios por lo que Él es y por lo que hace por sus hijos. Santificamos el nombre de Dios reconociéndolo como Padre querido y viviendo siempre en profunda amistad filial con Él.

Santificamos el nombre de Dios cuando reconocemos que es totalmente OTRO y lo dejamos ser Dios sin imponerle nuestros criterios; santificamos el nombre de Dios cuando nos rendimos ante el Padre como Señor de la historia, a pesar de todas las contradicciones e injusticias que ponen en duda ese señorío de Dios; lo santificamos cuando trabajamos para que sea conocido y venerado y todos reconozcan la bondad y la fuerza salvadora que encierra ese nombre santo y que nadie lo desprecie intentando manipularlo egoístamente. Este es el sentido del mandato bíblico de no usar el nombre de Dios en vano, no pretender manipular a Dios poniéndolo al servicio de nuestros intereses contrarios a su voluntad y a las exigencias de filiación y fraternidad del Reinado de Dios.

La comunidad cristiana santifica el nombre de Dios con la alabanza y el agradecimiento por las maravillas que hace. En los prefacios eucarísticos aparecen muchos motivos para alabar y dar gracias a Dios. Por ejemplo: “Te damos gracias, Padre fiel y lleno de ternura, porque tanto amaste al mundo que le has enviado a tu Hijo para que fuera nuestro Señor y nuestro Hermano”, “porque tu amor es grande para con nosotros”, “porque estás lleno de ternura”, “porque cuidas con amor de nosotros”, “porque nos ha llamado a la vida”.

San Antonio María Claret recogió muy bien esta idea en una sencilla oración que comienza así: “Señor y Padre mío, que te conozca y te haga conocer; que te ame y te haga amar; que te sirva y te haga servir; que te alabe y te haga alabar por todas las criaturas”.

b) Santificamos el nombre de Dios con nuestra vida

“El nombre de Dios será santificado en la medida en que el pueblo de Dios viva ejemplarmente. En cambio, quedará profanado si su pueblo viviera de espaldas a los mandatos divinos. Por desgracia eso fue lo que ocurrió. Los israelitas robaron, mataron, explotaron al prójimo, marginaron al débil. Lo mismo que una persona puede manchar su apellido familiar con escándalos, el pueblo de Israel manchó el nombre de Dios con los pecados que le llevaron

al exilio. El segundo Isaías les hizo este reproche: “Por culpa de ustedes, el nombre de Dios es ultrajado entre los paganos” (Is 52,5)

Debemos reconocer que también los cristianos, en más de una ocasión, en lugar de defender a los seres humanos, los hemos machacado en nombre de Dios. Lo han hecho los musulmanes, las sectas destructivas y todos. Ya dijo Martin Buber: “Dios es la palabra más abrumada de cargas de todas las palabras humanas. Ninguna ha sido tan envilecida, tan mutilada. Las generaciones de los hombres han desgarrado la palabra con sus partidismos religiosos; por ella han matado y han muerto por ella; ella lleva las huellas de los dedos y la sangre de todos. Es cierto, los hombres dibujan caricaturas y escriben debajo “Dios”; se asesinan unos a otros y exclaman “en nombre de Dios”²⁶.

Como dice el Catecismo de la Iglesia Católica, depende inseparablemente de nuestra *vida* y de nuestra *oración* que su Nombre sea santificado entre las naciones. Porque si nosotros vivimos bien, el nombre divino es bendecido; pero si vivimos mal, es blasfemado, según las palabras del Apóstol: 'el nombre de Dios, por vuestra causa, es blasfemado entre las naciones'(Rm 2, 24; Ez 36, 20-22) (Catecismo nº 2814) Un cristiano, esté donde esté, será siempre, según su conducta, un testimonio a favor o en contra de su Dios. Su honradez y su solidaridad hace brillar la imagen de de Dios y atrae hacia Él a los extraños. En cambio, sus escándalos enlodan la imagen de Dios y alejan a las personas de Él. Lastimosamente, de pocos creyentes se puede decir: es una persona justa y honesta porque cree en Dios.

Santificamos el nombre de Dios cuando en nuestra vida brilla, como brilló en Jesús, la santidad de Dios, es decir, su bondad, su ternura y su misericordia. Según Mt Jesús pide a sus seguidores: que brillen como luz ante los hombres “para que vean sus buenas obras y glorifiquen al Padre de ustedes que está en los cielos” (Mt 5, 16) Con una vida como la de Jesús manifestamos que Dios es santo porque en ella reverbera la santidad de Dios. Los seguidores de Jesús santificamos el nombre de Dios viviendo como auténticos hijos suyos, siendo retratos vivos del Padre, y viviendo como verdaderos hermanos entre nosotros. Santificamos el nombre de Dios cuando resulta evidente a los ojos de todo el mundo que quienes hemos creído en Él vivimos felices y nos queremos.

c) Santificamos su nombre trabajando para que todos sus hijos tengan una vida digna

Santificamos el nombre de Dios cuando, con nuestra vida y con nuestro compromiso de solidaridad, ayudamos a construir relaciones humanas más igualitarias, justas y fraternas, que impidan la violencia y la explotación del hombre por el hombre. El nombre de Dios es deshonrado siempre que se viola o se pisotea su mejor imagen, que es el ser humano. El nombre de Dios es santificado en el compromiso por lograr una vida digna para todos sus hijos. Santifica a Dios quien se pone del lado de y se solidariza

²⁶ L. González-Carvajal oc 58-59

con los oprimidos para luchar por su libertad, ya que “la gloria de Dios es que el hombre viva”.

Santificar el nombre de Dios no es tanto cuestión de celebrar liturgias solemnísimas, cuanto de que su nombre y la fe en Él aparezcan vinculados siempre a actitudes solidarias ante los ojos de Dios y de quienes lo desprecian o lo tienen sepultado en el olvido. Hemos hecho guerras en nombre de Dios. En su nombre debemos dar pan al hambriento. Si nuestros contemporáneos nos encontraran en la vanguardia de quienes defienden al débil, santificarían el nombre de Dios, porque se darían cuenta que es Él mismo quien nos impulsa.

A través de estas reflexiones vemos cómo el padrenuestro no nos deja extasiados mirando al cielo repitiendo incansablemente el “Santo, Santo, Santo, Señor Dios del universo...”, sino que nos llevan a un compromiso muy serio con las realidades de la tierra que no se ajustan a lo que Dios quiere. El nombre de Dios hay que santificarlo en el cielo y en la tierra.

Ejercicio de oración

*En profundo recogimiento, repetir varias veces muy despacio para percibir todo el eco que tienen las palabras: “**Santificado sea tu nombre**”, pensando cómo lo estoy honrando con mis labios, con mi vida y con mi compromiso por la vida de los que sufren.*



SEGUNDA PETICION

**“Venga tu Reino” Mt. 6,10; Lc
11,2**

Cada una de las tres primeras peticiones del padrenuestro incluye de algún modo a todas las demás. Lo dijimos al hablar de la primera (“santificado sea tu nombre”), ahora podemos decir lo mismo con respecto a la segunda, “venga tu Reino”, petición que incluye la primera y la tercera, ya que el Reino llega si es santificado el nombre de Dios y se cumple su voluntad. Igualmente, llega el Reino si se realizan las cuatro últimas peticiones del padrenuestro en las que presentamos a Dios las necesidades fundamentales de las personas.

La petición “venga tu Reino” es el corazón del padrenuestro y de toda oración cristiana. El Reino fue el tema central de la vida y la predicación de Jesús y también de su oración. El mismo lo dijo, según el evangelio de Lucas: “También a otras ciudades tengo que ir a anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios, porque a esto he sido enviado” (Lc 4,43) El Reino de Dios está irrumpiendo en el mundo, pero es todavía como una pequeña semilla; ya ha comenzado a llegar, pero aun no ha llegado del todo, y por eso Jesús invita a orar para que venga, para que se desarrolle la semilla, en primer lugar, en el interior de cada uno de sus seguidores. La llegada del Reino debe ser el gran deseo del discípulo de Jesús. Por eso la piden

1. ¿Qué es el Reino cuya venida pedimos?

Jesús presenta el Reino como un tesoro que debemos buscar por encima de todas las cosas (Mt 6, 33) Pero ¿qué es el Reino de Dios? ¡Qué bien nos hubiera venido si Jesús nos hubiera dejado una definición clara y precisa de lo que es el Reino de Dios! Pero no ha sido así. Para hablar del Reino de Dios, en lugar de definiciones, que siempre limitan, aprisionan y mutilan la realidad, Jesús utiliza comparaciones o parábolas, que no limitan como las definiciones, sino que dejan la ventana abierta para seguir contemplando el horizonte sin límites del misterio indescriptible del Reino e ir descubriendo cada día nuevas irisaciones, nuevas bellezas de ese tesoro.

El Reino es Dios mismo, nuestro Dios que es Trinidad de personas que se aman y constituyen la primera familia y a partir de ella irrumpe y se desarrolla en nuestro mundo. El Reino es Dios mismo como Padre entrañable y la relación que reina entre Él y su Hijo, unidos por el lazo de Amor que es el Espíritu Santo. Si, como diré después, la mejor imagen del Reino de Dios es una familia, en la familia trinitaria ya está el Reino en su plenitud.

1.1. Vivir como hijos y como hermanos

Como el Reino es Dios mismo su llegada fue para Jesús de Nazaret es para él una experiencia muy profunda que no se puede apresar en palabras exactas. El elemento central y definitivo de esa experiencia es, sin duda, el sentir a Dios como Padre entrañable y a los demás como hermanos. Esa experiencia marcó la personalidad y la vida de Jesús y le llevo a vivir en plenitud el Reino siendo Hijo y hermano de todos y haciendo de la humanidad una familia. Él es el Reino en persona, porque en Él se dan en plenitud os dos elementos fundamentales del Reino: la filiación y la fraternidad.

Cuando decimos “venga a nosotros tu Reino” pedimos que se realice la soberanía absoluta de Dios sobre nosotros, sobre la humanidad y su caminar en la historia y se manifieste plenamente; pedimos que se cumpla su plan divino de salvación, que es éste: que todos lo reconozcamos como Padre entrañable, que vivamos como hijos suyos y como hermanos entre nosotros, porque, de esa manera, es como Dios reina. En efecto, Dios reina allí donde hay personas que se sienten hijos suyos y viven como tales; Dios reina allí donde hay seres humanos que viven como hermanos; Dios reina cuando todos formamos una

sola familia envuelta por su amor y su ternura. Por eso el mejor sinónimo de “Reino de Dios” es “Familia de Dios”.

En efecto, podemos decir que el Reino de Dios, es como una familia con un padre, todo él bondad, cariño y ternura, unos hijos que aman al padre y, por ser hermanos, se aman profundamente entre sí. Por eso entre ellos reina la solidaridad, la paz, la justicia y la verdad, que son valores del Reino. Para eso vivió Jesús y por eso lo dio todo, incluso su vida: para convertir la humanidad en familia de Dios. Su imagen del reino o reinado de Dios era la de una familia feliz y llena de amor, no la de un imperio conquistador y opresor”²⁷.

El punto de partida para que Dios comience a reinar es reconocerlo y experimentarlo como Abbá, Padre, y, en consecuencia, vivir como hijos de Dios, amándolo y teniendo sus mismos sentimientos de amor, compasión y solidaridad con los demás y, a partir de ahí, vivir como hermanos. Ese es el proyecto de Dios Padre que quiere realizar con la fuerza del Espíritu y por medio del Hijo. Y ese fue también el sueño de Jesús.

Fue esta manera de comprender del Reino como familia lo que llevó a los primeros cristianos a tratarse como hermanos y hermanas, algo que no habría hecho ningún otro grupo religioso de aquel tiempo. El primer nombre de la comunidad de seguidores de Jesús no fue el de “iglesia” sino el de “fraternidad”, porque en ella todos vivían como hermanos: “La multitud de los creyentes tenía una sola alma y un solo corazón” (Hch 4, 32)

En resumen y en pocas palabras, el Reino de Dios cuya venida pedimos en la oración del padrenuestro es reconocer y experimentar a Dios como Padre querido y a partir de esa experiencia vivir como hermanos de todos los hijos de ese Padre querido.

1.2. Una vida digna para todos

La fraternidad del Reino implica comprometerse en lograr una vida digna y abundante para todos. El evangelista Juan no usa casi nunca la expresión Reino de Dios. La sustituye con la palabra vida. Dios viene en la persona de Jesús no a defender sus derechos y a tomar cuentas a quienes no cumplen sus mandatos, sino liberar a las gentes de cuanto las deshumaniza y les hace sufrir, de cuanto les impide llevar una vida digna y feliz. Al presentar Jesús su misión, mientras en los sinópticos dice que vino a anunciar y extender el Reino de Dios, en Juan dice que ha venido para que todos tengan vida en plenitud (Jn 10, 10)

En esta línea, Jesús compara el Reino con un banquete de bodas que Dios prepara no sólo a los que tienen, pueden y saben, sino también para los pobres, lisiados, ciegos y cojos, los que no eran aceptados en aquella sociedad judía, un banquete en el que caben todos los excluidos de la familia judía.

²⁷ J. ESPEJA, *Jesucristo la Invención del diálogo*, 129

El Reino de Dios pretende construir una sociedad que se ajuste a los planes del Padre de todos; una sociedad que camine hacia la verdadera fraternidad, la igualdad y la solidaridad entre todos; una sociedad en la que el débil y el marginado sean los primeros. Frente a eso Jesús proclama que Dios es Padre de todos por igual, y por ello todos somos hermanos con la misma dignidad y los mismos derechos.

4. El Reino de Dios llega en la persona y en la conducta de Jesús

Ya en los primeros siglos el gran pensador cristiano, Orígenes, dijo que Jesucristo era el Reino de Dios en persona, porque en Él se realizan a la perfección las dos dimensiones esenciales del Reino: la filiación y la fraternidad. Él es el Hijo de Dios con mayúscula y el hermano universal.

En la medida en que, unidos por la fe a Jesucristo, que personifica el Reino de Dios, vivamos como hijos y como hermanos, también a nosotros está llegando el Reino de Dios, también nosotros estamos comenzando a encarnar en nuestras personas el Reino de Dios.

Partiendo de la frase de Orígenes, Benedicto XVI dice "que Jesús es el Reino de Dios en persona; donde él está, está el Reino de Dios. Así, la petición de un corazón dócil se ha convertido en petición de la comunión con Jesucristo, la petición de que cada vez seamos más "uno" con Él (cf. Gal 3, 28) R. Schneider dice: "La vida en este Reino es la continuación de la vida de Cristo en los suyos; en el corazón que ya no es alimentado por la fuerza vital de Cristo se acaba el Reino; en el corazón tocado y transformado por esa fuerza comienza"²⁸ comienza el Reino.

El Reino de Dios no sólo llega en la persona de Jesús, sino también en sus obras, en su conducta. En su amor a las personas, Dios está expresando su amor de Padre entrañable y se está extendiendo su reinado, la soberanía de su amor. Ese amor impulsa irresistiblemente a Jesús a rehabilitar a los pobres y pecadores, abrir los ojos a los ciegos y poner en pie a los tullidos. Por eso sus milagros son signos de la llegada del Reino de Dios.

El Reino comienza allí donde los enfermos son curados, los pecadores son perdonados y los pobres descubren su dignidad (cf. Mt 11, 5; 10, 8) Todo eso es una "señal de que ha llegado el Reinado de Dios" (Mt 12,28). Son señales de la presencia del Reino porque son obras en defensa de la vida de los necesitados. En la actividad de Jesús, el poder del bien triunfa sobre los poderes del mal; y eso justamente es el Reinado de Dios. Jesús promueve la solidaridad entre las personas y combate la falta de solidaridad en su sociedad. Él se acerca a aquellos a quienes la sociedad ha marginado: conversa con ellos, come con ellos, los defiende y los alaba. Así va creando una nueva conciencia colectiva de solidaridad. Su solidaridad con los últimos es el mejor signo de la llegada del Reino.

²⁸ Benedicto XVI *Jesús de Nazaret* I 182

Desde esta convicción de que el Reino de Dios ya ha llegado, la petición “venga tu Reino” hay que entenderla como el deseo de que la presencia del Reino o el Reino que ya ha llegado penetre, empape y transforme a cada persona en hijo de Dios y en hermano de los demás y haga de la humanidad entera una familia que reconoce a Dios como Padre y a los demás como hermanos; una familia en la que reine el amor, la solidaridad, la paz y la justicia y todos tengan vida digna y feliz. Cuando pedimos que “venga tu Reino”, pedimos crecer como hijos y como hermanos.

Ejercicio

Reflexión:

Iluminados por esta imagen del Reino podemos hacernos algunas preguntas. Dios ha sembrado en mí la semilla del Reino porque me ha hecho hijo y hermano. ¡Hasta qué punto se ha desarrollado en mi esa semilla? ¿Qué clase de hijo soy? ¿Cultivo mi relación personal con el Padre y me siento feliz por ello?

¿Qué clase de hermano soy? ¿He desterrado de mí todo lo que impide la fraternidad, como el egoísmo, el orgullo, la mentira y el complejo de superioridad?

¿Soy signo de la presencia del Reino de Dios amando a los pobres, los enfermos y a los que me resultan desagradables?

Oración:

*Contemplando el grado de crecimiento del Reino y sus atrofias en nuestra vida persona, en la comunidad y en la sociedad, repetir pausadamente la frase “**venga a nosotros tu Reino**” cayendo en la cuenta de qué es lo que estamos pidiendo.*

3. La ley del Reino

En cuanto a leyes, tampoco en esto el Reino de Dios es como los de este mundo que viven atiborrados de códigos legislativos, leyes y decretos supremos. Todos tienen fábrica de leyes y fabricantes que trabajan en ello a tiempo pleno, sea en el congreso o en el senado. Y tienen también fuerzas armadas que defienden todas esas leyes, aunque, a veces, al mismo tiempo que defensores son infractores. El Reino de Dios tiene una ley mucho más sencilla. Su ley es Jesús mismo, su vida y su comportamiento de amor extremo a Dios Padre y a los demás. La ley del Reino es ser como Jesús, tener sus mismos sentimientos, especialmente la compasión, y realizar obras como las suyas. No hay más ley que ni policía que la custodie.

En nuestro caso, como en el de Jesús, la ley fundamental del Reino es el amor a Dios y al prójimo. Y no se trata de dos amores, sino de dos expresiones de un mismo amor que se abre en dos direcciones: hacia Dios y hacia el prójimo. El amor a Dios llevó a Jesús a hacer de su voluntad, el Reino, el alimento de su vida, como dijo a sus discípulos en la escena evangélica de la samaritana. Por su parte, Jesús llevó el amor al prójimo hasta extremos increíbles.

En el mundo nuevo que anuncia Jesús, la actitud básica ha de ser la disponibilidad, servicio y atención a la necesidad del hermano. Amar al prójimo es hacer por él en cada situación concreta todo lo que uno pueda. Jesús piensa en unas relaciones nuevas regidas no por el interés propio o la utilización de los demás, sino por el servicio concreto a todos y especialmente a los que más sufren. Sólo se vive como hijo o hija de Dios viviendo de manera fraterna con todos. En el reino de Dios, el prójimo toma el puesto de la ley²⁹, es la ley de leyes, la ley del Reino, que se impone a todas las demás y les da sentido o las anula, si es que son contrarias a los valores y las metas del Reino.

4. El Reino de Dios crece en pugna con el antirreino

Dios reina donde se hacen realidad los valores fundamentales de su proyecto de humanidad: la verdad, la justicia, la igualdad, la paz, la fraternidad y la solidaridad. Valores que tienen enemigos, que llamamos contravalores, como el afán de prestigio, de poder, de riqueza y dominación de los demás. Y tiene otros enemigos: las personas que los encarnan.

Como indica la parábola de la cizaña (cf. Mt 13, 24-30) el Reino de Dios se desarrolla en guerra con el reino de Satanás, en pugna con el mal y de sus estructuras diabólicas todavía vigentes. De ahí que el conflicto con ellas sea inevitable³⁰. Por eso cuando decimos a Dios “venga a nosotros tu Reino” pedimos “que no reine en el mundo la violencia y el odio destructor, sino tu justicia, tu compasión y tu perdón; que no reine el primer mundo sobre el tercero, ni los europeos sobre los africanos; que los poderosos no abusen de los débiles ni los ricos de los pobres; que los varones no dominen ni maltraten a las mujeres; que se adueñe del mundo el amor y la solidaridad y que sepamos abrir caminos a la paz³¹.”

La lucha entre el Reino de Dios y el reino del enemigo se desarrolla no sólo en la sociedad, sino también en el interior de cada persona. “Después de sembrar cuidadosamente en nuestro interior una buena semilla, descubrimos con zozobra que crecen también malos pensamientos, sentimientos de odio, acciones destructivas... Nos asombra que ocurra tal cosa, y así descubrimos, en carne propia, que hay algo en nosotros que odia al Reino. Ese algo se infiltró incluso en la comunidad de Jesús y logró que entre los doce apóstoles uno se hiciera traidor, que Pedro renegara de su maestro, que todos huyeran y Jesús tuviera que padecer solo su terrible muerte³².” Las fuerzas del antirreino dejaron aislado a quien era el Reino en persona y cantaron victoria.

El Reino de Dios llega cuando la fuerza del bien vence al poderío del mal. “El Reino está llegando cuando la justicia empieza a llegar a los desheredados, a los desposeídos y oprimidos. Siempre que se restablecen lazos de fraternidad, de concordia, de participación, de respeto a la dignidad inviolable

²⁹ J. A. PAGOLA, oc. 258-259

³⁰ Ib. 79

³¹ J. A. Pagola, oc p. 95

³² L. González-Carvajal, oc p 73

del hombre empieza a brotar el Reinado de Dios. Siempre que en la sociedad se establecen estructuras que impiden al hombre explotar a otro hombre, que desmonten las relaciones señor-esclavo, que propicien una mayor igualdad, está irrumpiendo la aurora del reinado de Dios”³³.

“Por eso decimos que los primeros destinatarios del Reino son los pobres: en ellos se concreta el orden nuevo, no por causa de sus buenas disposiciones morales, sino por el hecho de ser lo que son, pobres, víctimas del hambre, de las injusticias y la opresión. Con su Reino, Jesús quiere poner fin a esa situación humillante para que a todos se les reconozca la misma dignidad en la familia humana.

El Reino responde a las esperanzas más profundas de realización y de felicidad del ser humano, muchas veces negadas a los últimos. Con la llegada del Reino estas esperanzas comienzan a cumplirse.

5. La llegada del Reino es don y tarea

5.1. Es don de Dios

“La parábola de la semilla que crece por sí sola (Mc 4, 26-29) quiere recordarnos que el Reino de Dios es ante todo don de Dios, pero en esa parábola se da por supuesto el trabajo del labrador que la cuida. Por tanto, no podemos pedir la venida del Reino de Dios y quedarnos con los brazos cruzados, como pone de manifiesto la parábola de los talentos³⁴.

El Reino es, ante todo, don de Dios, por eso decimos “venga **tu** Reino”; no lo construimos nosotros, lo recibimos y lo acogemos. No pedimos a Dios que nos lleve a su Reino, sino que venga su Reino a nosotros ya en nuestra vida terrena, que la llene y nos ayude a desarrollarla conforme a los valores de ese Reino y a transformar también la sociedad conforme a esos valores.

Dios ya ha sembrado en lo más hondo de nuestro ser su Reino, puesto que nos ha hecho gratuitamente hijos suyos y hermanos. Esa es la semilla del Reino. Lo que Él espera es que la cultivemos y que crezcamos en filiación y fraternidad.

5.2. Es también tarea nuestra

Ya dijimos que el padrenuestro no es sólo una oración para rezar, sino una acción, una tarea para realizar. Eso ocurre con esta petición. No basta pedir: “venga tu Reino”, hay que trabajar para que venga, hay que abrirle caminos. Dios nos pide que colaboremos en la realización de su Reino. Esa tarea que ha de desarrollarse en primer lugar en cada persona. Es la tarea de abrirnos a él, acogerlo y vivir conforme a sus valores y exigencias.

El cristiano que pide “venga a nosotros tu Reino” está llamado a quitar de su

³³ L. BOFF, oc. 82

³⁴ Ib. 70

vida las piedras y los espinos que impiden crecer la semilla del Reino que Dios siembra y a ser tierra buena en la que pueda arraigar y desarrollarse generosamente. El Reino de Dios viene a nosotros en la medida en que nos volvemos más justos, más fraternos, más solidarios, especialmente con los que menos cuentan, que, por ser últimos, son para Jesús los primeros destinatarios del Reino.

El Reino de Dios exige un cambio de vida. Así deben entenderse las exigencias de conversión planteadas por Jesús. Mc presenta el inicio de la misión de Jesús poniendo en su boca estas palabras: "El Reino de Dios se ha acercado. Conviértanse y crean en la Buena Nueva" (Mc 1, 15), cambien de vida y comiencen a vivir conforme a la ley del Reino..

San Juan nos dice que "Dios es amor" (1Jn 4, 8) Toda persona, por tanto, es invitado a "convertirse" y "creer" en el amor misericordioso que Dios le tiene: el reino crecerá en la medida en que cada persona aprenda a dirigirse a Dios como a un Padre en la intimidad de la oración y se esfuerce en cumplir su voluntad.

El Reino tiende a transformar las relaciones humanas y se realiza progresivamente, a medida que las personas aprenden a amarse, a perdonarse y a servirse mutuamente.

Todo esto es don de Dios y tarea para los seguidores de Jesús. Toda su vida, igual que lo hizo Jesús, tienen que vivirla en función del Reino, viviendo nosotros personalmente como hermanos y comprometiéndonos en transformar a la sociedad en familia de Dios.

Ejercicio: meditación y examen

¿Le agradezco a Dios el que haya sembrado en mí la semilla del Reino haciéndome gratuitamente hijo suyo y hermano de todos sus hijos?

¿Qué es lo que en mi interior se opone a la llegada del Reino? Descubre las tendencias que dentro de ti se oponen al crecimiento de la semilla del Reino.

6. La comunidad cristiana como signo del Reino

Hemos dicho que una imagen que nos dice mucho acerca de lo que es el Reino de Dios es la familia. Si nuestras pequeñas comunidades cristianas tienen un aire y un ambiente de familia, es decir, de filiación para con Dios y de fraternidad entre nosotros; en otras palabras, si vivimos y expresamos juntos y con gozo nuestra condición de hijos de Dios y de hermanos, estamos proclamando con nuestra vida en comunión que el Reino ya ha llegado. Las familias, las pequeñas comunidades cristianas y los grupos tendrían que ser como lo fue la primitiva comunidad en la que todos tenían "una sola alma y un solo corazón" y despertaba admiración en los que la contemplaban desde fuera: "Todo el mundo los estimaba. El Señor iba incorporando a la

comunidad a cuantos se iban salvando. (Hch 2, 47) Nuestra vida en comunión es el mejor anuncio del Reino porque lo muestra hecho realidad en un pequeño grupo humano y es también la mejor invitación a creer en Jesucristo.

Hubo un tiempo en que se creía que la Iglesia era el Reino de Dios en este mundo. Ciertamente, no lo es, pero debe ser signo del Reino y sólo puede ser signo si es como una familia en la que, dentro de la pluralidad de visiones y posturas, reina el amor fraterno y no el afán de poder ni el egoísmo.

7. Sentido escatológico de la petición “venga tu Reino”

La palabra escatológico se refiere al final de los tiempos, a la situación última y definitiva de la humanidad cuando este mundo que cuenta sus días se acabe. Llamamos escatológico también a los anticipos en el tiempo presente de aquel final futuro. En ese sentido son escatológicas las realidades presentes que no son percederas y tienden a lograr su plenitud al final de la historia. El Reino es escatológico porque anticipa el futuro de la humanidad. Ya ha comenzado el banquete del Reino, pero falta todavía su consumación. El Reino de Dios es realidad presente y, al mismo tiempo, objeto de esperanza. Las semillas del Reino que ya disfrutamos quieren desarrollarse hasta el final.

Creer en el Reino de Dios es creer en el final feliz de la historia; afirmar que la utopía es más real que el lastre de los hechos. Es situar la verdad del mundo y del hombre no en el pasado, ni totalmente en el presente, sino en el futuro, cuando se revelará la plenitud. Suplicar que venga a nosotros tu reino es reactivar esas esperanzas, las más radicales del corazón, para que éste no sucumba a la brutalidad prolongada de los absurdos que acontecen en el ámbito personal y social. "El Reino de Dios es justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo" (Rm 14, 17).

La dialéctica de lo escatológico es el “ya sí, pero todavía no”. Ya ha llegado, pero todavía no del todo. El Reino en su realidad presente apunta a la futura, por eso decimos que tiene carácter escatológico. Lo dice también el Catecismo de la Iglesia Católica con estas palabras: “En la segunda petición, la Iglesia tiene principalmente a la vista el retorno de Cristo y la venida final del Reino de Dios. (nº 2859) “En la oración del Señor, se trata principalmente de la venida final del Reino de Dios por medio del retorno de Cristo (cf Tt 2, 13). Pero este deseo no distrae a la Iglesia de su misión en este mundo, más bien la compromete. (nº 2818)

El Reino escatológico está ya en medio de nosotros (Lc 17,20) y va fermentando toda la realidad encaminándola a su plenitud en la vivencia y extensión de ese reino en donde tiene que centrarse la Iglesia. El nuevo cielo y la nueva tierra ya empezaron con la venida, el mensaje y la presencia de Jesús. El Reino ya está en proceso de realización, aunque su plenitud, dolorosamente, tarda aún. Con ansiosa expectación rezamos: ¡Venga nosotros tu Reino! El Reino hay que entenderlo como un proceso: ya irrumpió, se hace presente en la persona de Jesús, en sus palabras, en sus acciones liberadoras, y al mismo tiempo está abierto a un mañana que será cuando

llegue a su plenitud. Interesa estar preparados, pues en él no se entra mecánicamente; hay que cambiar de vida.

Ya en su vida terrena Jesús es personalmente el Reino de Dios. El Reino se extiende sobre los hombres en la medida en que aceptan entrar en el “reino del Hijo de su amor” (Col 1, 13), haciéndose ellos mismos hijos de Dios. En Cristo resucitado ya el Reino ha llegado a su plenitud escatológica. El reino llega en la realeza de Cristo, cuando Dios lo exalta “sobre las nubes del cielo, a la derecha del poder”, y toda lengua proclama: Jesús es el Señor, para gloria de Dios Padre”. Este Reino en su plenitud escatológica llegara al mundo con la segunda venida de Cristo. El Reino de Dios entró en el mundo en la persona de Jesús. Ahora pedimos que venga en plenitud al final de los tiempos, también en la persona de Jesús resucitado.

8. Apasionados por el Reino de Dios

Nuestra vocación de discípulos misioneros quedará vacía de contenido y de sentido si no nos devora por dentro el amor a Jesús y la pasión por la causa que dio sentido a su vida y que tiene que dar también sentido a la nuestra: el Reino de Dios. La pasión por el Reino se enciende con una doble experiencia o sentimiento profundo: la experiencia de Dios como Padre, cultivada especialmente en la oración, y la experiencia de que no se le deja ser Padre de todos, cultivada en la contemplación de tantos hijos de Dios siguen hundidos en la marginación y el sufrimiento. La experiencia de la paternidad universal de Dios en contraste con el de desamparo de millones de hijos suyos, nos impulsa a luchar por el Reino sin reservas y sin miedo a las renunciaciones y persecuciones.

Al auténtico seguidor de Jesús, la contemplación de la sangrante realidad de los pobres, los enfermos o impedidos y todos los excluidos, tiene que encenderle de entusiasmo por la causa del Reino; una causa que hoy resulta especialmente difícil ya que decir a la gente que Dios es nuestro Padre entrañable no significa nada para la inmensa mayoría, que sólo se interesa por el bienestar material. Invitar a ver a los demás como hermanos resulta también especialmente difícil en nuestra sociedad poseída por un individualismo exacerbado, competitiva, áspera, violenta, que ve a los demás como competidores que hay que desplazar. Vivir la fraternidad resulta difícil incluso en la familia, cada día más dividida por la lucha de egoísmos.


Como dije antes, el reinado de Dios se extiende luchando contra las fuerzas del mal simbolizadas en los demonios, pero más que a esos demonios que dicen que andan por ahí sueltos con el único oficio de hacer mal a la gente, hay que dar la batalla al demonio que llevamos dentro y nos domina, cuyo nombre es el egoísmo; un demonio con mil cuernos para abrir heridas en su entorno.

Estas dificultades para extender el Reino de Dios no deben ser causa de desaliento, sino de estímulo porque contamos con la fuerza del Espíritu que Jesús aseguró a quienes están llamados a ser testigos suyos y continuadores de su obra.

Ejercicio:

Piensa en la sociedad que te rodea y en la Iglesia ¿Reina la fraternidad o la ambición y la competencia? Pide y comprométete a luchar contra el antirreino que campea a sus anchas en muchos ámbitos y grupos de la sociedad.

¿Qué hago yo por extender el Reino de Dios? ¿Me apasiona la empresa o se queda todo en frases bonitas acerca del Reino?



5
TERCERA PETICIÓN
“Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo” (Mt 6, 10)

1. ¿Qué pedimos al decir: “hágase tu voluntad”?

Santificado sea tu nombre, venga tu Reino y hágase tu voluntad no son tres deseos diferentes, sino tres maneras de expresar un mismo deseo: que se

haga realidad el proyecto que Dios tiene sobre el mundo. Cada una de las tres peticiones explicita y acentúa algunos aspectos de esa única realidad, que es el proyecto de Dios. La petición *hágase tu voluntad* insiste y refuerza las dos anteriores. Porque en la medida en que se cumple su voluntad, Dios es honrado y es santificado su nombre y se va extendiendo el reinado de Dios. Cuando la voluntad de Dios se haga en la tierra con la misma prontitud y alegría con que se hace ya en el cielo podremos decir que el Reino ha llegado a su plenitud. El Reino y el proyecto o voluntad de Dios son realidades coincidentes, quizás por eso Lucas, en su versión del padrenuestro, no añade esta petición y se limita a decir: "Venga tu Reino" y omitiendo "*hágase tu voluntad*", ya que si viene el Reino, se está haciendo realidad todo lo que Dios quiere para la humanidad.

Pero ¿qué es la voluntad de Dios? A veces identificamos la voluntad de Dios con algo desagradable que se impone desde arriba y exige resignación, como si Dios nos pidiera soportar con resignación las desgracias y los males de la vida. En esos casos, decimos con dolor y como si no quedara otro remedio: hay que hacer la voluntad de Dios.

Esta invocación, "*hágase tu voluntad*", no es en modo alguno sombría, fatalista o trágica. La voluntad de Dios tiene su origen en su corazón, en el que se entrelazan continuamente el amor, la alegría, el don de sí mismo, el deseo de salvación. Manifiesta, por tanto, los "deseos" de su corazón de Padre para con nosotros. Ya sabemos que Él es amor y tiene proyectado para nosotros siempre lo mejor. Hacer su voluntad es lo que nos puede llevar a realizarnos plenamente como seres humanos y como hijos de Dios y a ser felices.

El hecho de pedir: "*hágase tu voluntad*" no significa que nosotros nos comportemos pasivamente, esperando de brazos cruzados que el plan o voluntad de Dios llueva del cielo y se realice por sí solo. La voluntad de Dios no se va a hacer sin nuestra colaboración. Todo lo que le pedimos a Dios nos lo pedimos, al mismo tiempo, a nosotros mismos. Dios no impone ni su proyecto ni su voluntad; somos nosotros los que, con su ayuda, tenemos que ponerlos en práctica. Como en buena medida la realización de la voluntad divina depende de nuestra voluntad y de nuestros proyectos, con esta súplica pedimos a Dios que su voluntad no encuentre obstáculos ni resistencias en nosotros. Le pedimos que se cumplan sus deseos, aunque no coincidan con los nuestros pues sabemos que los suyos son mejores, ya que Él sólo quiere nuestro bien.

No pedimos a Dios que se haga su voluntad sólo en nosotros y en nuestros asuntos, sino en el mundo entero y se lo pedimos porque sabemos que no se está haciendo. Siempre pedimos lo que no tenemos, por tanto, quien pide que se haga la voluntad de Dios es porque sabe que este mundo no va como Dios quiere y que la humanidad se encuentra en estado de rebelión contra la voluntad de Dios: se pisotea la justicia, se extienden las guerras y la violencia, los ricos se hacen cada vez más ricos a costa de los pobres, se está produciendo una nueva forma de esclavitud tecnológica y de los medios de comunicación social. Son pocos los que pueden vivir la libertad según un proyecto de vida que corresponda a la dignidad humana. La mayor parte de

la gente, a causa del exceso de sufrimientos y de opresión de unas personas por otras, no encuentra corazones abiertos a la solidaridad. Ese no es el mundo que Dios quiere para sus hijos, por eso pedimos que se transforme conforme a su proyecto o voluntad. Pedimos que en el mundo entero se haga lo que Dios desea y no lo que desean y deciden los poderosos de la tierra.

Como dice el Génesis en el relato del paraíso, Dios quiere lo mejor para la familia humana, quiere el paraíso, quiere su felicidad completa, pero el ser humano se rebeló contra el proyecto de felicidad que Dios le ofreció para inventarse otro decidiendo por sí mismo y sin contar con Dios, lo que le convenía, lo que era bueno y lo que era malo para él. Eso simboliza el árbol de la ciencia del bien y del mal. Y ahí se acabó el paraíso y comenzó la guerra entre Adán y Eva, entre Caín y Abel, guerra que no ha terminado, sino que se agranda.

Donde no se realiza la voluntad de Dios, se realiza la voluntad del hombre, que ordinariamente está enferma de egoísmo. Cada vez que se rechaza la voluntad de Dios, se instaura una situación dramática de destrucción, degradación e injusticia.

Ejercicio de oración: Concentrarse. Siente que estás envuelto por el amor de Dios como hijo muy querido. Piensa en tu situación actual, piensa que cosas en tu vida no están conforme a la voluntad de Dios y ora una y otra vez: "Padre, hágase tu voluntad".

Pensemos ahora en qué cosas y situaciones en nuestra familia, en nuestro grupo, en nuestro trabajo, país y el mundo entero no están conformes a la voluntad de Dios y hacen de la sociedad, en lugar del paraíso soñado por Dios, el infierno que nos hemos inventado los seres humanos. Teniendo toda esa realidad como telón de fondo, pidamos desde el hondón de nuestro corazón: "Padre, hágase tu voluntad".

2. Igual que el Reino de Dios, también su voluntad es don y tarea

Esta petición tiene dos aspectos complementarios: el don (lo que Dios hace para que se cumpla su voluntad) y lo que nosotros tenemos que hacer (nuestra tarea) En efecto, la realización de la voluntad de Dios en nosotros y en el mundo es tarea conjunta de Dios y de nosotros. Ya sabemos que su parte nunca va a faltar. Eso incrementa nuestra responsabilidad, porque, si su aporte ya está seguro, ahora todo depende de nosotros.

4.3. *La realización de la voluntad de Dios es, sobre todo, obra suya*

Como he dicho ya varias veces, la voluntad de Dios, su gran proyecto sobre el mundo y la humanidad, es el Reino. Dios quiere ser Señor de su creación, y lo es en la medida en que somete todos los elementos desordenados (enfermedades, injusticias, muerte) y lo transforma todo en plenitud de vida.

Sólo entonces se habrá instaurado su Reino. La liberación del mundo y su máximo ennoblecimiento es la meta de la voluntad de Dios. Dios no sólo anuncia esta voluntad: la realiza en todo su actuar³⁵.

Sin embargo, es inevitable preguntarse: ¿Por qué Dios no realiza ya plenamente su voluntad? ¿Por qué no la impone? ¿Por qué no hace que los hombres vivan ya según las exigencias del Reino? El mundo no conoce aún a Dios; su Reino tarda en llegar a plenitud. ¿Será acaso porque Dios no ve la gran necesidad que tenemos del Reino? ¿Será quizá porque Dios no conoce nuestras esperanzas? ¿Por qué tarda? En este contexto de impaciencia se sitúa la petición: "Venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad".

"¿Si no lo pedimos no se hará la voluntad de Dios? ¿No dice el salmo 115, 3: "Nuestro Dios está en el cielo, lo que quiere lo hace"? La voluntad de Dios se manifiesta antes que la voluntad humana y solicita nuestra colaboración. Esta voluntad de Dios no siempre se cumple: puede frustrarse por obra de la libertad humana. Al crearnos libres limitó voluntariamente su omnipotencia. Como dice el Ap 3,20, él está a la puerta y llama. Pero nuestra puerta sólo se abre desde dentro, y Dios esta tan bien educado que nunca forzará la puerta"³⁶. Por tanto, el que Él entre a organizar la casa y la vida casi siempre depende de que nosotros le abramos la puerta.

2.2. Nuestra tarea: colaborar con Dios en la realización de su proyecto

En nuestra tarea de colaboración para que se haga la voluntad de Dios nos estimula el ejemplo de Jesucristo. Para que nuestra colaboración sea eficaz se requiere plena confianza en Dios, compromiso por extender su Reino, empeño por conocer su voluntad y renunciar a la propia voluntad, si no se ajusta a la de Dios. Voy a decir unas palabras sobre cada uno de estos cinco puntos.

a) Nos estimula el ejemplo de Jesús

¡Hacer su voluntad! Se trata de un compromiso y una tarea nada fáciles. Pero nos alienta el ejemplo que nos ha dado Jesús, ejemplo que hemos de tener siempre delante. Nos lo recuerda el Catecismo de la Iglesia cuando dice: "En Cristo, y por medio de su voluntad humana, la voluntad del Padre fue cumplida perfectamente y de una vez por todas. Jesús dijo al entrar en el mundo: " He aquí que yo vengo, oh Dios, a hacer tu voluntad" (Hb 10, 7; Sal 40, 7). Sólo Jesús puede decir: "Yo hago siempre lo que le agrada a él" (Jn 8, 29). En la oración de su agonía, acoge totalmente esta voluntad: "No se haga mi voluntad sino la tuya" (Lc 22, 42; cf Jn 4, 34; 5, 30; 6, 38)"³⁷. Según el evangelio de Juan, las últimas palabras de Jesús antes de morir en la cruz fueron: "Todo está cumplido" (Jn 19,30) Como dice san Pablo a los filipenses: "Se hizo obediente hasta la muerte, y una muerte en cruz" (Flp2, 8)

³⁵ L. Boff, oc. 88

³⁶ L. González-Carvajal, oc 76-77

³⁷ Catecismo de la Iglesia nº 2844

La obediencia de Jesús al Padre es un modelo muy elevado e inalcanzable para nosotros, pero Dios mismo nos da la fuerza para acercarnos a ese ideal. Como dice también el Catecismo de la Iglesia, “nosotros somos radicalmente impotentes para ello, pero unidos a Jesús y con el poder de su Espíritu Santo, podemos poner en sus manos nuestra voluntad y decidir escoger lo que su Hijo siempre ha escogido: hacer lo que agrada al Padre (cf Jn 8, 29) Adheridos a Cristo, podemos llegar a ser un solo espíritu con él, y así cumplir su voluntad. De esta forma su voluntad se hará tanto en la tierra como en el cielo (Orígenes, or. 26)³⁸.

Como dice Benedicto XVI “toda la existencia de Jesús se resume en las palabras: “Aquí estoy para hacer tu voluntad” (Hb 10, 5 s) Sólo así entendemos plenamente la expresión. “Mi alimento es hacer la voluntad de Dios”³⁹. Esto significa que la identificación con la voluntad del Padre es la fuente de la vida de Jesús. La unidad de voluntad con el Padre es el núcleo de su ser en absoluto⁴⁰. En otras palabras: Jesús fue y es lo que es porque se identificó totalmente con el Padre y su voluntad.

Ejercicio de oración: Ponte sinceramente ante Dios y unido al Hijo de Dios que se ha hecho nuestro hermano, a una sola voz con Él, dile al Padre con las manos y el corazón abierto: “Aquí estoy para hacer tu voluntad”.

b) Tener una confianza plena en Dios

El fundamento de la obediencia de Jesús y de la nuestra a la voluntad del Padre, aún en las situaciones difíciles, es el amor y la confianza absoluta en Él. Sin esa confianza y sin esa seguridad de que siempre quiere lo mejor para nosotros, es difícil decir: “Hágase tu voluntad”.

Pedir “hágase tu voluntad” entraña abandonarse confiadamente en manos de Dios. La voluntad de Dios conlleva un elemento de paciencia, de abandono humilde al misterio, y hasta de resignación. Ya sabemos cuál es la voluntad de Dios: la realización del Reino por parte suya y del ser humano; pero seguimos sin entender el aplazamiento de la llegada del Reino.

Rezar en este contexto “¡hágase tu voluntad!” exige abandonarse al designio misterioso de Dios; entraña una elección, no del camino más fácil, sino del más sensato. Aceptar el camino misterioso de Dios, incluso cuando ni vemos ni entendemos nada, exige la renuncia de sí mismo y de los propios deseos, reclama el desapego a la propia voluntad, aun cuando esté animada por lo más honesto y verdadero.

Leonardo Boff escribió hace ya muchos años: “Al igual que los niños no llegan a entender aún todos los gestos de los padres y ni siquiera el alcance de sus palabras, tampoco nosotros, mientras peregrinamos, percibimos las

³⁸ Catecismo nº 2825

³⁹ Benedicto XVI *Jesús de Nazaret I* p. 185

⁴⁰ Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret I*, 185

dimensiones de la historia ni podemos captar su sentido. Sin amargura reconocemos la pequeñez de nuestros puntos de vista y nos entregamos a quien es el principio y el fin, en cuyas manos está el itinerario de todos los caminos⁴¹.

c) Hacer la voluntad de Dios incluye el compromiso por la causa del Reino

Como hemos dicho anteriormente, la voluntad o el proyecto de Dios requieren nuestra colaboración para que se haga realidad. Por lo mismo, pedir “hágase tu voluntad” significa que nosotros queremos comprometernos a hacer lo que Dios quiere y espera de nosotros. Después de conocer la voluntad de Dios no podemos quedarnos de brazos cruzados; no debemos contentarnos con buenas palabras o buenos deseos ineficaces, debemos secundarla. Jesús mismo aseguró: “No todo el que diga: “Señor, Señor”, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial” (Mt 7, 21). En esto, como en todo, Jesús fue por delante dándonos ejemplo. Llegó a decir: “mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado” (Jn 4, 34). Notemos que no dice “mi obligación”, sino mi alimento, porque lejos de ser una exigencia fastidiosa, el descubrimiento y la puesta en práctica de la voluntad de Dios es para Jesús fuente de vida y energía: un alimento, que da fuerzas y alegría al corazón.

El compromiso para que se haga la voluntad de Dios no se refiere sólo a nosotros mismos, a nuestro mundo interior, sino a todos y a todo. Cuando pedimos que se haga la voluntad de Dios, estamos comprometiéndonos a luchar contra todo lo que en nuestro mundo es contrario a ella: injusticias, violencia, odio, pobreza. El padrenuestro no es una oración intimista⁴², al contrario, nos saca de nosotros mismos para comprometernos en la transformación de la sociedad.

Como vemos, las tres peticiones de la primera parte han acabado pidiendo lo mismo con palabras diferentes: que llegue la plenitud del Reino de Dios.

d) Empeño por conocer la voluntad de Dios

Como es lógico, para hacer la voluntad divina tenemos que conocerla primero. Debemos comenzar por averiguar los planes que Dios tiene para nuestro grupo y para cada uno de nosotros, porque a veces “sus planes no son nuestros planes”. ¿Cómo conseguiremos conocer la voluntad de Dios?

Desde luego preguntádoselo en la oración o diálogo de amistad con Él. Este ha de ser el primer tema de nuestra conversación filial con el Padre: su proyecto. Descubriremos también la voluntad de Dios por otros cauces, como la lectura orante de la Biblia, el diálogo con personas que nos pueden guiar y en el discernimiento comunitario. Dios manifiesta también su voluntad a través

⁴¹ L. Boff, oc. 93

⁴² L. González-Carvajal, oc 79-80

de los acontecimientos. Por eso necesitamos practicar asiduamente el discernimiento de esos acontecimientos para ver qué nos pide Dios.

e) Renunciar a la propia voluntad si no se ajusta a la de Dios

Hacer la voluntad de Dios comporta una disponibilidad plena a todo lo que él ha establecido para la salvación del mundo. El Padre, que es sólo amor y todo amor, no puede querer otra cosa que amarnos. Nosotros, por el contrario, somos egoístas; no sabemos bien lo que realmente queremos; nos sentimos atraídos continuamente por opciones de pecado; incluso cuando oramos, pedimos según nuestra voluntad, con un horizonte muy limitado. Necesitamos que Dios cure nuestro corazón, para comprender su voluntad y asemejarnos en todo a Jesús y a María. Tenemos que despojarnos de nuestro egoísmo y de nuestros intereses y conveniencias y repetir con Jesucristo: “aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad” y con María: “fiat”, es decir, hágase tu voluntad. Este monosílabo, “fiat”, cambió la historia de la humanidad porque hizo posible el plan de salvación que Dios tenía y que dependió del sí de esta humilde mujer de una insignificante aldea de la desconocida Galilea.

La voluntad que queremos ver cumplida en la tierra como en el cielo es la de un Padre todocariñoso. Lo malo es que creemos saber mejor que Dios lo que nos conviene y casi siempre nuestra oración de súplica es para conseguir que Él haga realidad nuestra voluntad y nuestros deseos. Una norma muy saludable sería añadir siempre en nuestra oración “pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”⁴³, como dijo Jesús en la hora límite de Getsemaní.

“En esta tercera petición del padrenuestro – dice Benedicto XVI – pedimos en última instancia acercarnos cada vez más a Jesucristo, a fin de que la voluntad de Dios prevalezca sobre la fuerza de nuestro egoísmo y nos haga capaces de alcanzar la altura a la que hemos sido llamados”⁴⁴.

3. “Así en la tierra como en el cielo”.

El “cielo” es el mundo de Dios; allí ya su voluntad, su proyecto, su Reino han alcanzado el perfecto cumplimiento. Los que están ya con Dios son plenamente hijos y plenamente hermanos y, de ese modo, la voluntad de Dios se está cumpliendo conforme a sus deseos. En el cielo todo sucede de acuerdo con lo que Dios espera. El problema está en la tierra, que es el mundo del hombre. Jesús nos enseña a pedir que la tierra sea una perfecta imitación del cielo, donde todos los hombres y mujeres hagan la voluntad de Dios. Esta petición se refiere también al modo como tenemos que hacer la voluntad de Dios: “como en el cielo”, es decir, con la máxima espontaneidad y con la suprema alegría que reina en el cielo.

Esta frase del padrenuestro acentúa dos aspectos:

⁴³ L. González-Carvajal, 81

⁴⁴ Benedicto XVI oc 186

- En primer lugar significa el compromiso de no querer acomodar la voluntad del que está en el cielo (de Dios) a la voluntad de los que estamos en la tierra, al contrario, hemos de acomodar nuestra voluntad a la suya. No pocas veces pretendemos que la voluntad del cielo (la de Dios) se realice como queremos los de la tierra y no como Dios quiere. En el fondo nuestra petición es al revés: hágase tu voluntad como deseamos nosotros aquí en la tierra, no como quieres Tú en los cielos.
- En segundo lugar, con esta frase pedimos que la voluntad de Dios se haga en todos los lugares y en todas las esferas en que se desdobra la existencia humana; en toda la tierra y en todo lo terreno así como se hace en el cielo donde no hay rincón ni resquicio en el que no se haga su voluntad. En la expresión cielo y tierra se abarca toda la realidad existente. Hoy día somos especialmente sensibles al pecado estructural de las injusticias sociales. Ningún espacio debe quedar cerrado a la transformación intentada por el reinado de Dios; en todo debe empezar a fermentar la novedad del nuevo cielo y la nueva tierra. Estas exigencias están encerradas en la expresión así en la tierra como en el cielo, o sea, que se haga la voluntad de Dios en todas partes, en todas las organizaciones y grupos humanos y en todas las dimensiones de la existencia humana.

Ejercicio de oración: *Concentrarse. Poner en el primer plano de mi mente todos mis deseos frustrados, las situaciones difíciles en las que no comprendo por qué Dios no actúa, y orar: "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo".*

SEGUNDA SERIE DE PETICIONES MIRADA A NUESTRAS NECESIDADES

Con la cuarta petición - "el pan nuestro de cada día" - se produce un viraje en la oración del padrenuestro. Hasta ese momento dirigíamos la mirada a Dios como Padre cercano y entrañable al que llamamos "nuestro" y, al mismo tiempo, consideramos trascendente, por encima de todo, y por eso decimos "que estás en los cielos"; un Padre cuyo nombre debe ser siempre

glorificado, “santificado”. Hasta ahí nuestra mirada se dirigía al Reino que viene como don de Dios y ha de hacerse realidad para que de ese modo se cumpla la voluntad divina.

En la segunda parte, que comienza con la petición del pan, la mirada se vuelve a la tierra, a las necesidades del ser humano como son: el pan para la vida, el perdón por la ruptura de la fraternidad, las fuerzas para rechazar la tentación y la liberación del mal.

Nunca deben separarse ambas dimensiones, pues el Señor las unió en la oración que Él hacía y nos enseñó a nosotros a hacer lo mismo. No debemos avergonzarnos de nuestras necesidades ni de pedirle a Dios que las remedie. Nuestras necesidades le preocupan más a Dios que a nosotros porque es Dios de la vida y, sobre todo, es nuestro Padre, que está siempre con el corazón y la mirada puesta en sus hijos.



6

CUARTA PETICIÓN

***“Nuestro pan cotidiano dámoslo hoy”
(Mt 6, 11)***

***“Danos cada día nuestro pan
cotidiano” (Lc,11,3)***

1. Significado del pan

La palabra “pan” tiene un significado material y otro simbólico; ambos muy amplios. Vamos a fijarnos primero en el sentido material. En este sentido, el

pan es mucho más que un agregado hecho de harina y no sólo se refiere a la comida, sino a todos los bienes que necesitamos para vivir digna y felizmente. Cuando decimos que hay que ganarse el pan, nos referimos a todo lo que necesitamos para vivir como personas.

Benedicto XVI escribió en su libro Jesús de Nazaret: “La cuarta petición del padrenuestro nos parece la más humana de todas: el Señor que orienta nuestra mirada hacia lo esencial, a lo “único necesario”, sabe también de nuestras necesidades terrenales y las tiene en cuenta”⁴⁵.

Por más altos que sean los vuelos del espíritu, el ser humano siempre depende de un trozo de pan, de un sorbo de agua, en fin, de una pequeña porción de materia. Ciertamente la vida vale más que el pan, pero en ningún momento se puede prescindir del pan para vivir. En este sentido, el pan está ligado directamente a todas las posibilidades de la vida humana. Gracias al pan, entendido en el sentido amplio que hemos dicho, es posible todo lo demás: ser, vivir, pensar, amar...

El pan material tiene un profundo significado religioso porque es, a la vez, don de Dios y fruto de nuestro trabajo. En este punto, el pensamiento de Jesús es claro: por un lado, nos enseña a pedir al Señor lo que es necesario y suficiente para nuestra vida y, por otro, nos quiere hacer conscientes de nuestra total dependencia de la divina providencia. Con la petición del pan de cada día reconocemos que nuestra vida depende de Dios, incluso en su aspecto material, y deseamos vivirla fiándonos de su providencia.

El pan cotidiano es el don de Dios a sus hijos, todos los días, hasta el encuentro definitivo en el banquete de la felicidad eterna (cf Lc 12, 37). Dios no hace bajar el pan del cielo directamente, como lo hizo con el maná en el desierto, pero es él quien nos da las estaciones, el calor y la lluvia favorables al pan; es él quien nos garantiza las fuerzas para trabajar; es Dios quien hace crecer misteriosamente la semilla. En cada pedazo de pan hay una presencia de la mano de Dios y del hombre. Por esa razón, el pan es santo. Antiguamente lo besábamos y lo poníamos siempre hacia arriba. El pan es un signo del trabajo humano y de la bondad de Dios; es, de algún modo sacramento de la presencia y la acción de Dios, punto de encuentro entre Él y el ser humano.

2. Al pedir nuestro pan expresamos nuestra confianza filial en Dios

El primer deber del padre familia es alimentar a sus hijos; si Dios es nuestro Padre, le corresponde mantener con vida a los hijos que ha creado. Por consiguiente, es justo y es señal de confianza pedirle el pan de cada día. Como dice el Catecismo de la Iglesia, “el Padre que nos da la vida no puede dejar de darnos el alimento necesario para ella, todos los bienes convenientes, materiales y espirituales. En el Sermón de la montaña, Jesús insiste en esta confianza filial que coopera con la Providencia de nuestro

⁴⁵ Benedicto XVI oc 186

Padre (cf Mt 6, 25-34). No nos impone ninguna pasividad (cf 2 Ts 3, 6-13) sino que quiere librarnos de toda inquietud agobiante y de toda preocupación. Así es el abandono filial de los hijos de Dios⁴⁶.

Pedir el pan es un gesto de humildad y de confianza en Dios. “Quien pide a Dios cada día el pan que necesita se está recordando a sí mismo su condición de criatura, que los modernos tendemos a olvidar demasiado fácilmente. En efecto, decir, “dánosle hoy” es aceptar que debemos pedirlo mañana otra vez. Es aceptar que debemos pedir que mañana nos siga dando unos brazos para trabajar o unos hermanos que compartan con nosotros el pan. Es admitir y alegrarnos de que toda nuestra vida dependa enteramente de él. Es confesar que no nos bastamos a nosotros mismos”⁴⁷.

“A muchos les resulta extraño eso de que tenemos que pedirle el pan a Dios. Piensan que el pan es fruto única y exclusivamente de nuestro esfuerzo, con lo cual no sólo no hay lugar para pedírselo a Dios, sino tampoco para agradecerse. Un indicio de ello es que hayamos perdido la costumbre de bendecir la mesa antes de comer⁴⁸ para agradecerle el pan.

Esta petición no nos lleva a tomar una actitud pasiva esperando que el pan llueva del cielo sin nuestro trabajo. Lo diré una vez más: todo lo que le pedimos a Dios en la oración nos lo pedimos al mismo tiempo a nosotros. Pedir el pan implica comprometernos con todas nuestras fuerzas en producirlo para nosotros y para los demás.

La esperanza que ponemos en Dios como dador de los bienes, es una virtud que nos responsabiliza en trabajar para producirlos. Sabemos que nuestros esfuerzos serían vanos si no estuvieran sostenidos por la providencia; también sabemos que el que nos ha creado sin nosotros no nos hace sobrevivir sin nosotros. Por eso continuamos pidiendo el pan y, al mismo tiempo, trabajamos para producirlo y compartirlo.

“Naturalmente que en las culturas tradicionales sabían que, aunque pidieran a Dios el pan de cada día, debían esforzarse por conseguirlo. El Gn dice que hay que ganarlo con el sudor de la frente (3,19). En consecuencia lo que pedimos al Padre es la posibilidad de trabajar; le pedimos nuestros brazos antes que nuestro pan. Parodiando un slogan muy conocido, podemos decir que no le pedimos a Dios un pescado, sino una caña para pescarlo.

Necesitamos recuperar el agradecimiento a esos regalos cotidianos de Dios. Ya Chesterton observaba cómo una vez al año agradecemos a los reyes magos los regalos que encontramos en nuestros zapatos, pero nos olvidamos de dar gracias a Aquel que todos los días nos da un par de pies para meterlos en los zapatos”⁴⁹.

⁴⁶ Catecismo 2830

⁴⁷ L. González Carvajal oc 91

⁴⁸ L. González-Carvajal, oc 87

⁴⁹ L. González Carvajal oc 88

No debemos comer nuestro pan como chanchitos, sin mirar al cielo para dar gracias a Dios por su generosidad y porque nos ha dado la posibilidad y las condiciones para producir el pan con nuestro trabajo. Hemos de dar gracias también por el trabajo de cuantos han cooperado para que podamos tener sobre la mesa el pan de cada día, que, por ser fruto del trabajo de muchos, es signo de comunión y fraternidad.

3. “El pan nuestro”. Sentido comunitario y solidario del pan: compartir los bienes

La necesidad del pan es individual, porque el hambre la tiene y la siente cada uno, pero su satisfacción es comunitaria, por eso pedimos el pan “nuestro”. Somos todos hijos del mismo Padre y, por tanto, hermanos que comparten su pan. La satisfacción meramente personal del hambre, sin tener en cuenta a los demás hermanos, sería un atentado contra la fraternidad. Como dice el Catecismo de la Iglesia Católica, “el drama del hambre en el mundo, llama a los cristianos que oran en verdad a una responsabilidad efectiva hacia sus hermanos, tanto en sus conductas personales como en su solidaridad con la familia humana. Esta petición de la Oración del Señor no puede ser aislada de las parábolas del pobre Lázaro (cf Lc 16, 19-31) y del juicio final (cf Mt 25, 31-46) (nº 2831) que nos hablan de compartir los bienes. Lázaro esperaba un pedazo de pan sentado a la puerta del rico y la parábola del juicio final nos dice que en ese examen final de nuestros días, lo que nos van a preguntar es si hemos compartido el pan con los necesitados.

No se puede comer el pan dignamente de espaldas a la miseria de otros. El pan es humano en la medida en que se reparte y, de ese modo, constituye un lazo de comunión. El evangelio me prohíbe pedir sólo para mí, descartando las necesidades de los hermanos que me rodean. No es el “pan mío”, sino el pan “nuestro” el que Dios da. El pan que pedimos es para la vida de todos. No podemos comerlo solos. Tenemos que comerlo juntos; hay que partirlo y compartirlo. El que lo guarda celosamente para sí sólo se apropia de un bien que es de todos.

Al decir el pan “nuestro” nos recordamos a nosotros mismos que, en lo referente al alimento, nadie tiene derecho a decir “es mío” mientras otros pasan hambre. Y al pedir el pan sólo para hoy nos obligamos a deshacernos cada día del pan que nos sobra, naturalmente compartiéndolo. La Iglesia ha proclamado siempre el destino universal de los bienes. Decimos “dánosle” - y no “dámelo” - porque el amor nos exige pensar en las necesidades ajenas y preocuparnos de los intereses del prójimo tanto como de los nuestros. El pan de la cuarta petición del padrenuestro es un pan para compartir”⁵⁰.

El mismo Catecismo dice más adelante: “La expresión “nuestro” nos invita y exige “comunicar y compartir bienes materiales y espirituales, no por la fuerza sino por amor, para que la abundancia de unos remedie las necesidades de otros (cf 2 Co 8, 1-15)”⁵¹.

⁵⁰ Ib. 92

⁵¹ Catecismo, nº 2833

“Esta petición del padrenuestro nos invita a revisar críticamente los ideales de la sociedad de consumo y a limitar nuestras necesidades, que son insaciables. Siempre queremos tener más cosas y mejores. Decía Romano Guardini que el único que puede pronunciar esta petición con derecho es el pobre. Un rico, que tiene pan para toda la vida, no puede hacer esta petición. Al pedirle a Dios que nos dé cada día únicamente el pan que necesitamos comer le estamos pidiendo que nos haga pobres”⁵², por haber compartido el pan, y que no acumulemos sino que trabajemos cada día para ganar el pan.

San Basilio Magno (+379) decía: al hambriento le pertenece el pan que se estropea en tu casa. Al descalzo le pertenece el zapato que cría moho debajo de tu cama. Al desnudo le pertenecen los vestidos que se apolillan en tus baúles. Al pobre le pertenece el dinero que se deprecia en tus cofres”.

Tendríamos que vivir en permanente revisión de los bienes que no usamos durante mucho tiempo para que otros le den el uso para el que fueron hechos. Sí es cierto que algunos y algunas cuando se hacen campañas de solidaridad, hacen limpieza de sus baúles para entregar cosas que ya no les sirven a nadie. En ese caso no dan el pan que les sobre, sino la basura que les estorba en casa.

José Antonio Pagola comenta esta petición del padrenuestro hablándole así a Dios: “Danos hoy el pan de cada día”; danos a todos el alimento que necesitamos para vivir. Que a nadie le falte pan. No te pedimos dinero ni bienestar abundante. No queremos riquezas para acumular. Solo pan para todos. Que los hambrientos de la tierra puedan comer; que tus pobres dejen de llorar y empiecen a reír; que los podamos ver viviendo con dignidad. Que ese pan que un día podremos comer todos juntos, sentados a tu mesa, lo podamos gustar desde ahora”⁵³.

Ejercicio: profundamente concentrados, pensar en los cientos de millones de personas que mueren de hambre en el mundo y los que mueren en nuestro país, pensar en los miles de niños desnutridos que viven en nuestros campos y ciudades, en un ejercicio de fantasía, poner en primer plano en la pantalla de nuestra imaginación sus rostros y sus ojos hundidos por el hambre y pedir: “Danos hoy nuestro pan”, percibiendo las resonancias que esta petición tiene en nuestro corazón y las exigencias que nos plantea.

Sigamos proyectando en la pantalla de nuestra imaginación de un lado la mesa vacía de los pobres y, del otro, la nuestra, especialmente cuando tenemos invitados, y pensemos si Dios no nos está diciendo que hay que repartir las cosas en las dos mesas por igual.

4. Nuestro pan de cada día o del mañana

⁵² L. González-Carvajal, oc 90

⁵³ J. A. Pagola, oc 96

Hay varias traducciones de la petición del pan que son. En la que rezamos habitualmente decimos: “nuestro pan de cada día”, es decir: el pan necesario para el día de hoy. Otros traducen: “el pan del mañana”, dando en este caso al pan un sentido escatológico ¿Qué significan estas dos expresiones?

4.1. El pan de cada día

Pedimos el pan para hoy, no para acumularlo, porque se agusana, como el maná que, por avaricia, acumulaban algunos judíos en el desierto. En efecto, esta frase nos recuerda la experiencia del desierto y del maná con que Dios socorrió al pueblo judío hambriento. Para decir con autenticidad “danos nuestro pan de cada día”, hay que liberarse de la avidez, es decir, del deseo de tener cada vez más, que es una pasión que lleva a un consumismo sin freno. El discípulo de Jesús ha de fijar la mirada en lo que es esencial y simplemente necesario, sin dejar espacio al deseo de poseer ni a la codicia. ¡Muy difícil!, porque somos esclavos de la sociedad de consumo y del afán de prestigio social y económico. En esas condiciones es imposible descubrir el gozo del compartir y la felicidad de la vida sencilla, sin lujos.

No pedimos a Dios que llene de provisiones nuestras despensas, sino que nos dé el pan de cada día, ya que preferimos vivir día a día de su mano de Padre. De esta manera seguimos estando bajo su dependencia y nos sentimos felices de tener que recurrir continuamente a él.

Esto no significa que no pensemos en el futuro y no tomemos las provisiones necesarias para asegurarnos el pan del futuro. Lo que el evangelio nos pide es no vivir angustiados por qué comeremos el mañana, sino tener confianza en Dios. Jesús lo expresó hasta poéticamente con estas palabras que recogen los evangelios de Mateo y de Lucas

“Por eso les digo que no anden angustiados por la comida para conservar la vida o por la ropa para cubrir el cuerpo. ¿No vale más la vida que el sustento, el cuerpo más que la ropa? Miren las aves del cielo: no siembran ni cosechan ni recogen en graneros, y sin embargo, el Padre del cielo las alimenta. ¿No valen ustedes más que ellas? ¿Por qué se angustian por la vestimenta? Miren cómo crecen los lirios silvestres, sin trabajar ni hilar. Les aseguro que ni Salomón, en el esplendor de su gloria, se vistió como uno de ellos. No se angustien pensando: ¿qué comeremos?, ¿qué beberemos? Todo eso buscan ansiosamente los paganos. Pues el Padre del cielo sabe que ustedes tienen necesidad de todo ello. Busquen primero el reino de Dios y su justicia, y lo demás lo recibirán por añadidura” (Mt 6, 25-33)

4.2. El pan del mañana. Sentido escatológico del pan

La palabra escatológico se refiere a la situación en que estará la humanidad al final de los tiempos, en el otro mundo. Pero esa situación ya ha comenzado a producirse. Por eso decimos que la dialéctica de las realidades escatológicas que se van a dar al final de los tiempos es ésta: ya sí, pero todavía no; ya han comenzado, pero todavía les falta.

Acabamos de oír que no hemos de vivir angustiados por el mañana y, sin embargo, otra traducción del padrenuestro habla del “pan del mañana”. El pan del mañana es el banquete del Reino en su etapa definitiva, más allá de la historia.

El pan que viene de la mano del Padre es signo y anticipo del banquete del Reino en su plenitud, más allá de la historia. Ahí radica el carácter escatológico del pan. En este caso, al pedir “nuestro pan del mañana” o el pan venidero, estamos hablando del banquete del Reino del final de la historia, y significaría lo mismo que “venga tu Reino”, que comience ya el banquete de la fraternidad plena del futuro.

Los dos sentidos de la petición, tanto el pan cotidiano como el pan del mañana, deben resonar simultáneamente y ser captados y vividos por quien reza el padrenuestro. En primer lugar se trata del pan material, sin el cual la vida no subsistiría. A su vez, este pan apunta al otro, en el reino de Dios donde la vida será plena y feliz y, como anunciaban los profetas, ya no habrá hambre.

5. Resonancia eucarística de la petición del pan

La petición “danos hoy nuestro pan” la podemos referir también a otro pan del que habla Jesús en el evangelio de Juan diciendo: “Yo soy el Pan de vida”. Este pan es Jesús mismo que se nos entrega de dos maneras: en cuanto Palabra y en cuanto Eucaristía para alimentar y sostener la vida nueva a la que nacemos por el bautismo. No hay que restringir el pan a su significado primario de alimento material; puede tener también un sentido eucarístico, y lo tiene claramente en este texto de Juan y también en uno de Lucas en el libro de los Hechos en el que a la Eucaristía se le llama la “fracción del pan”. De hecho, ya en los primeros siglos, algunos Santos Padres traducían la expresión “el pan de cada día, por el “pan sobresustancial”, refiriéndose a la eucaristía, el pan que está por encima de cualquier sustancia material.

“De hecho, los Padres de la Iglesia, es decir, los grandes teólogos y maestros de los primeros siglos, han interpretado casi unánimemente la cuarta petición del padrenuestro como la petición de la Eucaristía. En Jn 6 se describe primero el hambre de las gentes que han escuchado a Jesús y a las que no despide sin darles antes de comer, esto es, sin el pan necesario para vivir. Pero Jesús no permite que todo se quede en esto, no permite que la necesidad del hombre se reduzca al pan material, a las necesidades biológicas. “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt 4,4) le dice Jesús al tentador del desierto”⁵⁴.

El pan que pedimos en la oración del padrenuestro tiene dos significados: el pan que alimenta el cuerpo o pan material y el pan que alimenta el espíritu, es decir, la Palabra de Dios y la Eucaristía.

⁵⁴ Benedicto XVI, oc 188-189

“La tradición cristiana ha hablado siempre de dos mesas en las que se alimenta el pueblo de Dios: la de la Eucaristía y la de la Palabra. Refiriéndose a ellas decía santa Teresa que “si no es por nuestra culpa, no moriremos de hambre”, porque Dios nos ofrece ese pan en abundancia.

Comentando esta petición del padrenuestro, san Francisco, en lugar de pan, decía: “Tu amado Hijo, nuestro Señor Jesucristo, dónosle hoy”. El pan de vida es el mismo Jesucristo. El pan eucarístico es para los cristianos una fuente de energía espiritual como fue para los judíos el maná que les sostuvo mientras caminaban por el desierto.

Como mínimo, deberíamos recibir semanalmente el pan eucarístico. El ideal sería recibirlo todos los días. Es un contra sentido pedirlo cada día en el padrenuestro y no ir a recibirlo”⁵⁵.

La dimensión eucarística de esta petición la subraya claramente el Catecismo de la Iglesia Católica cuando dice: “el sentido específicamente cristiano de esta cuarta petición se refiere al Pan de Vida: la Palabra de Dios que se tiene que acoger en la fe, el Cuerpo de Cristo recibido en la Eucaristía (cf Jn 6, 26-58). “La Eucaristía es nuestro pan cotidiano. La virtud propia de este divino alimento es una fuerza de unión: nos une al Cuerpo del Salvador y hace de nosotros sus miembros para que vengamos a ser lo que recibimos... Este pan cotidiano se encuentra, además, en las lecturas que oís cada día en la Iglesia, en los himnos que se cantan y que vosotros cantáis. Todo eso es necesario en nuestra peregrinación (San Agustín, serm. 57, 7, 7)”⁵⁶.

El mismo Catecismo insiste más adelante en esta idea. "Nuestro pan" designa el alimento terrenal necesario para la subsistencia de todos y significa también el Pan de Vida: Palabra de Dios y Cuerpo de Cristo. Se recibe en el "hoy" de Dios, como el alimento indispensable, lo más esencial del Festín del Reino que anticipa la Eucaristía”⁵⁷.

6. El pan de la Palabra de Dios

El pan que sostiene la vida material es un símbolo del que sostiene la vida espiritual y metafóricamente lo llamamos también pan. Simboliza a Cristo mismo que entra en nosotros cuando nos adherimos a Él por la fe y el amor y despierta y alimenta un modo de vida nuevo igual que el pan material alimenta la vida física.

En el capítulo 6 del evangelio de Juan conocido con la denominación de “el discurso del pan de vida”, Jesús mismo se presenta diciendo: “Yo soy el pan de vida”. Yo es un pronombre personal. Eso significa que lo que Jesús nos entrega es su propia persona y su vida. Es interesante caer en la cuenta de que en una parte de ese discurso, los versículos 28-51 Jesús se entrega como Palabra y en los siguientes (6, 52-71) como pan eucarístico.

⁵⁵ L. González-Carvajal, oc 97-98

⁵⁶ Catecismo, n° 2835

⁵⁷ Ib, 2861

Algunos creen que todo este discurso se refiere sólo a la eucaristía, pensando que el pan de vida es sólo el de la eucaristía. El pan de vida en este caso se refiere a las dos, a la Palabra y la Eucaristía. Dicho de otro modo, el pan de vida es Cristo que se nos entrega como Palabra y como Eucaristía.

- a) En primer lugar, ese discurso del pan de vida, dice que Jesucristo se nos da como Palabra, como Revelador del Padre, para que lo recibamos, para que entre en nosotros y nos transforme (6, 28-51ª. 59-71). En este caso el protagonista es el Padre, él nos da este pan que es Cristo, Palabra de Vida y que tiene palabras de vida eterna” (6,68). La respuesta que Dios espera de nosotros es la fe en Jesús, porque sólo por ella y no por la boca o los oídos se come el pan de la Palabra.
- b) En segundo lugar ese discurso del pan de vida se refiere a la Eucaristía en la que Cristo reactualiza hoy la entrega de su persona y de su vida, que hizo en su última cena (6, 51b-59). En este caso, el protagonista, el que nos da el pan de vida, es Cristo mismo y la respuesta es comer su Cuerpo y beber su Sangre.

El es el revelador del Padre, su Palabra definitiva. Creer implica una adhesión personal, firme y constante a la persona de Jesús, que conlleva el deseo de acercarse al modelo de hombre que él es y el empeño por seguirle y por vivir como él. Eso es lo que Dios espera de los que se comulgan a Jesús como Palabra o revelador del Padre.

Jesús se presenta como pan que da vida en plenitud y asegura que el que viene a él, es decir, el que cree en él, sentirá tal plenitud de vida que no hambreará otros bienes imperfectos y perecederos. Jesús llenará su vida. Para ello es necesario aceptarlo, comerlo, es decir, adherirse firmemente a él por la fe (6, 36).

Después repite que el que lo acepta como Revelador de Dios, el que cree en él, tiene ya vida eterna. Él, como Palabra de Dios, es pan que alimenta esa vida nueva y eterna que ha surgido en el creyente con su adhesión de fe a Cristo.

No sólo su persona, sino también sus palabras, su mensaje, son pan de vida, como confiesa Pedro al final de este episodio: “Tus palabras dan vida eterna” (Jn 6, 68)

Por lo que se refiere al pan de la Palabra, San Jerónimo, el mejor conocedor y divulgador de la Biblia en el siglo IV, consideraba el Evangelio como sacramento de la presencia de Cristo. En paralelismo con la Eucaristía, él decía: “Yo creo que el Evangelio es el Cuerpo de Cristo”. Ya sabemos que en el Nuevo Testamento la palabra “cuerpo” significa la persona entera, no sólo el cuerpo biológico. Por tanto, si el evangelio es el cuerpo de Cristo, al acogerlo recibimos, comulgamos a Cristo. Cristo en persona nos habla en la proclamación del evangelio y nos entrega, no sólo su mensaje, sino también su persona. Abrazando su Palabra, abrazamos su persona, comulgamos con Él.

“Aunque hayamos revalorizado mucho la liturgia de la Palabra, todavía estamos lejos de ponerla en paralelo con la liturgia de la Eucaristía. Y de la lectura privada de la Biblia, mejor no hablar: generalmente la Biblia es un libro arrinconado en las casas de los católicos” o exhibido en una estantería si se trata de una edición de lujo.

La anorexia es falta de apetito. Los que padecen esa enfermedad, cuanto menos comen, menos apetito tienen. También hay una anorexia espiritual en la que cuanto menos alimentamos el espíritu, menos hambre de Dios tenemos. Igual que ocurre con el cuerpo, también necesitamos alimentar diariamente el espíritu”⁵⁸.

7. En la misa ambos modos de recibir el Pan de vida van juntos

En la celebración de la misa se nos ofrecen a la vez y de manera inseparable el pan de la Palabra y el pan de la Eucaristía. Estamos reunidos en torno a una sola mesa en la que comulgamos con Cristo de dos modos: acogiendo su palabra y recibiendo el pan y el vino consagrados.

Lo repito, la Eucaristía no es sólo la mesa del pan consagrado, sino también la “mesa de la palabra”. Ambos son el alimento de nuestras vidas que nos vamos a servir sentados en torno la única mesa. Ambos son presencia del único Cristo resucitado, que en la palabra nos entrega su persona como Maestro y como lección de vida para aprender a vivir como él vivió. En el pan nos entrega su persona y su vida como servidor para ser también nosotros servidores de nuestros hermanos. El evangelio de san Juan resume el sentido de la eucaristía presentando a Jesús como servidor humilde que lava los pies a sus discípulos. Ese Cristo es el pan que recibimos en la Eucaristía y nos quiere poner a todos a lavar los pies a los demás, a servirles con humildad.

Lo repito, en la misa Cristo resucitado se sienta a la mesa con nosotros y nos entrega su cuerpo, es decir su persona, con el pan de la palabra y el pan eucarístico. Si al recibir el pan consagrado nos sentimos profundamente unidos con él, al recibir su palabra entramos también en comunión de persona y de vida con él, nos convertimos en sus íntimos, en su familia más cercana, como dice un conocido texto de los sinópticos: “mi madre y mis hermanos son los que oyen la Palabra de Dios y la cumplen” (Lc 8, 21). Podemos decir que también comulgamos con Cristo o comulgamos a Cristo acogiendo su palabra y llevándola a la práctica.

- Examen

- *¿Con qué frecuencia leo el evangelio y cómo lo leo? ¿Practico la lectura orante de la Biblia?*

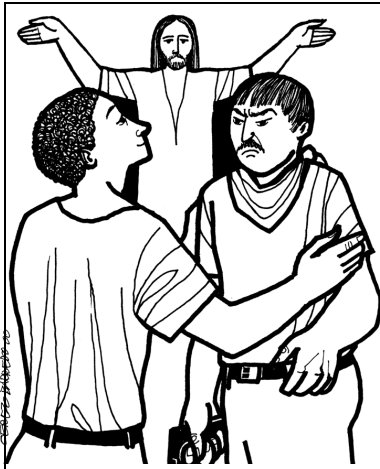
⁵⁸ L. González Carvajal, oc 101-102

- *¿Qué atención le prest a la proclamación de la Palabra de Dios en la misa? ¿Qué es más frecuente: que me llegue al alma o me halle distraído?*
- *¿Tengo hambre de la Palabra y de la Eucaristía o padezco algo de anorexia espiritual?*

Oración

Al terminar el discurso del pan de vida, casi todos los oyentes abandonaron a Jesús y Él, un poco deprimido se dirigió a los Doce con esta pregunta: "¿También ustedes quieren abandonarme?". Eso mismo ha ocurrido hoy más del 90% de los que se dicen cristianos, han abandonado la Eucaristía. El Señor nos dirige la misma pregunta hoy a nosotros: ¿También ustedes van a abandonarme algún día?

Metámonos en esa escena evangélica y digamos como Pedro: "Señor, eso, no. Tú tienes palabras de vida eterna".



7

QUINTA PETICIÓN

“Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mt)

“Perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe” (Lucas)

1. Perdónanos

Los discípulos de Jesús necesitamos algo más que el alimento; cometemos muchos errores, cedemos, a veces, a la presión de las fuerzas del mal y necesitamos el perdón. Sin él, no podemos vivir, porque pesa sobre nuestra conciencia la deuda que hemos contraído con Dios al ofenderle y el dolor que hemos causado a los demás. El pecado nos mantiene endeudados no sólo con Dios, sino también con nuestros hermanos. Y esta deuda sólo se salda con el amor y la petición de perdón a Dios y a los hermanos. Y, mientras no la saldamos, no podemos vivir en paz y felices. Pero lo que buscamos es, sobre todo, queremos que los ofendidos por nosotros vivan felices y que Dios, al reconciliarnos con Él y con sus otros hijos, se sienta orgulloso de nosotros.

En la petición del perdón Mateo habla de deudas y Lucas de pecados. Nosotros hoy el rezar el padrenuestro decimos “ofensas”. ¿Qué diferencia hay entre estas palabras? Mateo presenta la ofensa hecha a Dios como se hacía en el judaísmo contemporáneo de Jesús, con la metáfora de una deuda impagable. El ser humano está ante Dios en la situación de un deudor insolvente, que sólo puede esperar el perdón de su deuda. Deberá, por tanto, orar humildemente como el publicano en el templo: “Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador” (Lc 18, 13)

En arameo, lengua que se hablaba en Palestina en tiempos de Jesús, la palabra deuda tiene un significado más amplio que el de ofensa porque incluye también el pecado de omisión, es decir, todo lo que debíamos hacer por Dios y por los demás y no lo hemos hecho. Todo eso se lo debemos. Por eso estamos en deuda con ellos.

Con la ruptura de la fraternidad, con la injusticia y el desamor ofendemos a la vez al hermano y a Dios, porque no hacemos lo que Él quiere y espera de nosotros: el amor, la justicia y la solidaridad. Eso es justamente lo que hemos traicionado. Lo grave no es el quebrantar una ley, sino el romper la relación de amor con el hermano y con Dios. Cuando se peca, es Dios mismo quien resulta rechazado y herido. La maldad del corazón humano consiste precisamente en rechazar a Dios, en no ofrecerle la entrega completa de nosotros mismos, en dar culto a otros dioses, que no son más que ídolos, como el dinero, el poder, el prestigio o el cuidado de la propia figura física por encima de todo

“Hay que entender bien la misericordia y el perdón. Ante todo, no son automáticos y mecánicos; presuponen una relación entre el ofendido y el ofensor; el hombre necesita buscar el perdón, lo que significa volverse hacia Dios y hacia el hermano y darse cuenta de la propia situación extraviada”⁵⁹.

Aunque se haya portado mal, el discípulo pecador en su oración no se acerca a Dios con miedo. La paternidad de Dios es anterior al pecado y no ha quedado abolida por nuestras ofensas. El pecador busca el perdón, un perdón que ya existe de antemano en el corazón de Dios y de Jesucristo. Dios nos perdona antes de que se lo pidamos. Nos lo dice Jesús con la parábola del hijo pródigo. A este hijo pecador que vuelve a casa, el padre no le deja ni pedir perdón, sino que lo abraza profundamente conmovido. Cuando se puso en camino de regreso a la casa paterna, ya tenía el perdón esperándole en el corazón de su padre que no le hace ningún reproche, sino que expresa la inmensa alegría de encontrar al “hijo que había perdido”. Ese abrazo y ese amor de Dios lo podemos experimentar al reconocernos pecadores y pedirle perdón. Y nos va a llenar de felicidad.

2. Actitud previa: reconocerse pecadores

Para sentir el peso e la deuda y después el gozo del perdón hay que comenzar reconociéndose pecadores. Cuántas personas dicen a la carrera: yo no he hecho mal a nadie, no tengo pecados. Con frecuencia, lo que no tienen es conciencia de pecado, del mal que hacen y del bien que deberían hacer y no lo hacen, que es otra forma de pecar.

Uno de los males morales más graves de nuestro tiempo es la pérdida de la conciencia del pecado. La ofensa, para ser experimentada como tal, presupone la relación entre las personas y la comunión con Dios. Lo que debía haber hecho no lo hice: mi prójimo necesitaba, para reanimarse, una palabra, y yo se la negué; su mirada me pedía compasión, y yo fui duro y le humillé; el pobre me contó sus desgracias, extendió su mano pidiendo ayuda, y yo pasé de largo; los ojos infantiles relucían saltones por el hambre, el bebé se estremecía de fiebre en los brazos de la madre escuálida y desnutrida, y yo volví la cara para no impresionarme...”⁶⁰

⁵⁹ L. Boff, oc 122

⁶⁰ L. Boff, oc 116

Sin conciencia de pecado, nadie puede pedir perdón, ni obtenerlo. Igualmente quienes se consideran justos tampoco sienten la urgencia del perdón, como los fariseos, contra quienes Jesús dirigió sus palabras más duras. Jesús lo dice admirablemente con una parábola en la que presenta en escena, orando en el mismo lugar, a un fariseo que se cree justo y un publicano, que se reconoce pecador. El fariseo aprovecha la ocasión para exaltarse a sí mismo y dar gracias a Dios por no ser como el miserable pecador. En cambio el publicano pide humildemente perdón. El que se creía justo salió con más pecados y el pecador salió libre de ellos (Lc 18, 9-14)

Quizás algunos de nosotros tengamos que reconocer que hemos olvidado el reconfortante encuentro con Cristo resucitado y con Dios Padre en el sacramento de la reconciliación en el que ellos con la fuerza de su Espíritu nos acrisolan y nos purifican de nuestros pecados, dejándonos felices y liberados, como quedó la mujer adúltera a la que Jesús liberó de morir apedreada por quienes no se sentían pecadores y lo eran más que ella.

3. “Así como nosotros perdonamos”.

Hasta aquí hemos hablado del perdón que nosotros, como ofensores, hemos de pedir, ahora vamos hablar del perdón que hemos de dar a los que nos ofenden. Lo que nos lleva a perdonar es el haber experimentado que Dios nos ha perdonado. Como dice esta quinta petición del padrenuestro, hay una estrecha relación entre el perdonar y el ser perdonado. Si no acogemos el perdón de Dios que se adelanta siempre a perdonarnos como nos contó Jesús en la parábola del Hijo pródigo, difícilmente nuestro corazón se puede abrir a perdonar a los demás, especialmente a nuestros enemigos. Quien haya experimentado la misericordia del Padre no puede andar calculando las fronteras del perdón ni el número de ofensas a perdonar como propuso Pedro a Jesús creyendo que se pasaba de generoso cuando habló de perdonar: “hasta siete veces”. Y ya sabemos lo que le respondió Jesús con cierta ironía: “mejor hasta setenta veces siete” (Mt 18, 21-22)

La expresión “como nosotros las perdonamos”, no significa que le demos ejemplo a Dios para que aprenda a perdonar. Tampoco tiene un sentido de intercambio mercantil con Dios: perdono para que tú me perdones (te doy para que me des) Lo que quiere decir esta frase es que no podemos acoger el perdón de Dios si no perdonamos a los demás. Esta petición nos indica que, para dirigirnos a Dios como Padre, tenemos que vivir reconciliados con los hermanos.

Cuando le decimos a Dios que nos perdone como nosotros perdonamos, lo que queremos decirle es que deseamos imitarle a Él, que se ha adelantado a perdonarnos. Se lo dice Pablo a los colosenses: “El Señor los ha perdonado, hagan ustedes lo mismo” (Col 3, 13). En esa frase del padrenuestro el adverbio “como” tiene sentido de condición: pedimos a Dios que nos perdone a condición de que nosotros perdonemos a los demás. Lo ponen de manifiesto las palabras que añade el evangelio de Mateo dos versículos más

adelante: “Si ustedes perdonan a los demás sus ofensas, les perdonará también a ustedes su Padre celestial (Mt 6, 14)⁶¹.

Pero, lo repito, esto no quiere decir que Dios esperará para perdonarnos a ver si nosotros perdonamos. El perdón de Dios, como su amor, se anticipa siempre al nuestro. Lo que ocurre es que Dios nos concede su perdón provisionalmente. Lo dice claramente la parábola del siervo a quien su señor le perdona una deuda inmensa y, después él no es capaz de perdonar a un compañero una pequeña cantidad (Mt 18, 23-35) .Cuando se entera el Señor de que ese empleado no fue capaz de perdonar una deuda insignificante a un compañero, le retira su perdón⁶². En ese caso, también Dios nos retira el perdón, muy a pesar suyo, porque nos cerramos a ese perdón y además contraemos otra deuda o pecado por no perdonar.

El Catecismo de la Iglesia Católica, dando por supuesto que Dios perdona siempre, dice que, si nosotros nos negamos a perdonar a los demás, nos ponemos encima una especie de paraguas que nos hace impermeables al perdón de Dios; la negativa a perdonar cierra la puerta al perdón que le pedimos a Dios. Dice el catecismo: “Este desbordamiento de misericordia no puede penetrar en nuestro corazón mientras no hayamos perdonado a los que nos han ofendido. El Amor, como el Cuerpo de Cristo, es indivisible; no podemos amar a Dios a quien no vemos, si no amamos al hermano, a la hermana a quien vemos (cf 1 Jn 4, 20). Al negarse a perdonar a nuestros hermanos y hermanas, el corazón se cierra, su dureza lo hace impermeable al amor misericordioso del Padre; en la confesión del propio pecado, el corazón se abre a su gracia”⁶³ (2840)

Continúa diciendo el catecismo: “Con esta petición el Señor nos dice: la ofensa sólo se puede superar mediante el perdón, no a través de la venganza. Dios es un Dios que perdona porque ama a sus criaturas; pero el perdón sólo puede penetrar, sólo puede ser efectivo, en quien a su vez perdona”⁶⁴.

El perdón del Padre está condicionado al perdón mutuo. Es evidente que no nace ningún derecho al perdón por el hecho de que perdonamos a los demás, sino que ésta es una condición sin la cual estamos cerrados al perdón que Dios nos ofrece gratuitamente. El que no entra en esta disposición interior y exterior de perdón hacia los demás se vuelve incapaz de recibir el perdón de los pecados de parte de Dios. “Dios no acepta el sacrificio de los que provocan la desunión, los despide del altar para que antes se reconcilien con sus hermanos”⁶⁵.

Entre los deudores a los que perdonamos están también nuestros enemigos y perseguidores. La oración cristiana llega hasta el perdón de los enemigos (cf Mt 5, 43-44) Además, el perdón da testimonio de que, en nuestro mundo, el amor es más fuerte que el pecado. Los mártires de ayer y de hoy dan este

⁶¹ L. González-Carvajal, oc 109

⁶² Ib. 111

⁶³ Catecismo, nº 2840

⁶⁴ Benedicto XVI oc 193

⁶⁵ Catecismo, nº 2845

testimonio de Jesús. El perdón es la condición fundamental de la reconciliación (cf 2 Co 5, 18-21) de los hijos de Dios con su Padre y entre sí (cf Juan Pablo II, DM 14)⁶⁶.

Ejercicio de oración

Ponerse ante Dios como deudores, recordar globalmente ante la mirada cariosa del Padre los pecados y errores cometidos durante nuestra vida sentirse empapado por su perdón y decirle varias veces: ¡Gracias, Padre, porque tú siempre nos perdonas.

3. Cuesta mucho perdonar

No es fácil perdonar. Solemos conservar una memoria muy viva de las ofensas, desprecios, ultrajes, los agravios y daños que hemos recibido de nuestro prójimo; llevamos cuenta de ellos y estamos acostumbrados a tenerlos siempre presentes. Este archivo de deudas puede penetrar profundamente en nuestro corazón y envenenar muchas relaciones. A menudo perdonar es difícil, pero la negación del perdón puede transformar la existencia humana en un infierno anticipado. Por eso Jesús nos recomienda repetidamente que perdonemos y nos dio un ejemplo espléndido cuando perdonó y hasta disculpó a los que lo estaban asesinando.

Benedicto XVI al escribir sobre esta petición del padrenuestro en su libro Jesús de Nazaret dice: “¿Qué es realmente el perdón? La ofensa es una realidad, una fuerza objetiva que ha causado una destrucción que se ha de remediar. Por eso el perdón debe ser algo más que ignorar, que tratar de olvidar. El que perdona tiene que superar en su interior el daño recibido, debe como cauterizarlo dentro de sí, y con ello renovarse a sí mismo”⁶⁷

La súplica de Jesús mirando compasivo a quienes le habían crucificado: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”, nos pone el dedo en la llaga y nos hace estremecer porque somos muy remisos en el perdón. Si nos ponemos sinceramente la mano sobre el corazón, muchos de nosotros sentiremos las pulsaciones, o mejor, las punzadas de los rechazos contra personas que albergamos en nuestro corazón, el desprecio y a veces el odio a los enemigos.

Nos resulta difícil perdonar. Muchas veces tomamos como regla de vida la ley del talión, el “ojo por ojo”: Nos critican y criticamos, nos insultan y les devolvemos un insulto de mayor calibre, nos dan una bofetada y se la devolvemos con intereses.

Impactados por el testimonio de perdón de Jesús en la cruz, tenemos que preguntarnos: ¿Qué predomina en nuestras relaciones con los demás,

⁶⁶ Catecismo nº 2844

⁶⁷ Benedicto XVI oc 195

especialmente con los enemigos: el perdón o el resentimiento y el rechazo? ¿Es la actitud de perdón la que predomina en nuestras relaciones de pareja, de familia, de trabajo, de grupo y en nuestras relaciones sociales y políticas? Bajo la mirada del Señor que perdona a quienes lo han crucificado, revisemos nuestro archivo de resentimientos y vaciémoslo de una vez.

Quiero hacer una observación muy humana y realista a lo que he dicho sobre el perdón. Algunos se culpabilizan porque creen que no son capaces de perdonar ya que no logran olvidar las ofensas que les han hecho ni consiguen que no les caigan mal quienes siguen siendo sus enemigos. Yo creo que Dios no pide imposibles, porque no tenemos un mando a distancia ni un tecla para borrar de la memoria los hechos ocurridos ni ella obedece la orden de no recordar más una cosa. Tampoco sería honrado decir que mi enemigo me cae bien, porque psicológicamente no es posible mientras siga siendo enemigo. En consecuencia, perdonar significa no ceder a los sentimientos de venganza o de revancha, no negarles el saludo y la ayuda solidaria, desearles de verdad que le vayan bien las cosas y pedir por ellos como Jesucristo lo hizo y nos enseñó a hacerlo.

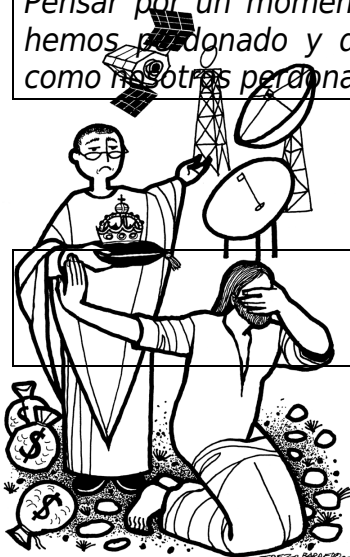
4. La petición está en plural

La petición no dice mis ofensas, sino nuestras ofensas. Esto significa que el perdón no es solo cuestión individual, de persona a persona, lo es también entre diversos colectivos. En nuestro país, por ejemplo, necesitamos también perdonarnos como grupos, regiones, organizaciones sociales y partidos. Pero, en lugar del perdón, cultivamos el enfrentamiento, la enemistad, la venganza, la revancha, amparados por las tinieblas de la mentira sistemática y hecha sin rubor alguno. ¡Y así nos va! Si el perdón no desarma nuestro corazón, no puede haber dialogo ni paz ni justicia

El perdón es importante también para una convivencia sana en la familia, en la comunidad, en la sociedad y en la humanidad. ¡Qué diferentes serían si aprendiéramos a perdonar! ¡Qué trágico es encontrar a veces pueblos enteros encadenados por un pasado de rencores y odio, que se avivan incesantemente en los aniversarios de guerras perdidas!

Ejercicio de oración

Pensar por un momento en las personas o grupos concretos a los que no hemos perdonado y decir honradamente: "perdona nuestras ofensas "Así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden".



8

SEXTA PETICIÓN

***“Y no nos dejes caer en la tentación”
(Mt 6,13; Lc 11,4)***

1. El por qué de esta petición

¿Qué es que lo que motiva esta petición? La conciencia de nuestra condición de pecadores y el reconocimiento de nuestra total dependencia de Dios están en el origen de esta petición, que manifiesta, por un lado, el miedo a ofender a Dios, a no serle fiel, y, por otro, una gran confianza en Él. Por eso pedimos su ayuda. Esta petición dirigida al Padre presupone la amarga experiencia de que el ser humano es débil y frágil en sus opciones y está siempre propenso a la tentación de ser infiel a Dios, a su amor y a las exigencias de justicia y fraternidad propias del Reino o Familia de Dios.

Esta petición es un grito angustiado de nuestra flaqueza, un grito de socorro de quien se siente asediado por las fuerzas del mal y, sabiéndose débil, pide no serlo hoy, para volver a pedir lo mismo mañana. Esta petición también nos pone en guardia contra autosuficiencia y la presunción, porque la presunción se paga cara. Se lo podemos preguntar a Pedro que le aseguró con aplomo a Jesús: “Aunque todos te fallen esta noche, yo no te fallaré” (Mt 26, 33). Y fue el primero en negarle⁶⁸.

2. Jesús también sufrió la tentación

Sentir tentaciones no es raro ni extraño ni humillante. Jesús mismo también fue tentado. El ser humano está siempre sujeto a la tentación y a las solicitudes del mal. Pero el mal no consiste en tener tentaciones, sino en ceder a ellas. A Dios no le pedimos que nos ahorre las tentaciones, sino que nos ayude a superarlas⁶⁹.

Cuando decimos que el padrenuestro es la oración misma que Jesús rezaba, a veces pensamos en nuestro interior que no haría esta petición referente a las tentaciones, pero lo hacía porque era plenamente humano y necesitaba la ayuda de Dios. Él no era un Dios todopoderoso disfrazado de hombre que no necesitara ayuda de nadie. Él también tenía que pedir al Padre que no lo

⁶⁸ L. González-Carvajal, oc 117

⁶⁹ L. Boff, oc 132-133

dejara caer en la tentación porque le asediaba igual que a nosotros. ¿Qué tentación? En el desierto, el tentador no le impulsó a pecar contra tal o cual precepto particular de los 613 que tenían catalogados en la Ley ni siquiera contra el descanso sabático al que daban tanta importancia. La tentación fue global: quería apartarlo de su Dios y Padre, llevarlo por un camino contrario al de la misión que el Padre le encomendó; no por el camino de la humildad, la pobreza y el servicio, sino por el camino de la riqueza, el poder y el prestigio.

Cuando Pedro le hace a Jesús una sugerencia semejante tratando, igual que el demonio, de apartarlo del camino de la cruz, es decir, del servicio y a defensa de los últimos, que necesariamente conllevaba persecución, Jesús le responderá como respondió al tentador: “¡Lejos de mí, Satanás!”. El enemigo vuelve en Getsemaní esperando que, ante la muerte prematura e inevitable que le amenaza, Jesús cambie de opción y abandone su misión y la defensa de los pobres que le había llevado a las puertas de la muerte. Ni la amenaza de muerte le llevó a echar un pie atrás. Jesús confía totalmente en Dios su Padre y se mantiene fiel a Él y a su misión en todas las tentaciones que tuvo que sufrir a lo largo de su vida.

3. La tentación del discípulo

3.1. ¿Qué tentación?

La tentación de la que pedimos a Dios que nos libre no se refiere, en nuestro caso, a pequeñas debilidades, sino a las grandes opciones que orientan la vida cristiana, cuyo rumbo pretende cambiar totalmente la tentación, como pretendió hacer Satanás con Jesús. Ésta es la gran tentación de la que habla Jesús en su predicación y a la que se refiere el padrenuestro: abandonar a Dios y sus caminos para seguir otra ruta en la vida. Jesús invitó a sus discípulos a que oraran para verse libres de esta tentación global (Mt 26, 41). La gran tentación consiste en abandonar a Jesús y al Padre que le ha enviado, en dejar de seguirle para llevar una vida egoísta centrada en satisfacer las ambiciones humanas de poder, de prestigio y de placer y poniendo en ello el sentido de la propia vida.

Lo repito, no se trata de las pequeñas pruebas de cada día, para las cuales, en todo caso, también hay que pedir la ayuda de Dios, sino de la gran tentación, la de perder la fe, la de rechazar el proyecto de Dios, la de vivir sin Dios o contra él. Cada uno de nosotros, antes o después, tiene que decidir si conduce su propia vida según la palabra de Dios o según la lógica mundana. Todos los días nos vemos sometidos a la tentación contra la fe, y todos los días pedimos a Dios la fuerza para permanecer fieles a la vocación cristiana.

San Pablo en Gál 5 presenta la tentación como la opción por una vida según la carne y no según el Espíritu. Vivir según la carne o según el Espíritu son dos proyectos de vida muy diferentes. Uno puede trazarse un proyecto de vida partiendo de la dimensión de la carne, contentándose con lo que el mundo puede ofrecer y sofocando los requerimientos del Espíritu. Pablo nos previene contra semejante tipo de opción fundamental que no desemboca en el reinado de Dios (Gal 5,21). Tal proyecto se concreta, como dice san Pablo a

los gálatas, en obras como “lujuria, inmoralidad, libertinaje, idolatría, magia, enemistades, discordia, rivalidad, arrebatos de ira, egoísmos, partidismos, sectarismos, envidias, borracheras, orgías y cosas por el estilo” (Gal 5,20)

También es posible orientar la vida partiendo de la comunión con Espíritu Santo y contando siempre con su fuerza. Este proyecto de vida según el Espíritu se manifiesta, como dice igualmente san Pablo a los gálatas, en “amor, alegría, paz, tolerancia, agrado, generosidad, lealtad sencillez, dominio de sí” (Gál.5, 22)

La tentación pretende apartarnos del camino del Espíritu para seguir el de la carne. Pablo dice a los gálatas: “Les pido que se dejen conducir por el Espíritu” (Gal 5,16)

3.2. La tentación como oportunidad de crecimiento en la fe

La tentación o la prueba no son aún el pecado y tampoco son el rechazo de Dios, y hasta pueden convertirse en momentos de crecimiento en la fe, de afirmación de nuestras opciones cristianas. Reconociendo la propia debilidad, la tentación nos lleva a ponernos totalmente en manos de Dios.

“Nadie se libra de las tentaciones. Jesús mismo fue tentado. Y es que las tentaciones, aunque sean incómodas son útiles. El libro del Sirácide dice: “Quien no ha sido probado poco sabe” (Sir 34, 10). No teniendo que luchar uno carece de ocasiones para fortalecer su voluntad. Por eso, Santiago llega a decir: “Consideren como un gozo, hermanos míos, el estar rodeados de pruebas de todo género” (Stgo 1,2) San Pablo dice a los corintios: “Pueden estar seguros de que Dios no permitirá que sean tentados por encima de sus fuerzas. Junto a la tentación les proporcionará las fuerzas suficientes para superarla” (1 Cor 10, 13)⁷⁰.

3.3. Todo lo puedo en aquel que me conforta

Aunque no es posible evitar la tentación, sí que es posible vencerla siguiendo el consejo y el ejemplo de Jesús: “Velen y oren para no caer en la tentación” (Mt 26,41) El nos dio ejemplo: venció las tentaciones con la oración y la palabra de Dios, es decir, recurriendo a Dios y al diálogo de amistad filial con Él. El mismo Cristo resucitado, desde nuestro interior, es fuerza que nos permite superar la tentación, como decía Pablo a los filipenses: “todo lo puedo en Aquel que me da fuerzas” (Flp. 4,13)

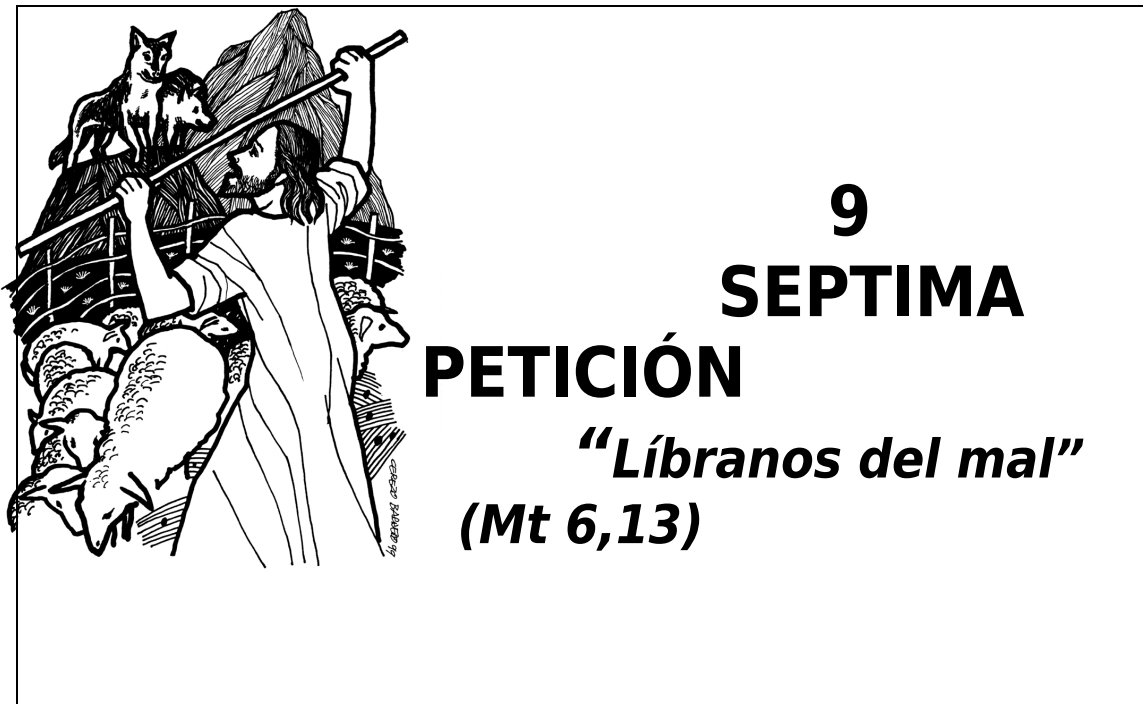
Como acabo de indicar, en Getsemaní Jesús nos dijo lo que debemos hacer para fortalecer nuestras defensas: “Velen y oren para no caer en la tentación” (Mc 14, 38) Cómo Jesús ha vencido definitivamente al tentador y a la tentación, quien permanece unido a él en las tentaciones recibe la gracia y la fuerza que necesita para vencerlas. También esta petición está contenida en la que las engloba a todas: “Venga tu Reino”. Los discípulos rezan por ellos mismos. Pero en fin de cuentas rezan, también aquí, para que Dios siga reinando sobre ellos, para que siga siendo su Padre y no les deje caer fuera de su paternidad, fuera de la gracia, “salir de Cristo y de la filiación divina, salir de la dinámica del Reino”, ese sería el mayor fracaso ante la tentación.

⁷⁰ L. González Carvajal, oc 119

José Antonio Pagola escribe en forma de oración: “No nos dejes caer en la tentación. Somos seres débiles, expuestos a toda clase de peligros y riesgos que pueden arruinar nuestra vida, alejándonos para siempre de tu Reino. El misterio del mal nos amenaza. No nos dejes caer en la tentación de rechazarte. No nos dejes caer derrotados en la prueba final. Que en medio de la tentación podamos contar con tu ayuda poderosa”⁷¹.

Ejercicio de oración.

Tomar conciencia de las grandes tentaciones que nos asedian y afectan al sentido mismo de nuestra vida en este momento y, mirándolas de frente, orar varias veces con total confianza en Dios Padre: “No nos dejes caer en la tentación”.



**9
SEPTIMA
PETICIÓN
“Líbranos del mal”
(Mt 6,13)**

La séptima y última petición del padrenuestro, “líbranos del mal”, sólo la encontramos en la versión de Mateo. No es más que una explicación de la anterior y, por eso, Lucas no la recoge, ya que no añade nada nuevo.

Esta frase también se puede traducir como “líbranos del maligno”. Para Mateo, detrás de la tentación está siempre el tentador. El Catecismo de la Iglesia Católica insiste en esta identificación del mal con el maligno: “En esta petición, el mal no es una abstracción, sino que designa una persona, Satanás, el Maligno, el ángel que se opone a Dios. El "diablo" es aquél que

⁷¹ J. A. Pagola, oc 96

"se atraviesa" en el designio de Dios y su obra de salvación cumplida en Cristo⁷².

Otros piensan que esta petición no se refiere al maligno, sino directamente al mal que ha adquirido consistencia histórica y social, a esa maldad difusa que impregna la humanidad, que nos espera al nacer para envolvernos, nos acompaña durante toda la vida y es la tierra de cultivo y el pecado originante de todos los demás. También tomada así, esta petición está incluida en la anterior: "no nos dejes caer en la tentación", no nos dejes ceder a la presión que el mal ejerce sobre nosotros.

El principal de los males es el pecado, pero también de los otros males físicos, psíquicos o morales le pedimos a Dios que nos libre, aunque no siempre los que nos parecen males, lo son realmente. Hay males que encierran bienes. Lo dice con demasiado optimismo la sabiduría popular: "No hay mal que por bien no venga". "Cuántas veces en la historia de la Iglesia, lo que parecía un mal ha sido fuente de riquezas insospechadas, por ejemplo, la "pérdida" de los Estados pontificios. Pues bien, en el padrenuestro le pedimos a Dios que nos libre de todo lo que de verdad sea un mal, no de lo que nos lo parezca a nosotros. Hay cosas que parecen malas y son en realidad bienes o fuente de bienes. Notemos que la palabra mal está en singular. Quizás porque, en última instancia, sólo hay un mal, que es el pecado. En consecuencia, no pediríamos a Dios que nos haga crecer entre algodones, como hacen muchos padres con sus hijos, sino que nos libre de todo aquello que sea malo para nuestra vida de seguidores de Jesús"⁷³.

El pecado a lo largo de la historia ha alcanzado social y estructuralmente una relativa autonomía, es como una atmósfera que nos envuelve y ejerce su poder sobre cada uno de nosotros, hasta el punto de sentirnos esclavizados. Ante la presión de las fuerzas malignas que nos rodean y empujan, san Pablo confesaba: "No hago lo que quisiera, sino, por el contrario, lo que detesto. Puedo querer el bien pero no puedo realizarlo" (Rm, 7,15.19.) Vivimos envueltos en una atmósfera de pecado y nos resulta muy difícil no respirarla. Esa atmósfera es el gran demonio que nos tienta a todos.

La gravedad del pecado está en que constituye ya una situación o estructura permanente que nos rodea y hasta se vuelve una característica de la cultura. Así, por ejemplo, los sociólogos reconocen que el individualismo exacerbado, el ego devorador, que nos encierra en nuestros propios intereses, es una característica de la sociedad posmoderna en la que vivimos. Nada más nacer, la sociedad se hace cargo de nosotros y nos hace individualistas, porque ese es el aire que en ella se respira. Los pecados no mueren con las personas: se perpetúan por las acciones que sobreviven a los individuos, tales como las instituciones, las normas morales y jurídicas, las costumbres culturales y las pautas de pensamiento. Muchas de estas cosas perpetúan vicios, discriminaciones raciales y morales, injusticias contra determinados grupos y clases humanas⁷⁴.

El Vaticano II dijo que cuando el hombre "examina su corazón, comprueba su inclinación al mal y se siente anegado por muchos males (GS, 13) Estos

⁷² Catecismo, nº 2851

⁷³ L. González-Carvajal, oc 126

⁷⁴ L. Boff, oc 145

males se manifiestan y multiplican en nuestros días con nuevas expresiones y dimensiones: la manipulación de la persona, el desprecio a la vida, la creciente inmoralidad de las costumbres, la refinada ostentación del mal, incluso en sus formas más aberrantes.

En nuestro tiempo el mal que ofende a Dios y humilla al ser humano aparece bajo la figura del egoísmo colectivo de un sistema social excluyente, insolidario con la pobreza en la que viven las grandes mayorías. Existe una permanente tentación colectiva de egoísmo, de insensibilidad, de ruptura de la fraternidad. Tiene nombre: el neoliberalismo o el capitalismo de Estado del que Juan Pablo II dijo que era intrínsecamente perverso. Dos tercios de la población mundial sigue aplastada bajo el yugo de los demonios del hambre, la enfermedad, la disgregación familiar, la falta de casas y de escuelas y de hospitales⁷⁵. En esta situación, la principal causa de los males del mundo está en la insensibilidad, en la ausencia de solidaridad, en la falta de amor. Eso es lo que Jesús criticó en los fariseos. Esos son los verdaderos demonios que debemos exorcizar con nuestras vidas.

Benedicto XVI escribe: "También hoy aparecen los poderes del mercado, del tráfico de armas, de drogas y de personas, que son un lastre para el mundo y arrastran a la humanidad hacia ataduras de las que no nos podemos librar. También se presenta hoy la ideología del éxito, del bienestar, que nos dice: Dios es tan sólo una ficción, sólo nos hace perder tiempo y nos quita el placer de vivir. ¡Intenta sólo disfrutar de la vida todo lo que puedas! También estas tentaciones parecen irresistibles. El padrenuestro en su conjunto, y esta petición en concreto, nos quieren decir: cuando hayas perdido a Dios, te habrás perdido a ti mismo; entonces serás tan sólo un producto casual de la evolución, entonces habrá triunfado el dragón. Por eso pedimos desde lo más hondo del corazón que no se nos arranque la fe que nos permite ver a Dios, que nos une a Cristo"⁷⁶.

El Catecismo de la Iglesia dice: "Al pedir ser liberados del Maligno, oramos igualmente para ser liberados de todos los males, presentes, pasados y futuros de los que él es autor o instigador. En esta última petición, la Iglesia presenta al Padre todas las desdichas del mundo. Con la liberación de todos los males que abruman a la humanidad, implora el don precioso de la paz y la gracia de la espera perseverante en el retorno de Cristo. Orando así, anticipa en la humildad de la fe la recapitulación de todos y de todo en Aquél que "tiene las llaves de la Muerte y del Hades" (Ap 1,18), "el Dueño de todo, Aquél que es, que era y que ha de venir" (Ap 1,8; cf Ap 1, 4): Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo (Misal Romano)⁷⁷.

La petición, "líbranos del mal" está en plural, como todo el padrenuestro. Los discípulos de Jesús sabemos que vivimos en comunidad de riesgos: nadie ha

⁷⁵ L. Boff, oc 154

⁷⁶ Benedicto XVI oc 202-203

⁷⁷ Catecismo, nº 2854

de orar solo por él mismo, sino que todos debemos tener en cuenta cuando rezamos los peligros que corren nuestros hermanos”⁷⁸.

Termino con unas palabras de Benedicto XVI: “Con la última petición volvemos a las tres primeras: al pedir que se nos libere del poder del mal, pedimos el Reino de Dios, identificarnos con su voluntad, la santificación de su nombre. Pero los orantes de todos los tiempos han interpretado la petición en sentido más amplio. Pedían también a Dios que pusiera límites a los “males” que asolan el mundo y nuestra vida”⁷⁹.

Nosotros hoy terminamos la oración del padrenuestro diciendo: amén, palabra que no está en Mateo ni en Lucas. Es una añadidura posterior de las comunidades cristianas. No se encuentra en los manuscritos antiguos, pero puede admitirse, pues era corriente acabar así las oraciones de los judíos y de las primeras comunidades cristianas (cf. 1 Cor 14, 16)

El amén significa el compromiso de llevar a la práctica todo lo que hemos pedido a Dios. Como ya dije, el padrenuestro, más que una oración para rezar; es una oración para vivir. Quizás no sea exagerado afirmar que el mundo entero cambiaría si fuéramos capaces de rezar bien el padrenuestro, aceptándolo como norma de conducta y como fuerza que transforma nuestra vida.

Ejercicio de oración

Rezar en corro, con las mano unidas y lentamente el padrenuestro, terminando con un abrazo fraterno.

1. INTRODUCCIÓN

2. Orar como Jesús
3. Orar al padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo
4. Las dos versiones del padrenuestro
5. Entrega del padrenuestro
6. El padrenuestro modelo de toda oración

2. LA INVOCACIÓN “¡PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN LOS CIELOS!”

“¡PADRE!”

- 2.1. Resonancias que tuvo para Jesús la invocación “Abbá”, Padre
- 2.2. Dios es Padre también para los seguidores de Jesús
- 2.3. A Dios lo podemos invocar también como Madre
- 2.4. ¿Cómo tener también nosotros la experiencia de Dios como “Abbá”?

⁷⁸ Ib. 127

⁷⁹ Benedicto XVI oc 204

2.5. Decir "Padre" implica vivir como hijos.

"NUESTRO"

2.6. Nunca oramos solos

2.7. Decimos "nuestro" porque somos hijos del mismo Padre

2.8. En el "nuestro" cabe el mundo entero

2.9. Niveles de fraternidad

"QUE ESTÁS EN LOS CIELOS"

2.10. Esta frase acentúa la transcendencia de Dios. Desborda el mundo

2.11. Y también la inmanencia. El es el Cielo que está dentro de todos y de todo

3. LAS PETICIONES DEL PADRE NUESTRO

0. Introducción

1. PRIMERA PETICIÓN: "SANTIFICADO SEA TU NOMBRE"

1.1. Sentido de esta petición

1.2. Dios mismo santifica su nombre

1.3. Jesucristo santifica el nombre de Dios

1.4. Nosotros hemos de santificar el nombre de Dios

a) Con nuestro reconocimiento y alabanza

b) Con nuestra vida

c) Trabajando por una vida digna para todos sus hijos

2. SEGUNDA PETICIÓN: "VENGA TU REINO"

2.1. ¿Qué es el Reino cuya venida pedimos?

2.2. El Reino llega en la persona y la vida de Jesús

2.3. La ley del Reino

2.4. El Reino de Dios crece en pugna con el antirreino

2.5. La llegada del Reino es don y tarea

2.6. La comunidad cristiana como signo del Reino

2.7. Apasionados por el Reino de Dios

TERCERA PETICIÓN

"Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo"

1. ¿Qué pedimos al decir: "Hágase tu voluntad"?

2. La voluntad de Dios es don y tarea

2.1. La realización de la voluntad de Dios es, ante todo, obra suya

2.2. Nuestra tarea es colaborar con Dios para la realización de su proyecto

- Nos estimula el ejemplo de Jesús

- Tener confianza plena en Dios

- Incluye el compromiso por la causa del Reino

- Empeño personal por hacer la voluntad de Dios

3. "Así en la tierra como en el cielo"

CUARTA PETICIÓN

"El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy"

0. Introducción a la segunda serie de peticiones

1. Significado del pan

2. Al pedir el pan expresamos nuestra confianza en Dios

3. "Nuestro". Sentido comunitario y solidario del pan
4. El pan de cada día
5. El pan del mañana
6. Resonancia eucarística de la petición del pan
7. El pan de la Palabra

QUINTA PETICIÓN

"Perdona nuestras ofensas"

1. Perdónanos
2. Actitud previa: reconocerse pecadores
3. Como nosotros personamos
4. Cuesta mucho perdonar
5. La petición está en plural

SEXTA PETICIÓN

"No nos dejes caer en la tentación"

1. El por qué de la tentación
2. Jesús también sufrió tentaciones
3. La tentación del discípulo
 - 3.1. ¿Qué tentación?
 - 3.2. La tentación como oportunidad de crecimiento
 - 3.3. "Todo lo puedo en Aquel que me conforta"

SÉPTIMA PETICIÓN: "Líbranos del mal"